

C LTURA

REVISTA DEL CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y EL ARTE

NÚMEROS 91/92

SEPT. 05-ABRIL 06

Presidente de CONCULTURA
Federico Hernández Aguilar

**Director Nacional
de Promoción y Difusión Cultural**
Ricardo Bracamonte

Director revista Cultura
Luis Alvarenga

Consejo editorial
Carlos Clará
Álvaro Darío Lara

Diseño de portada: PK Comunicaciones. **Diagramación de interiores:** Celdas Estudio. **Correspondencia y canje:** 17 Av. Sur n.º 430, San Salvador, El Salvador, Centroamérica. **Dirección electrónica:** revistacultura@concultura.gob.sv. Los editores no responden por originales no solicitados. Se autoriza la reproducción de los artículos, siempre y cuando se cite la fuente, excepto aquellos tomados de otras publicaciones.





SUMARIO

HSR004222



editorial	En el cuadringentésimo aniversario de Don Quijote	
homenaje	El Quijote de la Mancha	
	La ambigüedad de Don Quijote	9
	<i>María Zambrano</i>	
	Discurso de recibimiento del Premio Cervantes 2004	21
	<i>Rafael Sánchez Ferlosio</i>	
	Cuatricentenario del Quijote de la Mancha	32
	<i>Alfredo Martínez Moreno</i>	
	El español, patrimonio e instrumento de unión de una comunidad	36
	<i>Alfredo Martínez Moreno</i>	
	Presentación de la edición conmemorativa del libro Don Quijote de la Mancha	40
	<i>Jorge Hevia Sierra</i>	
	En un lugar de la Mancha y otros sonetos andantes	45
	<i>Roberto Laínez</i>	
fotografía	Muestra de ESF0T005	1
homenaje	Matilde Elena López	
	"La ruptura viene en la poesía, especialmente a partir de 1956, y sobre todo con Roque Dalton."	69
	<i>Matilde Elena López</i>	
	LA GENERACIÓN DE LA DICTADURA	
	"Nosotros reconocíamos que nuestro fascismo lo o teníamos aquí." Entrevista con la doctora Matilde Elena López	78
	<i>Álvaro Darío Lara</i>	
	El cazador de venados	84
	<i>Matilde Elena López</i>	
	Leyenda del árbol de morro	86
	<i>Matilde Elena López</i>	
	Ensayo sobre Universo neutral de David Escobar Galindo	89
	<i>Matilde Elena López</i>	

artes plásticas	Muestra de ADAPES	A
homenaje	Raúl Contreras	
	Raúl Contreras, mago de los jardines <i>Mario Noel Rodríguez</i>	97
	Cagliostro <i>Archibald Laughton (Raúl Contreras)</i>	98
	Testimonio sobre Lydia Nogales (Lydia Nogales. Un suceso en la historia literaria de El Salvador) <i>Juan Antonio Ayala</i>	151
	Lydia Nogales, la tempestad en la provincia <i>Luis Alvarenga</i>	180
poesía	Thelma Nava	186
	Jorge Galán	193





En el cuadingentésimo aniversario de Don Quijote



Hace cuatrocientos años, Occidente arribaba a un nuevo continente: El de la ficción novelesca. Un hecho, aparentemente inocente, lo inaugura. Se trata de la primera edición de la novela de Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. El hecho constituyó un verdadero hito de la Modernidad cultural. La Modernidad se define como una época de reivindicación del valor del sujeto, sobre todo como sujeto que piensa, frente al pasado teocéntrico. Kant había anunciado su programa en una frase elocuente: *Atrévete a pensar*. Es una época bravía, en la que se arremete contra los dogmas, aunque se haya terminado por entronizar un nuevo dogma: El de una razón omnipotente.

Dijimos que la Modernidad se enfrenta al teocentrismo. En efecto: El antropocentrismo toma el relevo. Y de esta inconmensurable confianza del hombre en sí mismo está la grandeza y la tragedia de una gran época de la humanidad. Prototipo de ello es la figura, delgada como una espiga, de Don Quijote. Es el sujeto que se inventa a sí mismo, que se niega, como buen hijo de la Ilustración, a tener una identidad esencial e inamovible, sobre todo, a tener una identidad que él mismo no ha escogido. Don Quijote es autor de sí mismo y autor de un personaje llamado Miguel de Cervantes.

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que fue motivo de las más variadas celebraciones, polémicas y artículos, así como de la meritoria edición que realizaron las Academias de la Lengua, encarna al hombre de la Modernidad, en sus momentos de gloria y en su derrota final. Esta última es la vuelta a la sensatez, asumirse nuevamente como Alonso Quijano El Bueno. La Modernidad fue una quijotada, con sus molinos de viento, sus doncellas encantadas, con sus curas y barberos quemalibros y los palos de cabreros y venteros. A lo mejor la cultura occidental ha pasado por todo ello, pero aún no es capaz, ni de marchar a su ocaso volviendo a su punto de partida, pero tampoco de decir, como declaró el personaje de Cervantes, "yo sé quién soy". No asume sus orígenes, pero tampoco se reinventa. Prefiere seguir atrapada en sus perplejidades, cuando un mundo de escasez y pérdidas, pero también de invenciones y esperanzas, está en derredor suyo. Bastaría con volver los ojos a un humilde y viejo hidalgo venido a menos, que hizo de un paisaje yermo y desolado, de sus siestas interminables, la tierra de promisión de sus sueños.

Don Quijote es todas estas cosas y más. Libro de libros, libro que multiplica sus lecturas según las estaciones de la vida, la obra de Cervantes tiene algo que decirnos siempre. Por ello le rendimos homenaje desde estas páginas. Y recordamos también a quienes mantuvieron la

gallarda actitud del hidalgo. Pensamos en alguien en particular, la ensayista y poeta Matilde Elena López, quien obtuvo el Premio Nacional de Cultura correspondiente a este año. No contendió contra molinos de viento, sino contra las injusticias y contra el olvido. Su obra es una joya del pensamiento y de la literatura nacionales. Desde sus *Cartas a Groza*, su *Dante, poeta y ciudadano del mundo*, pero también desde su compromiso cívico y académico, la doctora López es una piedra angular de la cultura del país. Generaciones de escritores y poetas han contado con su sabia guía. A ella también le dedicamos este número.

En esta entrega doble de *Cultura* actualizamos la memoria del gran Raúl Contreras y de su no menos grande heterónimo, Lydia Nogales. A Contreras se le ha dedicado en este año la Semana Nacional de la Lectura. Es la oportunidad para revalorar la importancia de su obra y del “suceso poético” que fue Lydia Nogales. En este número incluimos una auténtica joya: *Cagliostro*, una pieza dramática hasta ahora inédita y calzada bajo el pseudónimo *Archibald Laughton*, un valioso obsequio de la familia del maestro Contreras a los lectores de *Cultura*. Queremos agradecer, además, a la Coordinación de Letras de CONCULTURA por su apreciable contribución al homenaje a nuestro poeta: una selección de versos del autor, así como pasajes del libro *Lydia Nogales, un suceso en la historia literaria de El Salvador*, del maestro español Juan Antonio Ayala, en los que se recuperan los testimonios de quienes vieron de cerca el surgimiento de la autora de *Niebla*.

Queremos celebrar que en la presente edición hay un espacio que desde algún tiempo le teníamos reservado a la fotografía, con una selección de la ESFOTO05 (exposición de la fotografía actual en El Salvador, llevada a cabo en septiembre de 2005, con los auspicios del Centro Cultural de España y Photocafé), facilitada generosamente por el artista plástico Walterio Iraheta. Por primera vez en su historia, en *Cultura* se reproduce una selección de obras pictóricas a todo color, hecha y facilitada por la Asociación de Artistas Plásticos de El Salvador (ADAPES). Cabe mencionar que varias de las imágenes incluidas en la sección del homenaje a Don Quijote (páginas 5, 7, 18, 30 y 45) están trabajadas a partir de fotografías de las esculturas metálicas del artista salvadoreño Alfredo Melara Farfán (Atiquizaya, 1911- 2000), las cuales fueron expuestas en el Museo Nacional David J. Guzmán. Además, dos ilustraciones del artista plástico Rodolfo Oviedo inspiradas en Don Quijote, las cuales aparecen en las páginas 20 y 32, fueron hechas expresamente para *Cultura* y remitidas por su autor desde la India.

En los tres homenajes, cortos pero sustanciosos, los homenajeados conviven como vecinos de las letras permanentes de la historia. Don Quijote, Matilde Elena López, Raúl Contreras, entrañables maestros.

La ambigüedad de Don Quijote

Del libro: *España, sueño y verdad.*

Siruela, Madrid, 1994.

María Zambrano

Toda cultura deja ver la necesidad de imágenes que sostengan y orienten el esfuerzo y el anhelo -la pasión- de ser hombre. Sin duda de ella ha nacido el mito, los mitos, y ese género tan ambiguo que es la novela y que en cierta medida es su decadencia. Bajo estas formas poéticas aparecen estas imágenes de la vida humana que, por encima y más allá del tiempo cotidiano, engarzan el pasado más remoto y el futuro inaccesible. Y se ciernen –dirigen y hasta justifican– sobre el hacer y el padecer que constituyen la historia de un pueblo.

No parece dudoso que entre todas las figuras de vida creadas por la literatura, por la poesía española, sea la de Don Quijote la que alcance este rango en mayor grado en la conciencia española. Que sea también el símbolo aceptado universalmente, lo confirma. Pues que un pueblo, por definida que sea su peculiaridad y por intransferible que sea su destino histórico, no deja de ser una parte de la Historia Universal, dentro de la cual se hace visible su significación y aun su rango efectivo.

Mas, para que aparezca con una cierta claridad esta significación de que la imagen de Don Quijote es portadora, y aun esta especie de proyecto de humanidad, de *hombria* más bien que en ella anida, hace falta despejar primeramente algo; algo que se nos figura sea español, que sentimos como eminentemente español, pero que en seguida se nos revela como esencialmente humano: la ambigüedad. Y toda ambigüedad pide una liberación, que tal parece ser la inicial y permanente situación de lo “humano”, una ambigüedad que pide y exige ser liberada.

No parece envuelta en ambigüedad la figura de Don Quijote, si se la considera separada del medio que la rodea. Pero no es posible considerarla separadamente, pues aparece indisolublemente ligada a otra; viviendo el singular personaje en la soledad propia del héroe occidental, su vivir es permanente convivir. Si su acción ha sido elegida por él en lo más intrincado de su soledad, ha de contar y cuenta “naturalmente” –como si fuera cosa dependiente de alguna ley estelar– con la compañía y servidumbre de su fiel escudero Sancho; imposible separarlos. Y aun sucede que Sancho no es solamente el fiel escudero de Don Quijote, sino algo

más, contradictorio en apariencia: un juez. La presencia de Sancho es, en realidad, un espejo, el espejo de la conciencia que mira y mide al genial caballero. Y así, al mirarnos los españoles en el espejo que Cervantes nos tiende, nos encontramos con dos imágenes indisolublemente ligadas entre sí: la imagen de Don Quijote –“imagen sagrada”– y la imagen de Sancho, espejo, a su vez, de Don Quijote; juego de espejos y de imágenes que en su excesiva claridad llega a ofuscar y crea la ambigüedad. ¿Con cuál de estas imágenes, y aun su reflejo, podemos identificarnos? Si nos dirigimos a la imagen primera –sujeto y centro del libro todo–, la del caballero, bien pronto aparece la otra imagen, la del hombre común que le sirve y sostiene y sin el cual nada habría hecho. Pero todavía más: Cervantes, que nunca se confiesa, que no prodiga el hablar en primera persona, no deja de estar presente en todas las ocasiones. Y él también nos mira. Juego de espejos y de imágenes dominado por una mirada y aun por una sonrisa. Y así nos venimos a sentir como en la vida; indecisos bajo la mirada omnipresente de un autor que, manifestándose con la mayor claridad, nos ha dejado intacto el misterio. Y el misterio que circula por todo el libro, y en el que parece concentrarse la ambigüedad, es que Don Quijote, el héroe, esté loco, y más que loco, enajenado, encantado. No es un loco sin más, sino el individuo ejemplar de la locura; de algo que aparece y transita por todas las locuras, aunque no con tanta claridad y determinación. Una especie de locura que clama por ser rescatada, liberada.

Un loco es una criatura ambigua. Sabido es el respeto de que se les rodea todavía en los ambientes populares. Para las gentes sencillas, un loco es un “inocente”, un ser inspirado por el que se abre paso a ratos la verdad, una “criatura sagrada”, en suma. Don Quijote quizá no sea un individuo loco, sino el loco tal como lo han visto y sentido la conciencia y el sentir originario que sobrevive en el pueblo. La imagen arquetípica del loco. Pero sea o no ése el origen de la concepción cervantina, Don Quijote es un loco sagrado, un inocente que clama por su liberación de los encantos del mundo.

La ambigüedad se acentúa aún más porque Don Quijote está poseído, enajenado por la pasión de libertad y aun de liberar. La libertad es su pasión, que se entrecruza con la pasión de la justicia. Justicia que será siempre libertad; libertad y no igualdad. La ambigüedad máxima de la obra de Cervantes estriba en que el héroe, que dedica el esfuerzo de su brazo y la continua tensión de su voluntad a la liberación de todos los que encuentra en su camino, sea el más necesitado –más que ninguno de los galeotes y azotados, más que las mozas del partido, más que ningún oprimido y encadenado–, de que alguien, o quizá todos, acudan a rescatarlo, a liberarlo. Es la ironía que sostiene infatigablemente Cervantes en cada pasaje de su libro y que le hace ser, más que un libro, una herida.

Una herida porque Don Quijote enloquecido nos plantea el enigma de la libertad, hoy más angustioso que nunca. Ya que sabido es que lo que el héroe padece no es más que el conflicto que un día será la pasión ineludible de los hombres todos. No resulta extraño, pues,

que, frente a la ambigüedad múltiple, ambigüedad entre planos que se entrecruzan en el centro del libro –el misterio de la locura de Don Quijote–, hayan surgido en la última época del pensamiento español dos comentarios que nos han tendido a los españoles dos caminos o modos de disolver la ambigüedad de Don Quijote, vale tanto, de rescatarlo de su locura; de disipar los encantos que circundan e invalidan, al fin, su clara voluntad y su inocente acción. Dos libros –dos “Guías” en realidad–, género el de las *Guías* tan español para salir del conflicto y más que conflicto, círculo mágico en que parece estar encerrado el español, España.

Pero si el conflicto que entraña y lleva consigo el ser español es este de la enajenación del hombre –libertad, voluntad y aun amor– y del encantamiento del mundo en torno, resulta ser este conflicto el más universal. El conflicto de la historia toda agudizado en el acto que estamos viviendo. Y no es de extrañar que, cuando en España se han realizado las más inesperadas hazañas, no hayan sido para ella misma, sino más allá y aun por encima de ella misma, y aun en contra de ella misma a veces, en ansia de verterse en la universalidad.

Unamuno se lanza a rescatar a Don Quijote, ante todo, del ámbito de la novela cervantina. Y da un cierto trabajo no pensar que en ello no entre la pasión insatisfecha del autor que no ha encontrado su adecuado personaje. Parte a rescatarlo como si esa su ambigüedad o encantamiento dependiera de encontrarse inmerso en el ámbito de la novela –y en especial de la cervantina– y lo convierte así, sin más, en personaje de tragedia. Sancho viene a quedar en el servidor incrédulo: “Creo, Señor; ayuda mi incredulidad”; es la materia, la naturaleza humana no ganada enteramente por la fe, la materia que resiste al incendio de la esperanza; la cordura que cierra el oído a la llamada de la caridad. Y llega hasta cambiar, sin percatarse de ello bien Unamuno, el género de supervivencia que recibió Don Quijote de manos de Cervantes; la inmortalidad asciende arrebatada por la pasión de Unamuno, a vida eterna. y con ello la ambigüedad se desvanece por completo, pues ser inmortal es simplemente sobrevivir en la memoria de los hombres; traspasar los linderos de la muerte, pero a costa de la vida. Mas, la vida eterna es la absorción completa de la muerte por la vida. La vida eterna que se ha presentado a los hombres en la religión reveladora de la libertad, el cristianismo. Unamuno rescata a Don Quijote de la ambigüedad de la novela, del juego de espejos y miradas que se entrecruzan y lo bautiza cristiano. Y así su historia es una forma de la pasión trágica de ser, el padecer activamente la libertad en la tierra, que acaba llevando al hombre a la vida eterna, ganándola, según ese su cristianismo trágico.

El intento de Ortega en sus *Meditaciones del Quijote* es tan contrario como es posible pensar de la hazaña unamunesca. La mirada de Ortega no se dirige directamente al personaje, sino al libro todo; es el libro, la novela que le interesa, y, a través de él, su autor. Es el secreto de Cervantes lo que quiere sorprender, y, con él, el enigma del libro único. Y en consecuencia, lo que Ortega se dispone a realizar, no es el rescate del personaje, sino un acercamiento a la mirada del autor y aun al lugar, al centro del acto que esta mirada nace. La disolución de la

ambigüedad, según se desprende de toda la obra de Ortega, se logra sólo por el conocimiento. Es el pensar lo que resuelve la ambigüedad congénita de toda revelación mitológica y figurativa; el pensamiento desencanta el mundo que rodea al héroe, extrayendo de su presencia y de su imagen la razón encubierta en ella.

Toda revelación es ambigua, especialmente la poética, dirá Ortega muchos años después de escritas las *Meditaciones del Quijote*, al comenzar su curso universitario sobre la Tesis Metafísica acerca de la Razón Vital. En Grecia surgió la pregunta filosófica acerca del “ser de las cosas” ante la ambigüedad de sus dioses conformados por la poesía. Nos decía: al encontrarse el hombre griego con que sus dioses no tenían “ser” hubo de ir a buscarlo a las cosas. Tal proposición aclara el sentido último de su pensamiento sobre el *Quijote*. El *Quijote* presenta una revelación poética, y Ortega nos propone más bien lo contrario: disolver esta figura casi mitológica de la conciencia, aclarar el ensueño de que es portadora; descifrar su enigma para extraer un proyecto de vida, vale decir: una ética.

Laberinto de claridad el *Quijote*, juego de claridades y reflejos. ¿Qué quiso decirnos su autor, qué no nos dijo? Pero ¿era acaso cosa de decir? ¿No será tanta claridad la salida a la luz de algo oscuro, de algo que venga de muy lejos, padeciendo por darse a luz y ser visto, por ser al fin reconocido? Cervantes ha realizado la hazaña poética de liberar a uno de esos “monstruos sagrados”, a una de esas pasiones de ser y existir que oprimen al hombre y lo exaltan. Y no hay pueblo que no tenga el suyo, su monstruo o *daimon* que lo ciega y deslumbra, que lo arrastra desde muy largo tiempo. Y así, cuando al fin lo ve convertido en personaje, con forma y figura propia, con su historia, cree y no cree en él, se reconoce y huye de hacerlo enteramente, se extraña de aquello que alguien ha desentrañado del fondo huidizo de sus sueños.

Así, Don Quijote, portador de un largo ensueño ancestral, de la pasión de la libertad y del amor encadenados, ha obedecido, como han obedecido ciegamente todos los protagonistas de tragedia; a esa pasión de que son víctimas. Toda tragedia es un sacrificio, un rito por el cual se aplaca la resistencia que lo sagrado —siempre primario—opone a toda revelación. Resistencia



vencida sólo a costa de la pasión y muerte del protagonista para que un oscuro conflicto se haga al fin visible.

Sí, Don Quijote tiene todas las características de un personaje de tragedia y aun de una especie de héroes liberadores que no son nunca victoriosos. El héroe vencedor aparece en la épica. El personaje de tragedia, si al fin vence, lo hace allá en el reino del Hades, más allá de la vida, o en esta vida en la memoria de los hombres que al fin lo acogen. O bien, en los cielos, siempre tras de largo sufrimiento. Mas nunca vence aquí, ante los ojos, del todo; nunca vence en su historia. Su victoria es metahistórica.

Y entonces, el que sea la novela, y esa novela, el lugar en que aparece el protagonista trágico, Don Quijote de la Mancha, Don Quijote de... España, ¿no será precisamente porque así aparece clara su derrota, su histórica derrota?

Cristianamente salva Cervantes al hombre; el sujeto de la pasión, el arrastrado por el ancestral ensueño. Queda vencido en su historia el personaje, ambiguo su ensueño, vencida su pasión en lo que tiene de histórica realidad que no ha alterado la sustancia del hombre, Alonso Quijano el Bueno.

¿No será Don Quijote el prototipo del héroe que no puede vencer, el prototipo del héroe que no puede ser nunca vencido?

¿Cómo puede ser liberado? Sería tanto como liberar la historia misma, como liberar al hombre mismo de su historia. Identificarnos con él, como Unamuno quería, significa lanzarnos contra la historia, hacer de España una entidad transhistórica o metahistórica, una España-Dulcinea. Quizás haya sido así, más de lo que don Miguel de Unamuno creía y aun quisiera. Y ahí está la novela, lugar de burlas y vencimiento de los “encantos de la historia”; los ecos, los reflejos, las grutas maravillosas, el palacio de los duques y aun el caballo de Troya; la poco duradera ínsula, la jaula en que el héroe se pasea ante los ojos del mundo despertando una ambigua admiración y una compasión atónita: la procesión que se repite. Y en los ojos y en la frente del héroe, la quimera. La quimera, él mismo, ángel y león, hacia una muerte inconclusa, perenne agonía: “Que yo, Sancho, nací para vivir muriendo”. Para no acabar de morir. ¿Para no morir antes de haber resucitado?

Y la fantástica historia repetida, la novelesca historia de victorias que sirven para dar lugar a la derrota, de derrotas que sirven para acusar la imposibilidad del vencimiento total. Y que siga la historia, la historia hecha, deshecha y rehecha una y otra vez. ¿No será que por ansia, ensueño de atravesar la historia, se le ofrezca acaso demasiado? Dulcinea sonrío melancólica, sola, allá lejos, irónica, ella también, pues. ¿Acaso no amaría Dulcinea a Don Quijote, ella? Y ávida de amor viviente se consumía a solas. ¿Era ella la amada o la quimera?

¿No estará en Dulcinea el secreto? ¿No está ella acaso encantada también? ¿Separada, absoluta, reducida a esencia, a idea, llevada al mundo de la quimera, ella, que es viviente realidad? ¿Qué le sucedió en verdad a Don Quijote con Dulcinea? ¿Qué le sucedió a Cervantes?

Nos habla Ortega en cristalinas palabras de “razones de amor” – “salvaciones”– en el prólogo a sus *Meditaciones del Quijote*. La razón histórica que en ellas ya se anuncia nos llama a entrar en razón, aceptando la historia que en su proceso la contiene. Aceptarla, sí, con tal de que no nos trascienda, con tal que no se entienda por historia sólo aquella parte de la historia total, de expansión del hombre en la cárcel de las circunstancias. De ir apurando en ella, como en humano calvario, la tragedia y su burla. Pues que el hombre es una extraña criatura a quien excede su historia cuando está engendrada por su ensueño, máscara de su esperanza. Porque no se resigna a tener historia, nada más que historia. Mas por eso justamente la hace.

La figura de Don Quijote, portadora del ancestral sueño de la libertad encadenada, manifiesta el conflicto de ser hombre en la historia, contra ella, a través de ella y aun más allá de ella. Y aparece revelada por su autor en el momento en que la historia de España cae sobre el hombre español, cansado ya de ella, en que por no reconocerse en ella, se va a retirar un momento después, estigmatizado, entrando en su derrota para limpiarse y purgar tanta victoria. Es signo y clave de que, sea cual fuere esta historia, no hemos tenido vocación de vencer. Pero esta historia no se acaba. Reaparece una y otra vez la quimera –salvar al mundo de su encanto–, mientras Dulcinea sola y blanca se consume.

LO QUE LE SUCEDIÓ A CERVANTES: DULCINEA

A Diego de Mesa

Se sentía vagar en una especie de vacío, comenzaba a darse cuenta de que había puesto demasiada fe en la literatura, de que había ensayado casi todos los géneros literarios en boga, y de que cada una de sus obras había sido la expresión de un voto: amor y esfuerzo, ofrecido con la casi certeza de obtenerlo todo. ¿Todo? Se había ido conformando con lo que la vida le daba a título provisorio y, en la certeza de esa totalidad, no había sabido proponerse fines; sólo había conocido empeños, y bien difíciles, y ese voto en que lo ofreció todo creyendo ganarlo todo, al escribir cada una de sus obras. No podía dejar de reconocerlas suyas, y le dolían. Cuanto más suyas, más se abría la herida; una herida de la que comenzaba a no distinguir los bordes.

Y se sorprendía comparándose con los otros, los escritores de fortuna y fama; no los envidiaba, pero encontraba injusta la diferencia, se sentía disminuido, como se sienten los que aman a una mujer de verdad y nunca han encontrado la palabra que lo diga, la ocasión de que esa palabra, cifra de un constante silencio, venga a sus labios. Nunca se encontró a solas con la amada en el instante único; a solas con la única en un instante único, en una soledad.

¿Cómo iba a encontrar la palabra única, él, Cervantes? Tales palabras no se encuentran, ni se buscan, llegan por sí mismas y son una revelación para el mismo que las pronuncia; la verdad verdadera que suena en el instante único, dicha por los dos o por nadie; la verdad sola.

AMOR Y TIEMPO

No le había sucedido nunca aquella revelación, aquella entrevista en un instante único. Pero ¿con quién? No podía él, Miguel de Cervantes, preguntárselo siquiera porque no había caído en la cuenta –felizmente– de que la literatura se había presentado a su alma y vivía en ella bajo figura de mujer, bajo especie, más bien, puesto que no la veía. Y de que la había servido, servido no más, con la esperanza ni siquiera declarada de poseerla un día. Y los que así sirven son siempre torpes, porque no son libres, y más tratándose de cosas de entendimiento. Los más finos amadores son los más torpes, envueltos en su amor como larva en su capullo. No es que no vean nada; no ven lo inmediato donde se enredan, o más bien ya están enredados, sobre todo con eso que embarga el corazón y detiene más el ánimo: con el tiempo.

El tiempo se les va a los que de veras aman en un abrir y cerrar de ojos, embelesados como están en una sola, única visión donde todo, lo que se dice todo, está embebido. ¿Cómo van a darse cuenta de que el tiempo pasa, se les pasa, privados como están del ir y venir de una cosa a otra? Pues que todas las cosas y sucesos están supeditados, y a veces hasta sumidos, en “aquello” que no es imagen, sino horizonte. Así, nada se destaca, y muchas cosas que les pasan las sufren con paciencia porque no llegan a constituirse en verdad; es como si no pasaran o pasaran tan sólo como sombras.

Pues hay una forma de amar en la que no se da aquello que parece determinar y aun definir el enamoramiento: una imagen, una imagen con carácter de ídolo. El amor no ha encontrado su ídolo, quizá porque no quiere reconocerlo; quizá porque el que ama nació ya así: enamorado; enamorado ya desde siempre no tuvo tiempo de elegir su ídolo, ni le es necesario. Y porque hay corazones que se niegan a la idolatría. El amor es entonces algo irreal y, al mismo tiempo, capaz de contenerlo y sostenerlo todo: un horizonte.

El horizonte es algo ideal aun en la visión física. El animal no debe de tenerlo y la planta no lo necesita. Si el hombre lo perdiera, perdería su humanidad. La conciencia lo revela, y entonces se comienza a pensar, cuando al que así ocurre comienza a ser dueño de su camino, a trazarlo. Pero el que nace enamorado es como si no tuviese horizonte visible imantado por un invisible horizonte: como si aquello que se le tuviera que revelar fuera justamente el horizonte total que no puede ser suplantado por una imagen. Y les sucede así, porque tienen el corazón lleno, pero no de las cosas que les pasan, que apenas encuentran sitio donde pasar, donde moverse y dar vueltas según hallan en otros corazones a mitad vacíos. No entran pues las cosas en estos corazones y, sin embargo, antes de entrar ya son acogidas por algo que se suele llamar generosidad o grandeza de alma; el corazón de estos enamorados desborda, envuelve y acoge, como si él mismo fuese un horizonte. Y por eso van de unas cosas a otras, de una a otra situación que llevan con igualdad de ánimo, como el horizonte –el físico, el ideal–, acoge a todos por igual, abraza todo, revela todo indiferentem

CERVANTES

Cervantes era así: había nacido enamorado. Y por eso anduvo tan perdidizo, sin errar. Un día erró por insistir; al fin, hombre. Lo había sido siempre –hombre, varón y hasta un tanto enamorado, a lo errante–. Insistió cerca, no de una imagen –que hubiera sido el mayor peligro, ya casi a la vejez hechizarse– sino de una realidad tangible, algo que entró como la realidad misma en su mundo de ensueño, donde la realidad más real se hundía como en un nido. Y aquella mujer, Aldonza, tenía más realidad que ninguna de las que había visto y entrevisto; era arisca, irreductible, exenta; nunca se ausentaba; diríase que estaba privada de algo tan común a todos los seres y cosas como la ausencia; que no dejaba ausencia ninguna, por tanto, respiro.

No podía ni soñar en hacerla suya; era algo desconocido y que no sabía cómo tratar; ninguna de las mujeres lo había sacado de su distracción, de su ensimismamiento; ninguna le había dado una sacudida brusca, que es el despertar en la semi-vigilia, en el sonambúlico. Lo que llega en ese instante rompe el ensueño, y aunque sea una sombra, el rumor del ala de una mosca, es real del todo.

Y aquella mujer, Aldonza, nada tenía de sombra, ni de alas; su risa, nada de rumor; todo era preciso, estaba, estaba, sí, siempre; más que existir, estaba, y no había modo de acostumbrarse a esa presencia. Ni la mirada, ni la distracción, ni siquiera la intimidad inevitable, conseguían amansar el hecho de su estar; no había en ella esa docilidad de todas las presencias; aun de las peñas y muros que acaban por adelgazarse cuando son mirados largamente, cuando se los ha tocado. Pues sucede, sin que de ello nos demos mucha cuenta, que el ver y tocar los cuerpos los usa y desgasta, hasta los idealiza un poco; el uso de los sentidos consigue una cierta desmaterialización de ciertas corpóreas realidades. Con Aldonza no sucedía así; ella seguía estando ahí, con la brutalidad del hecho, sin más, como un hecho irreductible, pues que nunca se despojaba de nada; una fiera sin caverna. Una realidad sin ese hueco de que todo lo real parece emerger.

Cometió el error de insistir; nunca se había encontrado así frente a un hecho. Y el hecho era una mujer; era algo horrible. Acostumbrado a ensoñar todo, como estaba, empujándolo hasta el confín del horizonte invisible, acabando por hundirlo en él, no podía resignarse; y no sabía cómo tratarlo, qué hacer. Aquello le resistía totalmente, se le fue haciendo como un foco de desmentido, como la prueba de la no existencia de... ¿qué?, de lo que más le importaba.

Era la denegación de aquel horizonte hacia el cual convergía todo, que le sostenía, que le hacía posible moverse, pues le movía el corazón y le hacía fluir hasta desbordarse. Era la negación que lo confinaba, lo contenía.

Pronto comenzó a darse cuenta de que la realidad, la de su propia vida, le resistía también, le había resistido. De que le había resistido su obra, de que sus obras no es que fuesen como

aquella mujer, Aldonza, pero algo en ellas había de hecho, de simple hecho; también ellas estaban ahora allí, ahí; también ellas *estaban*; no habían crecido, no habían transformado su cárcel, ni se habían alzado hasta las estrellas llevándole consigo. En verdad, no le habían llevado a ninguna parte.

Y así se vino a encontrar rodeado de hechos por todas partes. Se le ofreció la visión de su propia vida, y sintió su degradación al verla compuesta de hechos; su vida degradada en una serie de hechos, comprendidas las hazañas. Había pasado por la vida suspendido sobre ella, y ahora se le apareció algo peor que el abismo del vacío: el desierto de los hechos. Y desfalleció sintiendo que tenía que contarlos, sin que se le pasara ninguno; que los tenía que hacer pasar uno a uno; los tenía que hacer pasar, porque el cáliz estaba más lejos.

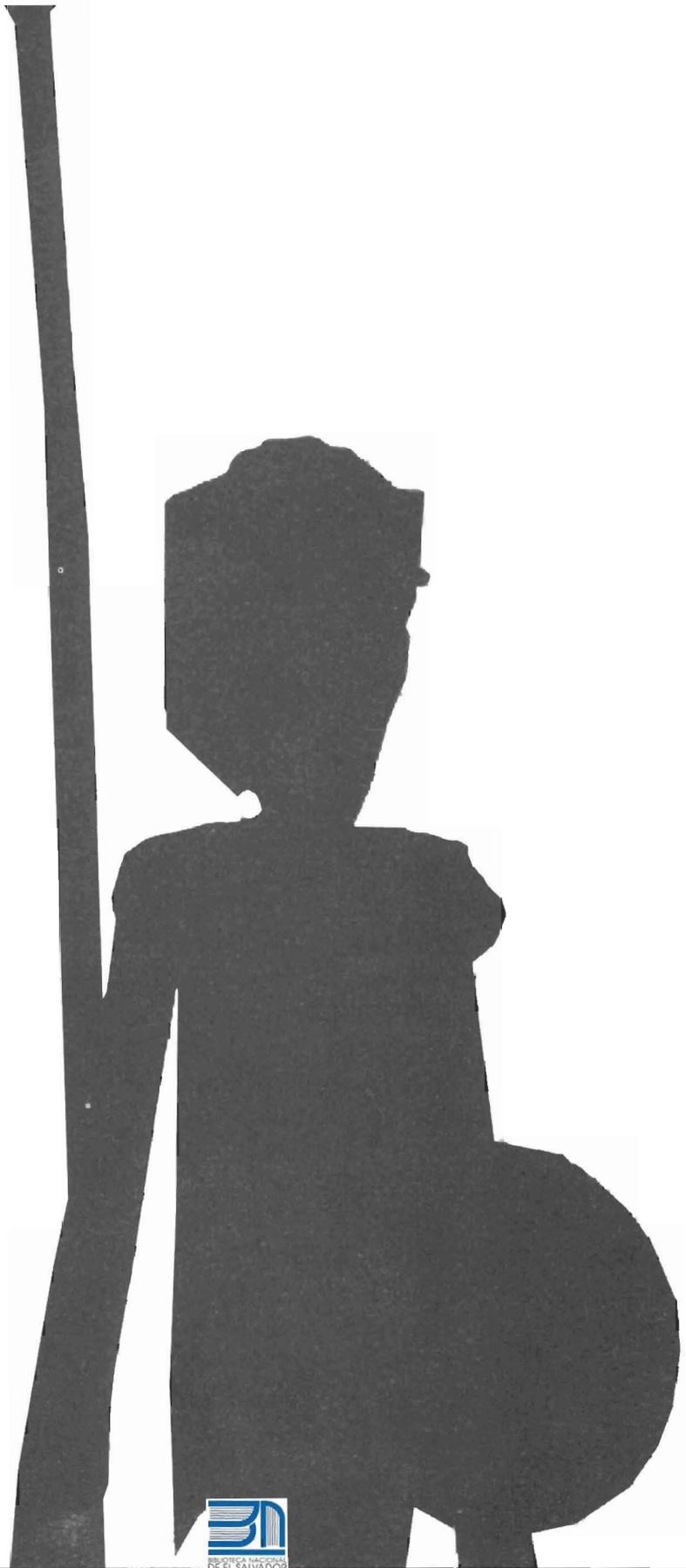
Más lejos y más hondo, allí en su corazón estaba el cáliz. Hubo de beberse su amargura, a solas, solo de verdad como nunca lo había estado. El cáliz a solas en lugar de aquella entrevista única con un ser único, una mujer que ni siquiera se había atrevido a soñar, para no invadir con su sueño su entera verdad; esa verdad que le estaba prometida.

EL DESPRENDIMIENTO

Y entonces acabó por sentirse libre, libre de su amor, y entrevió, al fin. Fue un desprendimiento; sintió que se le desprendía el corazón, que se quedaba en las puras entrañas como un ser que no ha vivido nunca. De lejos, desde más allá de lo visible, llegó hasta él una imagen blanca, parecía la blancura, la luz misma emblanquecida para hacerse visible, una condensación de luz que tomó figura de mujer; su corazón salió a recibirla y estuvo a punto de irsele para siempre. Mas sucedió lo contrario; volvió a su pecho, se reintegró a su oficio de mediador con las entrañas que, por un instante, habían estado abandonadas. Y ahora nació ya hombre, pues la imagen dejó tras de sí un vacío; el horizonte invisible quedó flotando en él, sin llamarlo, y más allá abriéndolo. Y al mismo tiempo se hundía en el fondo de su corazón.

En aquel horizonte revelado comenzaron a sucederle de nuevo los hechos; pero como él era ya libre, podía transformarlos, no a su antojo, sino según la ley de sus entrañas, que, libres también, pedían llorar y reír. Y todo lo que había estado dormido en él despertó, comenzó a vivir según su ley. No tuvo necesidad de olvidar sus obras ya escritas; eran sus hijas que correteaban por allí, y ahora le alegraban; todo ahora le servía, hasta Aldonza, la real, y todas las mozas, sus hermanas, que de criadas y algo más le habían servido. Y una extraña piedad se le derramó sobre todas ellas y sobre sí mismo.

Comenzó a percibir un movimiento que le había estado escondido, pues que lo había tenido envuelto; y ahora, fijo, lo seguía y lo podía medir; se hizo de repente matemático, de esa matemática total que es la música, la música de los hechos que se transforman en sucesos vivientes, la música de los números que mueven el pensamiento, como venidos de las estrellas.



Las leyes de los cielos regían ya para él, conducían su historia, que comenzó en seguida a escribir. La escribió en un abrir y cerrar de ojos, como si ella sola se escribiese. Le estaba pasando el mayor suceso de amor que hombre antes viviera. El corazón, vuelto a su sitio, se le desprendía una y otra vez, cuando entreveía aquella blanca forma, que a veces se precisaba en figura de mujer. Creyó que le iba a caer muerta en los brazos; iba a abrazarla en un definitivo silencio. Pero ella había nacido ya suspendida por encima de la vida y de la muerte; crearla muerta fue un espejismo de su corazón de hombre, y aun esto le fue negado; no caería en sus brazos, ni muerta.

No era suya, ni de nadie. Pero él, sí, tendría que pasar un momento junto a ella, para atravesar el extraño cielo donde ella respiraba y que –lo sabía ya– no era tampoco el suyo. No era el cielo último, sino el inalcanzable cielo que se ve desde la tierra, espejismo sin engaño del paraíso; el cielo inexistente. Él venció la tentación de sepultarlo, de llevar, como otros finos amadores llevan, el cielo sepultado en su alma fatalmente endurecida.

El amor y la muerte aparecen siempre juntos, y para algunos que no alcanzan a disociarlos –el amor o la muerte–, “el amor o muero”, dicen. Y al fin obtiene el amor; el amor inexistente; la inexistencia de lo amado, y del amor mismo libre de muerte. Y así le sucedió a Cervantes. A punto ya de morir sin amor, se le apareció al fin la imagen, la verdadera imagen del amor en su inexistencia.

La inexistencia del amor en forma de mujer inexistente. No podía ser suya ni de nadie; sólo tenía que aparecer, que mostrarse, que ser llevada a la inexistencia del arte, lugar donde se es revelado sin ser poseído, en un remedo humano de la comunión. El hombre puede revelar tan sólo la verdad pura, en su inexistencia y en una especie de renuncia a existir también él. Y a esto último Cervantes estaba acostumbrado. ¿Había existido él acaso? Había vivido y no del todo, o quizá sí, quizá había vivido en la forma más pura, desviviéndose, para no entrar antes de haber nacido del todo en la muerte. Y la muerte, en este caso, espera. Espera la muerte y se retira ante los que de verdad quieren nacer del todo, dispuestos a cuanto haga falta. Y les da a padecer la inexistencia: la doble inexistencia de lo amado y del que ama. “La verdad o la vida”, dice ella. Y a los que eligen la verdad no les deja vivir, pero les deja el tiempo.

Cervantes había vivido bastante ya o, más bien, no había podido vivir enteramente en ningún momento, pues que ese instante único se le había negado –verdad y vida, vida verdadera-. Le dieron tiempo, un tiempo único; un instante, el de su suceso que hubiera podido llamarse “el desprendimiento”; le duró tanto como fue necesario para que lo dejara para siempre; para que ese instante tan doloroso y activo como fuego, como espada, no quedara escondido; para que se abriera y de él se derramaran los mil granos de su historia.

Una extraña, doble y única historia; la de los hechos transformados en sucesos, y la historia no escrita de la inexistencia de la verdad, tanto como decir: la verdadera historia de la verdad. Su corazón ayunó sin esfuerzo. Escribía al alba, con la luz blanca que precede al sol y su silencio. No tuvo que corregir nada. Sólo una frase en que mencionaba un lugar de la Mancha –quizá

toda España, o el mundo— de cuyo nombre no quiso acordarse. Un punto oscuro, un rencoroso olvido que acusaba con su peso que aún seguía habitando la tierra. Y, ahora ya sí, hubiera podido seguir habitándola, sin desvivirse más, por tiempo indefinido, de haber encontrado una razón para ello.





Discurso de recibimiento del Premio Cervantes 2004.

Rafael Sánchez Ferlosio

Una mañana de verano del 59, paseando mi hija y yo por El Retiro, al cruzar por el trecho que separaba el quiosco de la música del antiguo escati de baldosines, oí de pronto unas voces que venían de entre los árboles, en las que reconocí el falsete característico de los actores de guiñol.

En mis tiempos era muy difícil encontrar un padre joven, medianamente instruido, que, en el trato con sus hijos, no se creyese un pedagogo consumado. Ella no había cumplido los tres años y medio, y no podía haber reconocido aquellas voces, porque nunca había asistido a un espectáculo de guiñol ni a ningún espectáculo en absoluto. Así que su ignorancia me dio tiempo de dudar: ¿la llevo o no la llevo? Y aquí no es necesario recordar hasta qué punto la cuestión de la conveniencia o inconveniencia pedagógica, social y hasta política de los espectáculos públicos en general ha sido en Occidente un asunto moral que se reinonta cuando menos a Platón.

Tal tradición moral no me era ajena, porque los hombres cambian o querrían cambiar, pero las instituciones, y entre ellas los espectáculos, permanecen perversamente idénticas. Pero ya se sabe que la situación concreta suele ablandar las doctrinas profesadas, y ella solía mostrarse muy agradecida ante cualquier novedad. Estábamos a no

más de unos quince metros de las primeras líneas de castaños de detrás de las cuales venían aquellas voces; yo la tenía cogida por la mano y le dije: “Ven; vamos al teatro”.

Naturalmente, la función –una pieza de reír– estaba ya más que empezada, pero ella entró al instante, sin un punto de asombro, en su propio ser, riendo ya con la primera frase de la manera más natural del mundo, donde lo que se me hacía más sorprendente era que no considerase necesario preguntarme absolutamente nada. Fui yo el que tuve que preguntarme para mis adentros: “¿Pero qué clase de espectáculo está viendo esta criatura?” Hemos llegado con la obra ya empezada o avanzada, y ella se está riendo y divirtiendo con cada paso –o frase– como una unidad que se bastase a sí misma sin un contexto del que tomase significación; una unidad completa dentro de sí, que no se cumplía como un eslabón dentro de una cadena causal con un antes y un después. Pero eso no comportaba para ella ninguna deficiencia o insuficiencia, sino, por el contrario, una autosuficiencia de la significación, del puro decir en sí, emancipado de cualquier impleción en un campo de sentido.

He elegido justamente la palabra “campo”, para servirme de la analogía metafórica que ofrece la noción “de campo magnético”. Así como un puñado de virutas de hierro que yacen inertes e independientes las unas de las otras se erizan de pronto y se disponen y orientan todas ellas en un único sentido bajo la acción del campo magnético de un imán, de análoga manera el “campo de sentido” de la contextualidad lingüística apresa y orienta las significaciones en un único sentido; y es esta orientación unívoca y bien determinada lo que produce lo que llamamos un “argumento”. Faltaba, pues, totalmente, un argumento, pero, sin éste, había para ella otra cosa completa, que se colmaba plenamente y aun se hacía perceptible precisamente liberada del sentido. En un texto antiguo señalaba yo la acción deletérea del sentido, cuando venía forzosamente impuesto. Decía así: “Cuando no queda ningún dato gratuito, ninguna ramificación que no revierta al texto motivante y motivado, ninguna circunstancia que no ejerza su estricta determinación causal, aparece invertida la relación entre facticidad y sentido, con el efecto de que la primera, que había de ser justamente lo explicado, queda desnaturalizada y convertida en ilusoria, como un mero soporte sensorial de su propia explicación: el qué no es ya más que el fantasma o el ruido del porqué”. (Hasta aquí la cita) La idea era la de que el sentido anula la contingencia de los hechos, los despoja de su facticidad y los degrada a datos.

Aristóteles, en su defensa del argumento, percibe claramente el achaque de la historia: su deficiencia en conexiones lógicas; pero al preferir el tipo de argumento que aporta la ficción, siempre mejor o peor trabado, y apagar la contingencia, parece buscar la paz del alma, eligiendo, frente a la turbadora turbulencia de los hechos, la limpia e inteligible consecuencia lógica. El amor a la consecuencia o congruencia se revela como un sedante estético: al estridente, rayante, chirriante, incomprensible, zumbido y frenesí de un mundo malo, todos prefieren la música. Así Aristóteles, hijo de médico, recetaba la medicina de la racionalidad de una forma que no era más que un placebo frente a un mundo que seguía imperando como pura sinrazón. En su

Estética, a despecho de su inmenso talento, Aristóteles era ya un buen burgués, que prefería la injusticia al desorden. Siguen, pues, la doctrina aristotélica los autores que dicen que la ficción revela mejor que la crónica la naturaleza de los hechos. Hasta un político ideólogo que dice “hay que ser consecuentes”, busca un arreglo estético. La tan elogiada “consecuencia” es, a menudo, vanidad ideológica.

Salíamos ya por la cancela de El Retiro, y la niña me dio un indicio más de cómo no importaba nada la falta de argumento: venía la mar de divertida con cierto personaje, del que repitió una frase, y con un curioso error: “no me des más en la cabeza, que la tengo muy dolorosa”. Comprendí que la frase se bastaba a sí misma como manifestación. Sí, “manifestación” era la palabra. Parecerá mentira, pero sólo aquella mañana se me reveló que la pura manifestación era una función independiente, autónoma, autosuficiente de la lengua, y que, en aquella pieza de reír, el argumento no era más que un soporte pretextual destinado a dar pie para que los personajes se manifestaran.

A la anécdota semanal del personaje de tebeo la llamamos “historieta”, casi como queriendo recortarle o rebajarle la cualidad de historia, que comportaría un argumento. La historieta no es más que un argumentillo ocasional, que se tira después de usarlo, o sea de haber servido de catalizador de la manifestación y lo que se manifiesta es el carácter. Ha habido personajes de manifestación, o digamos ya “de carácter”, cuyo carácter se cumplía plenamente en el ámbito visible. El genio máximo ha sido Charlot, que anduvo ya sobrado con el cine mudo. Pero en la escritura nunca bastará la descripción del gesto, y será la palabra dicha por el personaje, la palabra plena, significante, holgada, la que traiga en sí misma el componente más completo y más específicamente humano de la manifestación del carácter.

Así habían sabido verlo los lectores de la primera parte del Quijote, según el testimonio del bachiller Sansón Carrasco, en uno de los primeros capítulos de la segunda parte, cuando a preguntas del propio Don Quijote sobre si el autor promete una segunda parte, contesta que hay quienes no la esperan ni la desean, pero que otros decían: “vengan más quijotadas, embista Don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos”. Y aquí, dado que aunque Sansón Carrasco esté hablando dentro de la novela sabemos que es una noticia que Cervantes mete desde fuera de ella, no puedo por menos de encarecer la importancia capital de ese “hable Sancho Panza”, como un testimonio revelador de hasta qué punto los lectores de la primera parte habían reconocido clarivamente a Sancho Panza como un personaje de manifestación, o sea como un personaje de carácter. Por supuesto que también lo es Don Quijote, pero bajo una condición peculiarísima que enseguida se verá.

La manifestación del carácter en su plenitud, que es igual que decir “en su gratuidad”, es privilegio eminente de la comedia. La palabra “drama” quiere decir precisamente “acción”, y es la acción, la acción con sentido, la proyección de intenciones y designios, los trabajos racionalmente dirigidos al logro de los fines lo que constituye un “argumento” en el sentido fuerte, y no pertenece por lo tanto al orden de la ley, sino al orden del destino.

“Hermano, este día no es de aquellos sobre quien tiene jurisdicción la hambre, merced al rico Camacho. Apeaos, y mirad si hay por ahí un cucharón y espumad una gallina o dos y buen provecho os haga”. Tal es la respuesta que recibe Sancho Panza de uno de los cocineros de Camacho, cuando al acercarse a los fuegos de una gran cocina extendida en el suelo al aire libre, viendo toda aquella abundancia, *tutta quella grazia di Dio*—como habría dicho un italiano—, saca un mendrugo de pan y le pide al cocinero, “con cortesés y hambrientas razones” tal como dice literalmente el texto, que le permita mojarlo en la salsa de una de las ollas. Estamos en el momento culminante de toda la novela, en su punto solar.

Y de una manera más manifiesta que en ningún otro pasaje, la prosa de Cervantes se deja blandamente suscitar y conducir por la atmósfera de la fiesta y la abundancia hallando las palabras que concuerdan con la manera, con el gesto, con la luz en que aparecen, o vislumbramos que tendrían que aparecer, las cosas en el orden del carácter, en el reino de los bienes, en el tiempo consuntivo, allí donde la jurisdicción de el hambre ha quedado suspendida: “y mirad si hay por ahí un cucharón y espumad una gallina o dos y buen provecho os haga”. Así, abandonado, tirado por ahí, entre el desorden y la confusión de lumbres y calderos, debe de haber algún cucharón, que ni siquiera llega a ser “El cucharón”, porque sólo se tiene idea de que alguno había o tendría que haber o parece verosímil que lo haya. Las cosas huelgan sueltas, desligadas las unas de las otras, yacen desperdigadas sin que nadie las tenga sometidas a control. Lo mismo vale para “una gallina o dos”, porque dos gallinas son una gallina, y una gallina dos gallinas son; los bienes no tienen cuenta; si se usa el número, una gallina o dos, es sólo porque vienen en cuerpos discontinuos, pero en la indiferencia, en esa misma dejadez del “una o dos”, el propio número se anula virtualmente, incoando un continuo “gallina” tal vez un poco a la manera de aquel “tigre continuo” que inventó el talento de Jorge Luis Borges. Mas no son todos los tiempos unos.

En la “jurisdicción de la” hambre, en el tiempo adquisitivo, de los valores, en el orden del destino, rige el principio burocrático de “un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio” y es intolerable que el cucharón no esté donde tiene que estar. Las gallinas, por su parte, están contadas, contabilizadas, controladas, y no sólo por si sobreviene una mortandad avícola y llegan a ser demasiado pocas y hay que racionarlas, sino también por si viene un año demasiado próspero y las gallinas aumentan más de lo debido, y hay que sacrificar las excedentes en aras de lo que hoy suele llamarse “creación de riqueza”, porque entre ésta y el remedio de las carencias humanas, o sea entre los valores y los bienes, hay un antagonismo irreductible.

Cuando se celebraron las Bodas de Camacho regía una tregua entre flamencos y españoles; Cervantes no vivió para conocer la reanudación de aquella guerra, que había hecho acuñar a los españoles el lema aquel: “Italia mi ventura, Yndias mi desventura, Flandes mi sepultura”, ni conoció la atribulada corte de Felipe IV, en la que fue Velázquez el que tomó, magistralmente, su puesto como paladín del carácter. Ahí está su galería : el Bobo de Coria,

el Niño de Vallecas, el Primo, Pablillos de Valladolid y otros, y hasta una mujer, Mari Bárbola, que hace la corte a la Infanta en “Las Meninas”. Son personajes inmóviles en la pintura y en la historia; ni tan siquiera la edad que representan es ya la cuenta de sus años, sino un rasgo permanente de su fisonomía. Están en Palacio sin más función, sin más servicio al Rey que su presencia; sin ayer, sin mañana, sin historia. Frente al cárdeno horizonte de tormenta que hace el fondo del retrato del Conde Duque de Olivares, personaje de destino si los hay, los fondos de los cuadros de nuestros personajes de carácter son neutros, cercanos, sin horizonte alguno. Su servicio al melancólico Rey es amortiguar, distraer, ahuyentar, exorcizar, la ominosa galerna del destino que amaga más allá del Guadarrama. Porque el halcón del destino, señor de la Historia, lo trae ahora, firmemente agarrado a la luva de cuero en su muñeca, Richelieu.

En esa atmósfera macilenta de los cuadros de Velázquez muchos han creído ver la luz de lo que los historiadores llaman decadencia. A algunos autores de la llamada Generación del 98 no les gustaban nada estos períodos que sentían como “estados de postración” de España. Don Antonio Machado, por ejemplo, perpetuó ese rechazo con aquel eslogan despectivo que aún se oye a veces hoy: “la España de charanga y pandereta”. Y en la letra del verso dice de ella entre otras cosas: “Esa España inferior que ora y bosteza,/ vieja y tahúr, zaragatera y triste;/ esa España inferior que ora y embiste,/ cuando se digna usar de la cabeza.” La corrección que propone más abajo en el mismo poema es una especie de “toma de conciencia histórica”, que dice así: “Mas otra España nace,/ la España del cincel y de la maza,/ con esa eterna juventud que se hace/del pasado macizo de la raza./Una España implacable y redentora,/ España que alborea/con un hacha en la mano vengadora,/España de la rabia y de la idea”. Por su parte, Don José Ortega y Gasset tiene una mirada compasiva para una nación en estado de postración histórica: “¡Pobre la vida, falta de elásticos resortes que la hagan pronta al ensayo y al brinco!; Triste la vida que, inerte, deja pasar los instantes, sin exigir que las horas se acerquen vibrantes como espadas!”, dice en “El origen deportivo del Estado”.

Y en esa misma idea viene a reincidir en “España invertebrada”, en este pasaje: “Mas ¿para qué, con qué fin, bajo qué ideas ondeadas como banderas incitantes? ¿Para vivir juntos, para sentarse en torno al fuego central, a la vera unos de otros, como viejas sibilantes en invierno?”. Pero donde más se explicita su inclinación hacia “lo histórico” es donde habla de Hegel en el ensayo “Hegel y América”: “Su filosofía es imperial, cesárea, ghenghiskanésca. Y así ocurrió que, a la postre, dominó políticamente el Estado prusiano, dictatorialmente, desde su cátedra universitaria”; y un poco más abajo describe el talante de Hegel como “organizador de grandes masas y duro para la carne de cañón”, y todavía, cuatro páginas más abajo, dice de él: “es un pensamiento de Faraón, que mira el hormiguero de trabajadores afanados en construir su pirámide”.

Pues bien, precisamente en Hegel nos hemos de apoyar para poner un ejemplo o modelo inmediatamente accesible a cualquier experiencia, que ilustre la oposición entre el orden del carácter y el orden del destino. En uno de los

a toda suerte de lectores de la “Filosofía de la Historia”, dice Hegel así: “También al contemplar la Historia se puede tomar la felicidad como punto de vista; pero la Historia no es un suelo en el que florezca la felicidad. Los tiempos felices son en ella páginas en blanco. Ciertamente que en la historia universal se da también la satisfacción, pero ésta no es lo que se llama felicidad, pues es la satisfacción de fines que sobrepasan los intereses particulares. Fines de importancia para la historia universal requieren voluntad abstracta, energía, para ser mantenidos. Los individuos de significado para la historia universal, que han perseguido esos fines, han encontrado ciertamente satisfacción, pero han renunciado a la felicidad”. Hasta aquí la cita. Esta dualidad de Hegel es una contraposición de términos totalmente antagónicos, y constituye el eje de giro de estas mis teologías. Es cierto que, al menos en el castellano de hoy en día, “felicidad” y “satisfacción”, vienen a usarse como palabras casi sinónimas. En particular, el uso de “felicidad” encarece a menudo situaciones anímicas de cumplimiento de designios, de autoafirmación del yo o, en fin, de eso que un sujeto angloparlante suele celebrar con la exclamación “¡I did it!”, por ejemplo, la victoria en un campeonato deportivo, pues no falta quien proclame esa victoria como “el día más feliz de mi vida”. Lo cual me hace pensar si no será que en un mundo de sujetos cada vez más dominados por el paradigma competitivo del “ganar y perder” el lugar de la felicidad viene siendo usurpado y colmado por la satisfacción como única forma conocida de contento humano.

En esa espléndida pieza de pintura que es la tabla derecha del tríptico “El jardín de las delicias” de Ieronimus Bosch, “El Bosco”, pueden verse, entre las cosas que podrían llevar a los hombres al infierno, unas cuantas, diminutas, figuras de niños y adultos, calzadas con unas botas de cuchilla muy semejantes a los patines de hoy en día, deslizándose, felices, por la superficie de una laguna helada. El placer de patinar es ventajista: reside en gastar poco y lograr mucho, en la sensación corporal de liberación de la gravedad, de ventaja sobre ésta, de ingravidez gratuitamente conseguida; precisamente gratuita, como un don, como un bien. El que patina va y viene como quiere, a la velocidad que quiere, pero, sobre todo, sin ir a ninguna parte y disfrutando a cada instante durante el ejercicio.

El error de Huizinga, en su magnífica y ya clásica obra sobre el juego, “Homo ludens”, estuvo en que, al haber tomado por punto de partida la oposición entre “juego” y “seriedad” –contraposición que no debía de aparecer tan dudosa y cuestionable en los tiempos de la obra de Huizinga como en los de la Guerra de Iraq– no se dio cuenta de hasta qué punto cuando introduce el “agón”, o sea el principio competitivo, establece una contraposición mucho más tajante y decisiva que la de juego y seriedad: la de juegos competitivos y juegos no competitivos, o por usar el término griego de Huizinga “agón”, juegos agónicos y juegos “anagónicos”. De modo que ahora a dos de aquellos mismos patinadores “anagónicos” de la laguna de El Bosco, les vamos a mandar los demonios del “agón” para que les susurren al oído: “A ver quién corre más”. En esta era en la que todo es “desafío”, “challenge” será sumamente probable que nuestros patinadores caigan, entusiasmados, en la tentación.

Ya están contentos, ya tienen “algo por qué luchar”. Hemos entrado en el deporte “agónico”, en el deporte con sentido y argumento, y, por tanto, en el orden del destino. Lo relevante es la inversión total del aprovechamiento ventajista del terreno, puesto que ahora, por el contrario, aquí el jugador somete a su propio cuerpo a la exigencia y la violencia de aumentar el esfuerzo muscular hasta su máximo potencial de rendimiento; en ciertos juegos de competición no es hiperbólico decir que el deportista trata su cuerpo a latigazos como si fuese su propio caballo de carreras. Si, ahora, imitando a Hegel cuando consideraba los inmensos sacrificios perpetrados en el “ara de la Historia Universal” se preguntaba: “¿Para quién?, ¿para qué?”, nos preguntamos nosotros lo mismo respecto de esos veintidós muchachos que se autoinmolan todos los domingos en el ara sacrificial del balompié, la respuesta será, de puro obvia, perogrullesca: “pues ¿para qué va a ser? ¿Para ganar!. ¿Para ser los primeros, los mejores!”; pero si nos detenemos a mirar el asunto un poco más, la respuesta empezará a dejar de parecer tan obvia, para empezar a sonar un tanto misteriosa. Y aun más misterioso tendría que resultar el que se estime y se alabe como “entrega”, como “generosidad”, aun más nobles por la total carencia de utilidad, un esfuerzo y un sacrificio que no responden más que al delirio solipsista, narcisista, autista, del “¡I did it!” del egocéntrico furor de autoafirmación de los sujetos, con toda esa penosa jerga escolar del “espíritu de sacrificio”, y el “afán de superación” y la “aspiración a la excelencia”.

El tiempo del deporte “agónico”, modelo del tiempo del destino, del que Benjamin dice que “no tiene presente”, es el tiempo de la historia. Supuesto que por “historia” se entiende aquel acontecer que está, como diría un periodista, “preñado de sentido”, que es una bien trabada y consecuente sucesión argumental de designios propuestos, perseguidos, contendidos en campos de batalla y alcanzados o frustrados, mal podría caber en ella la felicidad, que, al no tener sentido, tampoco tendría una sola línea que escribir. Salvo que hoy parece que el estigma de “lo histórico” ha penetrado e inficcionado tan profundamente el mundo de la vida, que se ha apoderado de casi todas las cosas y hechos de los hombres.

La racionalidad precaria y espectral de la idea de “destino” no admite ser denunciada de frente como irracionalidad ni desautorizada señalándole “contradicciones”, porque desciende de concepciones míticas, ajenas a nuestros usos de razón. Será, en cambio, un refrán, el más espléndido, y a la vez más terrible, de los refranes castellanos, el que nos dé la ilustración más aproximada de la indefinible noción de “destino”; dice así: “El potro que ha de ir a la guerra, ni lo come el lobo ni lo aborta la yegua”.

Sólo aparentemente fue una feliz contingencia, un azar afortunado, el que no fuese malparido por su madre, sólo aparentemente fue una suerte el que saliese bien librado de las insidias y asechanzas de los lobos; en realidad, no eran hechos gratuitos o fortuitos, sino que tenían una causa, una causa indefectible, que esperaba escondida entre los pliegues de los días; y esa causa —que no parece causa— era que tendría que morir en el campo de batalla, despanzurrado

por una bala de cañón. Tal es la perversa voz del destino, tal es la retorcida irracionalidad del que pretende racionalizar la contingencia imponiéndole un sentido, una causa, un argumento. Tanto más admirable resulta el inequívoco gesto del refrán, en la desesperada valentía de revolverse, no con acatamiento ni con resignación, sino con todo el rencor de sus entrañas contra la cara de un destino, cuyo poder, sin embargo, reconoce. Suena como un enconado renegar de un mundo encadenado por la maldición de los nexos de sentido, un tiempo en el que nada escapa a la condena de una toma de sentido, tal como exige el gobierno del orden del destino.

Pero el talento del refrán, que es el talento de la lengua, del intelecto agente, afina aún más, pues he aquí que las dos desgracias –la de ser abortado por la yegua y la de ser comido por el lobo–, de las que el potro sale salvo, son desgracias de la vida, mientras que la desgracia de ir a la guerra, en que hallará la perdición, es, en cambio, por antonomasia, una desgracia de la historia. De esta manera, ya en el propio contenido del refrán está especificada la naturaleza de la agresión y del despojo perpetrados por la impostura del sentido y la imposición de un argumento, según requiere el orden del destino, puesto que esa agresión y ese despojo vienen a ser representados, justamente, con la imagen concreta de la desventura que sobre la vida arroja la mala sombra de la historia.

Los grandes historiadores o filósofos de la historia, en especial los fundadores de la Historia Universal –Polibio y veinte siglos más tarde el propio Hegel– vinieron a reconocer virtualmente lo mismo que el refrán del potro reconoce, salvo que con la diferencia capital de que, lejos de hacerlo con dolor y con rencor, lo hicieron con rendido acatamiento, hasta constituirlo en método de sus concepciones: violentaron lo contingente y lo sometieron a la necesidad, para darle a la historia un sentido, un argumento, que la hiciese racional y comprensible. Así, Polibio elevó el destino, como plan teleológico de la totalidad, a único y supremo portador y dador de sentido. El “genghiskanesco” Hegel, por su parte, “duro para la carne de cañón”, como decía Ortega, lo hace con soberana indiferencia o hasta olímpico desprecio hacia lo contingente y lo particular. En un lugar de su obra dice así: “Dios rige el mundo, y el contenido de su gobierno y el cumplimiento de su plan constituyen la Historia Universal. La filosofía no aspira a otra cosa más que a comprenderlo, pues sólo lo que de este plan se lleva a efecto tiene realidad, no siendo más que corrupta existencia cuanto no sea conforme a ello. Ante la luz de esta idea divina, que no es mero ideal, se desvanece todo lo aparente, como si el mundo fuera un acontecer demente y necio.” (Hasta aquí la cita) “It is a tale/told by an idiot/full of sound and fury,/signifying nothing”.

Desde el ejemplo de los patinadores se ha querido ilustrar la contraposición antagónica entre el orden del carácter y el orden del destino. Bueno, pues Don Quijote está en la encrucijada, inevitablemente conflictiva, entre el orden del carácter y el orden del destino. Que Don Quijote es un personaje de carácter es tan incuestionable como que lo es su escudero Sancho Panza. Veamos en qué plano de virtualidad es

constitución formal del personaje no pueden ser más inequívocos y están exactamente en el segundo párrafo del Capítulo Segundo de la Primera Parte y dice así: “Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero iba hablando consigo mismo y diciendo: ¿quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: ‘apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa Tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel’. Y era la verdad que por él caminaba”.

Aquí está, pues, en el principio mismo, tal como corresponde, y de una vez por todas, pues no se volverá a repetir, el auto de definición e instauración del personaje, dando cuenta de la pauta por la que desde el orden del carácter todos sus hechos van a verse virtualmente revestidos con las galas del orden del destino. Don Quijote va leyendo, “como en profecía” –por usar una expresión del propio Cervantes en la dedicatoria del Persiles– la narración futura de sus “famosos hechos”, pero con el detalle peculiar de que lo que va leyendo está contando lo que en ese mismo instante viene haciendo. Don Quijote es el caballero “après la lettre”; lo es por partida doble: la primera porque su aventura es posterior y derivada de los libros de caballería, la segunda porque va resiguiendo la lectura de su propia historia, que “ya está escrita”, o como justamente del destino dice Benjamin, “ya está en su lugar”. Sus hechos son, por tanto, mimesis, imitación; de suerte que la suya no es una aventura ética, sino una aventura estética. Y si se me admite que toda estética es una antigua ética, ello concuerda con el hecho de que una de las notas que Cervantes tenía muy en cuenta –y lo dice varias veces– es que la de hidalgo era ya una condición históricamente periclitada, o por decirlo en jerga de sociólogo, socialmente disfuncional.

Finalmente, la sin par naturaleza de Don Quijote estaba en ser un personaje de carácter cuyo carácter consistía en querer ser un personaje de destino. Sus acciones, en la narración que simultáneamente se les superpone, aparecen transfiguradas precisamente como destino. Pero en la misma medida en que tal transfiguración es producto de un empecinado esfuerzo del carácter, no se trata, en modo alguno, de una especie de hibridaje entre los dos órdenes. El ser personaje de destino es la obra de su carácter; por eso, lejos de disminuir su condición de personaje de carácter, la confirma y reduplica.

Walter Benjamin observa que, al menos en la rigurosa concepción de los antiguos, el destino carece de una vertiente que revierta sobre la felicidad. Viene aquí a coincidir, en cierto modo, no sólo con la idea de Hegel, sino también con el sentir del ama de Don Quijote. Pues



cuando se están concentrando todos los indicios de que se fragua una tercera salida, aquella sabia y excelente señora coge a parte a Don Quijote y le espeta: “En verdad, señor mío, que si vuesa merced no afirma el pie llano y se está quedo en su casa y deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando ésas que dicen que se llaman aventuras, a quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar a voz en grito a Dios y al Rey, que pongan remedio en ello”. Es muy de notar, aquí, la expresividad del ama en su voluntad de poner entre ella y las aventuras la mayor distancia posible: “ésas que dicen que se llaman aventuras”. Cuando hace ya bastantes años le escribí una carta a Méjico a mi amigo don Jacinto Batalla y Valbellido contándole esta cuestión del carácter y el destino, en el estado en el que entonces se encontraba, me contestó con una postal que traía el palacio episcopal del venerable don Vasco de Quiroga en Pátzcuaro y en la que, con el laconismo propio de su perezosa ancianidad, se limitó a esta glosa: “El argumento se quedó parado y sobrevino la felicidad”.



Cuatricentenario del Quijote de La Mancha

Alfredo Martínez Moreno

Señoras y señores:

Todo aniversario, sea festivo o triste, se acostumbra celebrar como un recuerdo que en el mundillo familiar o en el mundo más extenso de la ciudad o de la patria tiene un alcance o un sentido importante y memorable. Pero un centenario de un acontecimiento sobresaliente es algo digno de mayor conmemoración en todos los países civilizados, pues significa respeto o devoción a algún valor de carácter cívico, humano, religioso, artístico o científico, o en general evoca un hecho que ha impactado, en alto grado, la conciencia nacional, regional o universal, por su dimensión trascendente. Y cuando el suceso ha ocurrido cuatro siglos ha, cuatrocientos años, por ejemplo, es natural y justo, y hasta imperativo desde el punto de vista moral y axiológico, festejarlo y ensalzarlo en una forma acorde a su jerarquía histórica.

Esto es lo que está ocurriendo en la actualidad, en que la comunidad hispanohablante, más de cuatrocientos millones de seres humanos, al igual que los centros culturales de otras regiones o lenguas, están conmemorando, como algo realmente trascendental, como una epopeya en la historia de las letras universales, la publicación, a mediados de 1605, de la primera parte de una novela inmortal, *Don Quijote de la Mancha*, el libro del que más traducciones

se han hecho, exceptuando a la *Biblia*, y que es un tesoro literario de carácter diamantino, desde cualquier ángulo que se le analice: el de la fantasía, el del lenguaje, del humor, de la compasión, de la altura de miras, de la nobleza de alma, y hasta del honor en su concepción inmanentemente válida; en fin, una obra que aparentemente estaba destinada a desacreditar los libros de caballería –tema que todavía se discute por los especialistas cervantinos– entretiene y enseña con una elevación que difícilmente otras obras geniales de jerarquía mayestática universal –la *Iliada*, la *Eneida*, la *Divina comedia*, el *Fausto*, *Hamlet*– lo han logrado.

Y esa obra, que es el producto del ingenio (digo mal, del genio) de un hombre en angustia permanente ante los avatares de la vida –pobre, manco, fracasado en sus empeños, cautivo de guerra, preso por deudas, sin mayor fortuna en el amor, vilipendiado por doquier, defenestrado hasta por sus pares, como el gran Lope; en fin, un ser que no conoció el lauro de un pequeño triunfo en su existencia de constante zozobra–, ha alcanzado justicieramente el reconocimiento mundial y forma parte preeminente del joyero espiritual de la humanidad. ¡Ironías de la vida! ¡Inconsecuencias de las musas! ¡Si ni siquiera su atormentado autor percibía en ella el peso de los quilates áureos de su valía colosal y ecuménica!

Esa es la obra que la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, con sentido de responsabilidad histórica, bajo el signo prestigioso del Grupo Editorial Santillana, presentan hoy al estimable público salvadoreño –como se hace en toda la comunidad hispanoparlante–, en un volumen de lujo y a un precio asequible a la generalidad de los lectores, como uno de los principales actos conmemorativos del cuatricentenario de su luminosa edición príncipe.

La iniciativa para editar este volumen, como la forma más digna y apropiada para celebrar el fausto acontecimiento, provino de un laureado poeta y académico hondureño, D. Óscar Acosta, él mismo un editor profesional. Luego, el insigne e incansable director de la Real Academia Española, D. Víctor García de la Concha, se constituyó en el motor para conseguir el financiamiento que hiciera realidad, a bajo costo, la impresión de la misma, y para supervisar su tirada.

El sesudo prólogo del gran narrador peruano Mario Vargas Llosa, los estudios cimeros de dos egregios cervantinos, Martín de Riquer y Francisco Ayala, la coordinación y el texto crítico del ilustre Francisco Rico enriquecen en alto grado esta edición conmemorativa, que se complementa con otros eruditos ensayos sobre “La Lengua de Cervantes y el *Quijote*”, de cinco lingüistas de España y de América. Finalmente, cimienta el valor editorial del volumen un “Glosario” que, según se afirma en la Introducción, contiene “más de seis mil acepciones [y] registra el significado preciso de voces, frases proverbiales y refranes en la inmortal novela cervantina”.

En los primeros siglos de la existencia de la Real Academia Española, fundada visionariamente en 1713, con su lema “limpia, fija y da esplendor”, su actividad principal fue la de cuidar la pureza del idioma, pero con el paso renovador del tiempo, con la aparición de las academias hermanas de Hispanoamérica, Estados Unidos y Filipinas y el desarrollo de infinidad de neologismos de carácter científico y tecnológico, si bien procurando siempre mantener la casticidad de la lengua común, el interés actual se centra medularmente en el enriquecimiento y, sobre todo, en la unidad de la lengua benemérita en su pluralidad. Ahora, esas corporaciones, sin dejar de lado el reconocimiento al mérito literario, concentran sus esfuerzos en el esclarecimiento, ordenación y desarrollo lingüístico y filológico. Ya no son únicamente los personajes cultos, los escritores y poetas los que están integrando esas asociaciones, sino que en la actualidad cuentan con el soporte erudito y especializado del lingüistas y gramáticos, de expertos en el conocimiento de esa habla maravillosa y musical que con toda justicia se conoce ahora como la lengua de Cervantes.

Así, en estrecha comunidad de ideales y de esfuerzos, la Academia madre, en unión de las entidades hermanas, ha producido y espera editar obras de importancia dogmática, orientadora y práctica, como la nueva *Ortografía*, publicada hace poco tiempo, el *Diccionario Panhispánico de Dudas*, que saldrá a la luz a mediados del año entrante, la muy estudiada *Gramática* y el majestuoso *Diccionario de Americanismos*, que toma en cuenta el hecho real y determinante de que más del ochenta y cinco por ciento de la población que habla, sufre y sueña en español vive en tierras americanas.

Dentro de esos empeños respetables, ha surgido esta nueva edición del *Quijote*, el libro que ha inmortalizado al emblemático hidalgo “de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”, y que, al decir de Vargas Llosa, es una novela para el siglo XXI, o sea, para todos los tiempos, y es además, para el ilustre escritor peruano, una “novela de hombres libres”. En efecto, basta recordar una escena del capítulo LVIII de la segunda parte de la egregia obra, para confirmar tal aserto, cuando el Caballero de la Triste Figura, como también se conoce al dignísimo hidalgo de la Mancha, al despedirse de los duques que gentilmente lo habían hospedado en su castillo, pero que lo habían hecho el receptor del escarnio de sus burlas, y al salir de nuevo a los caminos de sus heroicas andanzas, en un tono de magistral filosofía dice a su escudero:

La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.

Y no resisto a repetir la continuación de su conmovedora reflexión:

Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía a mí que estaba metido entre las estrecheces de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre.

Y al terminar con una expresión realmente impresionante por su elemental sabiduría, agrega:

¡Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!

Se ha dicho reiteradamente por los más egregios comentaristas que el propósito fundamental de Cervantes al escribir el *Quijote* fue el de acabar con la lectura inconveniente y fantasiosa de los libros de caballería, cuando tales relatos ya casi habían desaparecido. Pero como afirma D. Juan Valera, con el peso de su autoridad moral, “de censurar Cervantes [...] un género de la literatura falso y anacrónico, no se sigue que tratase de censurar [...] las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad y la castidad en los amores, y otras virtudes que constituían el ideal del caballero, y que siempre son y serán estimadas, reverenciadas y queridas de los nobles espíritus como el suyo”.

En todo caso, como con criterio lúcido afirma Alberto Gerchunoff, en su admirable *Retorno a Don Quijote*, la muerte de la caballería andante implica la resurrección del caballero auténtico, como dentro de su locura magnánima es lo que fue D. Alonso Quijano el Bueno.

Al aplaudir y exaltar la publicación de un tomo digno de la grandeza espiritual de su paradigma, evoco e invoco su augusta figura de loco santo, de rey de los hidalgos y de barón de varones, en las clásicas *Letanías a nuestro Señor Don Quijote* del Divino Rubén, y humildemente ruego al paladín:

*¡Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de sueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.*

El español, patrimonio e instrumento de unión de una comunidad (Homenaje a Salamanca)

Alfredo Martínez Moreno

Una comunidad, en su acepción más amplia, dice el diccionario, es “un conjunto de las personas de un pueblo, región o nación”; pero en su sentido estricto, es un grupo social, de variado tamaño, que comparte un patrimonio cultural e histórico común. La comunidad hispanohablante, más de cuatrocientos millones de seres humanos, por ejemplo, está unida secularmente por lazos indisolubles de costumbres, tradiciones y aspiraciones, pero sobre todo por el vínculo férreo de una misma lengua.

Así, D. Miguel de Unamuno, de venerada memoria, al despedirse de sus compañeros maestros y queridos discípulos, en lo que él llamó su última lección, expresó sabiamente que “la verdadera comunidad nace de comunión espiritual, verbal y ésta de entendimiento común”, y agrega con palabras conmovedoras, dignas del gran maestro que era: “he aquí, estudiantes salmantinos, [que] he venido esforzándome socráticamente en enseñaros a aprender la misma lengua que hablabais, a daros clara conciencia de ella, a que la dierais a luz, y a aprenderla yo de vosotros, y todos de consuno a desentrañar el romance castellano que nos está haciendo el alma española.” Y en otro párrafo diamantino añade: “pensar en lengua española es pensar lo que esa lengua ha pensado, creer lo que ha creído. Porque una lengua, alma de un pueblo, piensa y cree: y no digamos que no siente, porque se siente en pensamiento –los sentimientos son pensamientos en conmoción–”.

Y para dar remate a su iluminante sentir de que la lengua es la esencia de una raza, acaso en su más comentado soneto, pontifica:

*La sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuena
soberano su verbo, que no amengua
su voz por mucho que ambos mundos llene.*

Sí, la sangre del espíritu de una comunidad, su herencia más preciada y distintiva, es su lengua, y en el caso de la nuestra, por mil títulos benemérita, para seguir inspirándonos en el pensamiento en conmoción del rector salmantino, “es la lengua a que Cervantes Dios le dio el Evangelio del Quijote.”

La comunidad de habla castellana –que allá por los siglos XI y XII, luego de imponer su hegemonía idiomática sobre el leonés y el navarroaragonés y de recibir el empuje oficial de dos monarcas esclarecidos, Fernando el Santo y Alfonso el Sabio– se extendió por la Península Ibérica, enriqueciéndose con la influencia latina, visigótica y árabe, al igual que de las lenguas vecinas; se perpetuó después del descubrimiento de América –¡un verdadero encuentro de dos mundos!– en el habla de más de una veintena de naciones indoespañolas, lo mismo que de un segmento poblacional de Filipinas y de medio millón de sefardíes que todavía se comunican con las voces áureas del siglo XV, para así convertirse en el tercer grupo social más grande del planeta en vivir, pensar, sentir y soñar en una lengua común, en un español claro y vibrante, que hace estremecer el alma hispánica por una sonoridad musical que tiene tanto de la delicadeza de una canción de cuna como del fragor de un volcán en erupción, lo que ha permitido crear una literatura excelsa y arrolladora, que ha dignificado la cultura universal.

El verdadero patrimonio del mundo hispanoamericano, y a la vez el signo distintivo de la identidad de su estirpe, es la lengua común, que con un alto sentido de equidad ante la majestuosidad de su insuperable contribución a ella de parte del más insigne de los escritores, ahora se conoce como la lengua de Cervantes, una connotación que, al reflejar la sustancia del libro incomparable, resume la esencia, si no de la total realidad del alma hispánica, sí de la indiscutible aspiración de una comunidad caracterizada por la altivez y el orgullo, con un hondo y quijotesco sentido del honor y de la dignidad, que Lope de Vega la inmortalizó también en una obra, más bien en una sencilla frase: ¡Fuenteovejuna, señor!, y que su par en la poesía dramática, Calderón de la Barca, la concretó en un verso aclarador de profundo contenido ético:

*Al rey la hacienda y la vida se han de dar,
pero el honor es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.*

Y esa admirable lengua de Cervantes ha seguido creciendo y remozándose –sin mengua de su pureza– con el aporte invaluable de otro descubrimiento, el de la ciencia y la tecnología modernas, que han creado neologismos necesarios y precisos, y, sobre todo, con la contribución de miles de americanismos, que al ser depurados por la floreciente lexicografía, están enriqueciendo el habla ancestral, con todo su valimiento y opulencia, en un medio de comunicación armónico de toda una comunidad en progreso constante. Al lema respetable de la Real Academia Española: “limpia, fija y da esplendor”, que se mantiene en su integridad, se agrega ahora el esfuerzo no sólo por acrecentar la lengua común, sino fundamentalmente para lograr su unidad. Éste es el desafío de la hora actual: unir a la comunidad hispanoparlante con un lenguaje claro, vivo,

único en su pluralidad. Y es que no hay herramienta que pueda ligar más estrechamente a los pueblos que soñar, amar y esperar en una misma lengua.

Se nos ha fijado pocos minutos para desarrollar un tema que por su importancia tiene alcances siderales, pero no debemos terminar esta corta exposición sin rendir a la ínclita ciudad de Salamanca, que tan gentilmente nos acoge, el testimonio de nuestra sincera devoción, en momentos en que se conmemoran los doscientos cincuenta años de la creación de su monumental Plaza Mayor, digna de la grandeza histórica de una ciudad que representa lo más noble de “la sangre de nuestro espíritu” y, por ende, de nuestra estirpe, y a la que el docto Unamuno atinadamente llamó “el corazón, henchido de sol y de aire, de la ciudad; el templo civil, sin otra bóveda que la del cielo”; y por la que, según el ilustre polígrafo, “se pasearon Meléndez Valdés, y Quintana, y Muñoz Torrero” y que allí “le envolvió [a él] en aclamaciones de bienvenida el mocerío estudiantil y obrero cuando volvía del destierro dictatorial.”

Se nos ocurre pensar, o mejor dicho, evocar, que en la cercanía de esos célebres terrenos, antes de que se fundara ese templo civil, acaso se reunían, en estrecha comunión de pensamiento y de acción, Fray Luis y Santa Teresa de Ávila, cuando “la inquieta andariega”, apelando a todos los medios lícitos, buscaba el consejo y el apoyo del eximio agustino y del teólogo Báñez para lograr la reforma de la Orden del Carmelo, a fin de volver a la prístina severidad y a la descalza humildad de sus orígenes. Y también, con un tono picaresco, nos imaginamos que en el escondrijo de una esquina de esos históricos lugares acaso se escondió el Lazarillo de Tormes urdiendo una de sus pillerías. ¡La Plaza Mayor es, sin duda, un sitio propicio a la evocación y a la contemplación!

Asimismo, con la reverencia de sempiternos estudiantes, rendimos homenaje de respeto y admiración a su laudable Universidad, la más antigua de las existentes en la España eterna, que al poco tiempo de inaugurada y luego de que el rey San Fernando le otorgara “el fuero académico”, creó los “estudios generales”, en olímpica competencia de enseñanza con las de París, Boloña y Oxford, y que desde el año memorable de su fundación, presumiblemente 1215, ha representado lo más excelso de la educación superior de la que los americanos seguimos llamando Madre Patria.

Y como fervorosos aficionados al derecho internacional expresamos nuestro inconmensurable agradecimiento al ilustre Convento de San Esteban, en cuyos claustros, aulas y celdas monásticas se gestó, para gloria de la Hispania fecunda, en el cerebro privilegiado y en el corazón magnánimo de Fray Francisco de Vitoria, dignamente secundado por sus egregios discípulos, Domingo de Soto y Melchor Cano, el derecho de gentes, con sus corolarios de la libertad de los mares y

del comercio, la definición de la justicia o ilegitimidad de la guerra, la igualdad soberana de los Estados, pero que sirvió preferentemente para suavizar y dignificar la conquista y reconocer los derechos humanos de los indígenas americanos.

Finalmente, nos inclinamos con unción ante las tres figuras más notables de la insigne Salamanca, de su historia y de su cultura, ante el sabio dominico Fray Francisco de Vitoria, a quien en comparación a otros grandes doctores de la Iglesia, hemos reiteradamente llamado “el doctor humano” –lo repetimos– por su grandeza de alma, su doctrina redentora de libertad, su concepto de la sociabilidad, igualdad y dignidad del hombre, su solidaridad constante con el débil y el oprimido, su defensa augusta del indio americano, su lucha por la justicia en las relaciones entre los pueblos y su idea medular de la fraternidad universal.

Igualmente, ante el esclarecido lírico agustino Fray Luis de León, notable como poeta latino y castellano, traductor genial de Horacio y de Virgilio, maestro docto en las más serias cátedras de teología y de moral, autor de algunas de las más bellas prosas de la literatura hispánica, consultor de reyes en los más arduos problemas de conciencia, de quien justicieramente se ha dicho que “fue varón de tanta autoridad, que parecía más a propósito para mostrar a los otros que para aprender de ninguno”. La envidia y la mentira –según su propio verso– lo tuvieron encerrado, pero al regresar al trono olímpico de su cátedra, sin odios hacia nadie, expresó la célebre frase que ya pertenece al joyero espiritual de la hispanidad: “Como decíamos ayer...”, pero el hecho real es que su obra y su pensamiento son también de hoy y de siempre.

Y naturalmente, ante la efigie augusta del rector universitario por antonomasia, con su cabello y barba de armiño, D. Miguel de Unamuno, cuya labor docente, de maestro de maestros, y de su laureada obra escrita, tienen dimensión universal.

Y después de esas tres figuras prestantes de nuestra devoción, nos arrodillamos ante la España eterna y la egregia lengua de Cervantes, la más dulce y melodiosa de todas las que se hablan en el mundo, que a diferencia de la que en Babel confundió a todos, sirve ahora de instrumento de unión de una floreciente comunidad.

Salamanca, 14 de septiembre de 2005.

Presentación de la edición conmemorativa del libro *Don Quijote de la Mancha*, con ocasión del IV Centenario de su publicación.

Palabras del Embajador de España, Jorge Hevia Sierra.

San Salvador, 8 de diciembre de 2004

Auditorium del Centro Español

La importancia de la lengua en nuestra comunidad

Miguel de Unamuno, uno de los grandes intelectuales españoles modernos, escribió en su día que “la sangre de mi espíritu es mi lengua y mi patria es allí donde resuena”. Y Leopoldo Panero decía que “toda la vida en la palabra cabe”. Además, del 17 al 20 de noviembre de 2004 se ha celebrado en Rosario (Argentina) el Tercer Congreso de la Lengua y se ha vuelto a poner de manifiesto que el idioma es uno de los vínculos más poderosos que une a los países de habla española a ambos lados del Atlántico.

Claudio Guillén (París 1924), hijo del poeta Jorge Guillén, que ha vivido casi la mitad de su vida en el exilio desde 1939 hasta 1983, escritor, académico, Doctor en literatura comparada y Premio Nacional de Ensayo en 1989, tiene una gran obra, “Múltiples moradas”, en la que afirma: “el castellano no es superior pero parece ponernos siempre en el camino de la amistad”.

En una reciente entrevista a la prensa se le preguntaba si ahora hay más fraternidad entre la Real Academia de la Lengua y las latinoamericanas. Y es que muchos tenían la sensación de que la RAE iba por un lado y las latinoamericanas por otro. Eso ahora, según Guillén, ha cambiado y destaca que vivimos “un proceso admirable y positivo”. Para él se dio un significativo paso adelante bajo la dirección de Lázaro Carretero, senda reforzada ahora por Víctor García de la Concha.

El Quijote, obra fascinante

Han sido tantos los intelectuales españoles que han reflexionado sobre esta obra, no sólo desde el punto de vista literario sino fundamentalmente dentro de la reflexión más amplia sobre el ser de España y de la nación española. Son numerosos los intelectuales y ensayistas que han

utilizado *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha* para encontrar explicación a nuestro devenir histórico como nación y a nuestro comportamiento colectivo como pueblo. Pienso ahora, una vez más, en Miguel de Unamuno y en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, en todos aquellos que han hablado de las dos almas del pueblo español (la idealista simbolizada en Don Quijote y la realista en Sancho), en Ortega y Gasset. Pienso en el famoso proceso por el cual Don Quijote se va pareciendo cada vez más a Sancho, es decir, se va haciendo más realista, al mismo tiempo que Sancho se va haciendo cada vez más Quijote, cada vez más idealista, evolución que culmina en el episodio de su coronación como Gobernador de la isla de Barataria.

Comentarios sobre la vida de Miguel de Cervantes

Se me ha pedido para este acto que en mi intervención aborde, fundamentalmente, la trayectoria vital de D. Miguel de Cervantes y así lo haré. En este tema sigo fundamentalmente al gran autor francés Jean Canavaggio, uno de los más grandes estudiosos de la vida y de la obra cervantina, y del que he tomado gran parte de los datos biográficos que expongo en este texto. También recomiendo a todos la lectura del ensayo “El español Cervantes y la España cervantina”, de Julián Marías, incluido en su espléndido libro “Ser español” (Editorial Planeta, Madrid 2000).

Sobre la vida de Cervantes habría que comenzar diciendo que todavía quedan hoy muchos puntos oscuros que afectan no sólo a la infancia del escritor sino a varios momentos decisivos de su existencia. De hecho, aún hoy ignoramos todo o casi todo sobre las motivaciones subyacentes a la mayoría de sus decisiones, como la partida para Italia en 1569 a los 22 años, el alistamiento en 1571 en el ejército de la Santa Alianza o el regreso a España en 1575 frustrado por su captura en manos de piratas argelinos.

Sí sabemos, desde mediados del XVIII, que nació en Alcalá de Henares, aunque la fecha exacta no se ha podido averiguar (se supone que fue el 29 de septiembre, el día de San Miguel). La ascendencia del escritor ha sido y sigue siendo un tema controvertido. Para muchos era un cristiano viejo, pero Américo Castro sospechaba –sobre todo porque Rodrigo, el padre de Miguel, tenía el modesto oficio de cirujano itinerante y vagabundó por la península durante los años de infancia de sus hijos- que era un converso, hipótesis que muchos cervantistas se niegan a admitir.

Cervantes se encuentra instalado en Madrid con su familia en 1566, en un momento en que Felipe II acaba de fijar allí su corte. Tres años después inicia su carrera de escritor con cuatro composiciones poéticas. No llegó a matricularse en ninguna Universidad, recibiendo en el siglo XVIII el calificativo a todas luces inexacto de “ingenio lego”.

Ese mismo año 1569 se va a Roma, al parecer tras un duelo en el que resultó herido Antonio De Segura, un maestro de obras. Quizá recomendado por uno de sus parientes lejanos, el Cardenal Gaspar de Cervantes y Gaete, pasa unos meses en Roma al servicio del joven Cardenal Acquaviva.

Pronto abraza la carrera de las armas y se alista en 1571 en la compañía de Diego de Urbina, en la que ya militaba su hermano Rodrigo. Se embarca en la galera “Marquesa” y combate –“muy valientemente” según sus compañeros- en la batalla de Lepanto; recibe dos disparos de arcabuz en el pecho y un tercero que le hace perder el uso de la mano izquierda, por lo que llega a ser conocido como “el manco de Lepanto”. Él mismo evocaría su manquedad años después diciendo que nació “en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados”.

Recuperado de sus heridas en Messina, toma parte en las acciones militares realizadas con desigual fortuna, en 1572 y 1573 por Don Juan de Austria en Ambarino, Corfú y Túnez. Profundamente marcado por sus años en Italia, donde transcurre parte de la acción de varias de sus novelas, conservó siempre especial recuerdo de los meses pasados en Nápoles.

Decide regresar a España, pero el 26 de septiembre de 1575 la galera “El Sol” en la que viajaba cae en manos del corsario Arnaut Mamí, muy cerca de las costas catalanas, no lejos de Cadaqués. Llevado a Argel como esclavo padece un cautiverio de 5 años que dejará profunda huella sobre él. Hay que destacar cuatro intentos frustrados de evasión. Es rescatado el 14 de septiembre de 1580 por los Padres Trinitarios al precio de 500 ducados.

Tras una breve misión en Orán en mayo-junio de 1581, cuya finalidad exacta se ignora, vuelve a Madrid e inicia una vida marcada por episodios íntimos: tiene una hija natural, Isabel, que nace en el otoño de 1584 y en diciembre de ese mismo año se une en legítimo matrimonio con Catalina de Salazar, hija de un hidalgo de Esquivias, tierra de viñedos y olivares.

Redacta la primera parte de “La Galatea” que sale de la imprenta en marzo de 1585. A principios de 1587 se encuentra en Sevilla, donde consigue un empleo de comisario encargado del suministro de trigo y aceite a la flota. Proveído con este cargo recorre los caminos de Andalucía. Deseoso de conseguir un oficio en el nuevo mundo, presenta el 21 de mayo de 1590 una demanda al Presidente del Consejo de Indias, destinada al Rey. Hay que destacar la influencia fascinante que ejerce Sevilla sobre Cervantes.

En agosto de 1594 recibe una nueva comisión que lo lleva a recorrer el reino de Granada con objeto de recaudar atrasos de deudas. Un juez llamado Vallejo lo envía a la cárcel de Sevilla y comete con el insigne Don Miguel un auténtico abuso de poder, bien por torpeza, bien por malicia. En esa cárcel se gestó “El Quijote”.

Al parecer, se despide de Sevilla en el verano de 1600 cuando baja a Andalucía la terrible peste negra que un año antes había diezmado Castilla. Poco antes, en 1598 había muerto Felipe II el Rey Prudente.

En el verano de 1604 se traslada con su mujer a Valladolid, ciudad elegida por Felipe III como nueva sede del reino. En los últimos días de diciembre de 1604, sale "El Quijote" de las prensas madrileñas de Juan de la Cuesta y muy pronto se observan los primeros indicios de su éxito. A finales de junio de 1605 ocurre un extraño suceso en el que aparece mezclado don Miguel: la muerte violenta de un caballero de Santiago, Gaspar de Ezpeleta, herido en un duelo nocturno, ocurrido en el arrabal donde vivía Cervantes. Recogido por éste en su casa fallece dos días después sin confesar el nombre de su agresor. Cervantes es encarcelado durante un par de días.

Tras el regreso de la Corte a Madrid, Cervantes se establece en el barrio de Atocha, detrás del hospital de Antón Martín donde se sabe que estuvo alojado en febrero de 1608. Luego se mudaría varias veces de domicilio.

En los ocho años que van de 1608 a 1616, fecha de su muerte, no se aventura mucho fuera de la capital, salvo para breves estancias en Alcalá y Esquivias. A punto estuvo de cambiar de rumbo su vida cuando en la primavera de 1610 el Conde de Lemos, protector suyo, es nombrado Virrey de Nápoles. Según Martín de Riquer, Cervantes pudo viajar a Barcelona en vísperas de la partida de Lemos a Nápoles para defender sus pretensiones de acompañarle a Italia.

En esos años sufre varias tragedias familiares, así como un acercamiento cada vez mayor a la vida de devoción. Así, en abril de 1609 se afilia a la Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento, aunque no sabemos si llegó a acatar las estrictas reglas que ésta imponía a sus miembros. En julio de 1613 se le admite como novicio de la Orden Tercera de San Francisco, a semejanza de su mujer y sus hermanas, y el 2 de abril de 1616, poco antes de morir, pronuncia sus votos definitivos.

A primera vista, este proceso no casa bien con las pullas irónicas y las alusiones impertinentes a las cosas de la iglesia que recorren los textos Cervantes. Para Canavaggio, las formas que reviste su compromiso apuntan a que el mismo fue fruto de una decisión meditada, realizada por un hombre que trató de unir la fe y las obras en el crepúsculo de su vida.

En esos años finales Cervantes retorna con fuerza a su oficio de escritor mientras su fama empieza a extenderse más allá de los Pirineos. Salen a la luz más ediciones de El Quijote (en Bruselas en 1607, Madrid en 1608, la versión inglesa en 1612, versión francesa iniciada en 1611 y terminada en 1614). Compose las doce obras que formarán la colección de las "Novelas ejemplares", que nada más salir de la imprenta conocen un éxito fulgurante (extraordinario y

prodigioso el retrato de la Sevilla de entonces en *Rinconete y Cortadillo*). Contemporáneo de las *Novelas* es *El viaje del Parnaso*, publicado en 1614. La odisea extraordinaria que nos cuenta Cervantes, inspirada en el *Viaggio in Parnaso* de Cesare Caporali, un escritor menor oriundo de Perugia, lo lleva desde Madrid hasta Grecia, tras haber embarcado en Cartagena y costeado Italia.

Tras el triste episodio del plagio de *El Quijote* de Avellaneda, Cervantes publica, a finales de 1615, la segunda parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Durante los últimos meses de su vida, dedica las pocas fuerzas que le quedan a concluir *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*, “historia septentrional” cortada por el patrón de la novela griega.

El 20 de abril dicta de un tirón el prólogo del *Persiles* y concluye dirigiéndose al lector: “mi vida se va acabando...; adiós, regocijados amigos: que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida”.

Fallece el 22 de abril de 1616, pero se consigna para la historia que su muerte ha ocurrido el sábado 23, de acuerdo con la costumbre de la época que retenía la fecha del entierro; por eso, cada año se celebra en España ese día 23 de abril, el día de San Jorge, como el Día del Libro.

Conclusión

Concluyo subrayando la españolidad del autor de *El Quijote*. Lo ha dicho muy bien el gran filósofo Julián Marías, recientemente fallecido: “Nadie tan español como Cervantes; nadie puso en sus libros tanto de la realidad de España, la efectiva y la soñada, que es igualmente real. En rigor, la obra de Cervantes, más que una obra literaria al uso, es la expresión de España misma, la manera en como ésta se manifestó, se dio a conocer a sí propia... La obra cervantina está hecha de España como de un material, y al leerla nos parece ir absorbiendo la sustancia misma de la nación. Y a la inversa: Cervantes ha impreso en España su sello personal, para siempre. A pesar de tantas cosas, tantos dolores y fracasos, tantas empresas, tantos cambios, la España en que vivimos es la España cervantina. Nada de lo que escribió nos es ajeno; nos reconocemos en su visión inexorable y cordial a un tiempo. Cervantes lo vio todo, pero lo vio con amor, como los hombres de la generación del 98, como Ortega, como tantos españoles de nuestro tiempo, a quienes nadie podrá quitarles el dolorido sentir”.

En un lugar de la Mancha y otros sonetos andantes

Roberto Láinez

DESOCUPADO LECTOR

Si me ufano en la lengua de Cervantes
y con el Siglo de Oro me entrometo:
¡Vaya en la lid mi péndola al soneto,
y en prenda mis afanes galopantes!.

Escasa es la medida en los andantes
caballeros del sueño y lo inconcreto
que atesoran la flor de su secreto:
estrofa que se pare en cuatro instantes.

Trunca la flor, y sin embargo: vive.
Menos peso para alcanzar la altura
donde el amor eterno se percibe.

Dura la flor lo que el soneto dura:
lo que en catorce versos se concibe
y que fenece al punto en que madura.

I

Queda pues indeleble en la memoria
que un lugar cuyo nombre se ha olvidado,
vio nacer para el mundo al renombrado
manchego que a su patria diera gloria.

En el solar hidalgo de esta historia,
vivía Don Alonso, aficionado
a trastocar presente con pasado
en libros que leyera con euforia.

Y en lo tocante a la caballería,
creóse el buen hidalgo un cometido
que por los siglos bien relumbraría:

fue devolverle al mundo lo perdido,
 en alas de la andante fantasía
 que en noble corazón formó su nido.

II

Ocupaba su tiempo en la lectura:
 de Belianís pasaba a Florismarte,
 y anhelaba tomar el estandarte
 de las noveles armas en su albura.

De tanta fantasía, la cordura,
 derrotada, dejó de ser valuarte;
 y presto a concebir la mejor parte:
 buscaba en los arcones la armadura,
 las armas que heredara el bisabuelo,
 para lanzarse a conquistar la fama
 y el renombre de osado caballero.

Pule con fe los lomos de su acero,
 ha renunciado al techo y a la cama
 y del que ha menester será consuelo.

III

Metido pues a caballero andante,
 buscóse a la medida franco mote
 que en malandrines restalle como azote
 y a las doncellas suene muy galante.

Así, con esa misma interrogante,
 el nombre del rocín tráele al trote
 y encuentra para sí ser Don Quijote
 y nombra a su montura: Rocinante.

Pues no se estila andante sin amores,
 va y cultiva la flor de su presea,
 la dama a quien brindarle sus honores.

Aldonza, que es mozuela de una aldea,
 no entiende de melindres ni primores
 ni sabe que hoy la nombran Dulcinea.

IV

Al campo de Montiel sale radiante,
presto a correr el mundo en aventuras,
a socorrer agravios y amarguras,
a vencer al endriago y al gigante.
El alba le sorprende rozagante,
cabalga en el solaz de sus holguras;
mudo crisol de engaños y locuras
que luengos siglos le verán triunfante.

Deambula regodeándose en la pluma
que despertara al rubicundo Apolo,
alzado al mediodía que le abruma.

Lejos de la razón, sin ningún dolo,
dejando que la tarde se consuma;
vaga sin rumbo el caballero, solo.

V

Aún no es dable llamarse caballero:
no le ha armado ni rey ni castellano;
y todo lo que hoy haga será en vano
pues sin espaldarazo no habrá fuero.

Así que es de rigor buscar primero
al noble caballero y buen cristiano
que le arme con afán y sin desgano
y vuelva su razón fin valedero.

Y buscando un castillo halla una venta
que viste con almenas y torreones
más todo lo que el sueño le incrementa.

En mozas del partido encuentra dones
de alcurnia y doncellez que les inventa
al mismo tiempo que les da blasones.

VI

Y fue ver acercarse un esperpento
que a leguas denotaba su locura,
y en las de Villadiego la procura
que no pasa de ser solo un intento.

Hechizadas las mozas al momento
por una fabla antigua en galanura;
de reposada voz, fuerte y segura,
que doncellas las llama en noble acento.

Allí se acaba, presto, el artificio;
pues nada es más lejano en este oficio
que la virginidad, y mueve a risa.
Molesto el caballero, a toda prisa,
cambia tajante la actitud sumisa,
a punto de perder su poco juicio.

VII

“Bien parece medida en las hermosas;
y la risa es sandez por causa leve.
Cuando ríe el discreto, es risa breve.
Muchas risas para tan pocas cosas
es dable suponer en simples mozas;
más vuestra alcurnia a la razón se debe,
y es de baja ralea el que se atreve
a confundir los cardos con las rosas”.

Así, entre mojjiganga y jerigonza,
Don Quijote mejor piensa en Aldonza
-aquella a quien llamamos Dulcinea-
no es con Damas la lucha y la pelea,
razona su molestia y no se apea
pues la risa le cala onza por onza.

VIII

Aquello que iba a más cambia de sino;
cuando asoma a las puertas el ventero,
que al ver a tan risible caballero
quiere reír pero le gana el tino.

Enmienda lo torcido del camino
y enrumba a su deber de posadero:
entona con un dejo lisonjero
la oferta de una mesa, pan y vino.

Ayuda a desmontar al mal armado
que, ayuno, desde el alba ha cabalgado:
vacíos van estómago y cabeza.
Comedido, reacciona con presteza,
al verse reputado con nobleza:
sabe que atiende a un loco rematado.

IX

Se aproxima la hora de la cena.
A Rocinante, el pienso y la cebada
devuelven lo perdido en la jornada;
mientras por hambre el adalid no pena.

Le desarman, y en una tierna escena,
se enfrascan a luchar con la celada,
pues con nudos y fuertemente atada,
al rostro del Quijote se encadena.

Que corten la lazada no conciente,
aunque impida que coma por su mano:
acepta que otra mano le alimente

y toma el alimento con desgano.
Nadie mira sus ojos ni su frente,
ni sabe que hasta ayer fuera Quijano.

X

Nunca fuera –Decía– Don Quijote
por las damas –Asaz– tan bien servido.
Las rameras aceptan el cumplido
que oferta muy solemne el monigote.

Así dirá la pluma que esto acote:
un cuerdo para el mundo se ha perdido
y se ha ganado un loco acomedido,
una joya que al tiempo va por el dote.

Van las mozas a cultivar su oficio
 -para ellas es el pan, para otros: vicio-
 y Don Quijote cae de rodillas,

impedido de hacer mil maravillas.
 “Hay palabras que vos debéis decillas
 para que vuelva presto a mi servicio”.

XI

El ventero se encuentra atribulado,
 no ha visto nada igual allí en Castilla;
 el loco le demanda una capilla
 y luego caballero verse armado.

En trance tal y en tan temible estado
 -Donde todo es oscuro y nada brilla-
 le dice que está en ruinas la capilla
 pues los moros antier le han atacado.

“No es menester que vele bajo techo,
 pues se vela mejor bajo natura”.
 Don Quijote se da por satisfecho:
 el alma le reboza de locura
 que le amenaza con romper el pecho
 y cruzar el umbral de la aventura.

XII

Casi a punto de verse caballero
 -Don Quijote no cabe en sí del gozo-
 Vela de armas en el brocal del pozo:
 testigo fiel de instante tan cimero.

Más irrumpe en la escena un tosco arriero
 que aparta del ritual calma y reposo,
 y sin saber a qué le arriesga; el mozo,
 que amén de irreverente es pendenciero,

pone manos sobre el lugar sagrado
 y lanza los arreos hacia el suelo.
 Invocando a su dama, el indignado;

entre manos, su lanza alzando el vuelo;
dejando en su rigor descalabrado
a aquel que nunca supo que hubo duelo.

XIII

Y de nuevo a velar, sin el recuerdo;
pues la ofensa que viene del villano
se castiga y se olvida de antemano...
más sigue el caballero con pie izquierdo,

pues otro que es un necio o es un lerdo,
va siguiendo los pasos del paisano.
Ataca Don Quijote: otro malsano,
y cayeran así: cuerdo tras cuerdo

si no atacasen lejos y a pedradas.
Vocea el posadero: ¡Que es un loco!
Y así mate, por loco ve salvadas

la vida y las virtudes que hoy evoco.
Ya sea por razones o lanzadas:
se fueron sosegando poco a poco.

XIV

Va el ventero con paso temeroso,
le observa Don Quijote de hito en hito;
y le oye disculparse tan contrito
que al punto le resulta decoroso.
“Ya podéis retiraros de ese pozo,
en lo tocante a vela ya es el rito
cumplimentado y todo ya está escrito
para otorgar el rango que yo gozo”.

“Concluya presto, vuesa señoría,
que si fuera de nuevo acometido
no cobraría en menos la osadía”,

responde Don Quijote enardecido.
Y es tanta la premura y la porfia
que el ventero obedece, comedido.

Deja la venta armado Caballero,
la del alba sería en el camino;
nada cumplir le impide su destino:
Andante enamorado y justiciero.
Alegre, en trotecillo mañanero,
va Rocinante, en su fervor equino,
y en regío trono críseléfantino
al amo ve, dueño del mundo entero.
Don Quijote cabalga muy ufano,
sueña glorias que el tiempo le depara;
también fama y fortuna de la mano
en el alma le bullen de algazara.
Vaga, feliz, el noble castellano;
ansioso de topar con una algara.

XVI

Trujo el libro del pienso y la cebada,
do anoraba el consumo a los arrieros;
y a la usanza de antiguos caballeros:
le ofreció espaldarazo y pescozada.
Y allí le veis al bueno de Quijada,
soñándose el mejor de los guerreros,
oyendo los latines chocareros
que inventa el castellano en su posada.
La Tolosa la espada le ha ceñido;
espuelas le calzó La Molinera...
y culminando aquel rezo fingido,
mandóle el castellano que se fuera
por el mundo a cumplir su cometido
de cobrar una fama valedera.

XV

MOLINOS

Embiste a lo que da el buen Rocinante,
se encomienda a su Dama, pide al cielo:
fuego en el corazón, mano de hielo
que fría taje al mísero gigante;

pero de lanza en ristre es el instante:
todo es calar el aspa, alzar el vuelo
y en menos de un amén: besar el suelo,
dejando mal plantado su talante.

Presto acude en auxilio su escudero,
le ayuda a recobrar la catadura
más no puede evitar serle sincero.

-Os lo dije, señor: una locura.
-No hay tal, sino Frestón el hechicero
que, envidioso, tramó la trocadura.

CLAVILEÑO, EL ALÍGERO

A entrambos os porté con tal portento
que huélgome al decir en un soneto,
que habiendo sido parte del secreto
también mi corazón buscaba el viento.

Madera, una clavija, un tosco invento;
mudo a fuerza de palo, fiel, discreto...
y en la locura se perfila un reto
¿por qué no aventurar en el intento

de vencer al gigante Malambruno?
Así, entre sueños la visión acuno
del prodigio burlesco y pasajero

de haber acomodado de consuno:
en los lomos hidalgo caballero;
y en ancas lloriqueando el escudero.

PEQUEÑA SERENATA A OCHO PATAS

Rucio. –Muy silencioso estáis.

Rocinante.–Solo medito.

¿Por qué nos trae el amo a la aventura?

Rucio.–Comparsas de entremés de su locura:
eso me digo a diario, y lo repito.

Rocinante. –Se resiste a pensar que yo no imito,
ni quiero de Babioca la apostura.

Rucio. –Mientras nos llegue a tiempo la pastura,
no me entremeto en cosas deste rito.

Rocinante. –En tanto bestia asnil del escudero,
no arriesgas ni un ardite los ijares.

Rucio. –No soy flaco rocín de Caballero,
no nacen para mi tantos pesares.

Rocinante. –No he nacido con sino aventurero.

Rucio. –Pero aventuras hoy por estos lares.

AVENTURA CON EL VIZCAÍNO

Don Quijote presiente la aventura,
un coche se avizora en el camino.

Él sabe que allí adentro va el destino,
hurtado, de una dama en desventura.

Amén de la fraileasca catadura,
encantadores ve en su desatino;
sin reparar que es un Benedictino
el que le mira, mudo en su pavura.

“Gente descomunal, gente endiablada:
dejad al punto la robada prenda
que en el coche lleváis harto forzada.

Aquí se acaba vuestra mala senda;
huid, canalla, en tosca desbandada
o habéis de perecer en la contienda”.

“Vamos gente de paz, que no de guerra;
frailes somos, hijos de San Benito”.

“Calla hechicero vil, que yo no admito
mentiras de un endriago de la sierra.

Aqueste caballero no se aterra:

HSR004222

soltad a la cautiva: os lo repito”.
Luego embiste y el fraile pega un grito
y busca salvación cayendo a tierra;

otro fraile, con mucha diligencia,
alarga con el loco la distancia
mientras implora al cielo su clemencia.

Embriagado en La Gloria y su fragancia
se aproxima con suma diligencia,
más fuerte aún que los Pares de Francia.

Junto al coche se encuentra el caballero
hablando con la Dama liberada,
y viendo la batalla que es ganada
del asno ya se apea el escudero.

Acude con presteza el muy fullero
y arremete con carga tan cerrada
-Otra vez el buen fraile a la estacada,
clamando con un dejo lastimero-

con la firme intención de despojarlo;
más Sancho no pasó del mero intento
pues los mozos pudieron atajarlo:

le molieron los dos sin miramiento,
y solo terminaron de cocearlo
hasta verle privado y sin aliento.

Ajeno al lance el loco se presenta:
“Soy Don Quijote, Caballero Andante,
me cautiva la gracia cautivante
de aquella por quien todo se acrecienta;

y a fuer de mi valor verla contenta:
os demando volver en este instante;
al Toboso partid, que no es distante,
y a Dulcinea comentad la afrenta

y el término feliz bajo mi lanza”.
Del grupo, un escudero vizcaíno;
hastiado del cortejo que no avanza

enrostra a Don Quijote con mal tino.

“Villanía te libra de venganza,
no ofende cualquier hijo de vecino”.

-Replica Don Quijote desdeñoso-

“Si fueras Caballero, castigado
a mis pies yacerías: derrotado”.
y en ímpetu ferino, belicoso,

le llama el vizcaíno, mentiroso;
a sacar las espadas le ha retado.
El acero recién desenfundado,
cansado de molicie y de reposo

relumbra con fulgores de estocada.
Escudero al combate sin escudo;
al menos en el coche hay una almohada:

la toma, desenvaina –tosco y rudo-
le paran, amenaza con la espada:
que a todos matará el muy testarudo..

Dejan el campo libre al vizcaíno.
Se lanza embravecido a la contienda,
pues no será ese loco quien le ofenda
ni le impida seguir con su camino.

Ataca con pasión, furor leonino,
sin esperar que el otro se defienda;
no espera oír ninguna componenda
pues matar o morir es su destino.

Y en el fragor, tan grande cuchillada
recibe Don Quijote en la rodela,
y vuelto el pensamiento hacia su amada

por su grande favor clama y apela:
ataca el caballero, mano alzada,
su espada es un Pegaso que ya vuela.

Cofradía del polvo enamorado,
hermandad del camino consonante;
en coloquio, Babieca y rocinante
os brindan su cuadrúpedo dictado,

su crinada razón os vaya al lado.
Que Góngora y Quevedo en su constante,
digna, contienda de cualquier andante
que a lo indigno responde con enfado:

Os lleven de la mano en el discreto
discurrir, en procura del secreto
que la medida ciñe y delimita:

Allí del alambique cuya espita
destilará la esencia que, exquisita,
os brindará el aroma del soneto.

He de sacar provecho de la rima,
justipreciar su afán de consonancia;
cual caballero andante en la distancia,
buscando la intangible que sublima.

Debo invocar la voz que no escatima
dictaros en su amor la concordancia
de un castillo al sostén de cartomancia
y un impulso locuaz de pantomima.

Puesto que el giro es presto y obligado,
sabed que en lo atingente a lo rimado
este verso al soneto ya define.

Y antes que la balanza, fiel, se incline:
que el terceto en sus ansias ya culmine
de pensar que, entre sueños, le has amado.

Más allá de la flor que tu presencia
invoca en su rigor de consonancia;
más allá del acento y la prestancia,
productos del esmero y la paciencia.

Más allá del encono: tu vigencia,
ocho siglos tu mínima distancia.
No merma con el tiempo tu fragancia:
minúsculo clamor de quintaesencia.

Se que dirán que peco de arrogante:
no es atuendo para cualquier talante
ni entrega con el m

Hay que tener la fe del oficiante,
la entrega fiel del Caballero Andante
que busca, entre espesuras su soneto.

Era una lid de probos caballeros,
era un duelo de cetros soneteando;
liza y justa de dos que, cabalgando,
discernían los gajes fustaneros.

Seis versos escribieran: altaneros,
en palestra sutil que van rimando...
ilusos, sin pensar que van pisando
las colas de feroces cancerberos.

Allí moiras y furias. Las arpías
en vocación tenaz de arranca falos;
las sutiles: veladas melodías.

Y, como tontos, entender a palos
que a pesar de ser justas las porfías,
en la historia: siempre serán los malos.

¡Válanme San Quevedo y compañía!,
porque a fuer de hocicón soy indiscreto:
un versero que abusa del soneto
y que indignado esgrime su poesía.

Puesto que ufano palpás la osadía
de mancillar la magia y su secreto,
vaya por guante el verso en este reto:
enrostrad con sonetos mi porfía.

Olvido que tu rosa es proletaria
y que abominas tintes versallescicos
en tu diatriba etnopanfletaria.

Ya que deambulo en rumbos quiijotescos
y hoy mi sinrazón contestataria:
¡Mal haya tus desplantes canallescicos!

Ira sin par que en su misión restalla
cual látigo que marca su querella,
pues un ~~cafre a las~~ musas atropella

y se ufana pedante, el muy canalla.
 Verso en ristre me entrego a la batalla
 sabiendo que al soneto no lo mella;
 cualquier chispa con ínfulas de estrella,
 cualquier safio que a safios apantalla.

Mínimo sol que alumbra y siempre brilla
 contra el pelafustán que emperifolla
 la ostentosa escasez de la casulla;

del pueril oficiante, buscabulla,
 que intenta provocar alguna ampolla
 sin saber que el soneto es una astilla.

Volcada en su pasión premonitoria,
 la pluma andanteril, patidifusa,
 enrumba por Montiel buscando musa.
 -Hazaña por demás muy meritoria-

Aquí la veís tejiendo, en esta historia,
 por milésima vez su escaramuza;
 pues le mueve en su afán la idea obtusa
 de luchar desde el verso por la gloria.

Y ya que la locura es consejera
 de parir, en desvelos, la quimera
 de innominarte plena en el soneto
 ha de enrostraros pronto el suave espanto
 con el ensalmo fértil de su canto
 que culmina, creciente, este terceto.

Aquella flor de viento y de ceniza
 con la irrupción de un sol se ha marchitado;
 porque de nueva cuenta he cabalgado,
 de nueva cuenta al mundo y la paliza;
 y queriendo escapar de la camisa
 la cicatriz que posa en mi costado,
 hoy se vuelve un cenzontle acobardado
 por tanta luz que anida en tu sonrisa.

Ya que mi verso esboza un nuevo alicto,
 hoy que le escuece el alma y la porfía:
 asumo que tu sol es mi ofiamento,

que me robas la sombra al mediodía,
que puedo consumirme en el intento
de acunar una nueva fantasía.

El soneto que asoma en tu sonrisa,
más que soneto es una mariposa
o un sueño de colores que se posa
en la palabra que aguardó, sumisa.

Es la gracia que en sorbos cristaliza
en mis versos, con ínfulas de rosa.
Caléndula sutil que me alborozo
y me arrastra a escribir a toda prisa,

puesto que el tiempo es vida y todo pasa
y el tiempo acumulado ya me pesa:
te doy mi vocación, la más ilusa.

La que siembra un granito de mostaza,
la que sale maltrecha y nunca ilesa
de un largo cabalgar buscando musa.

Vaya pues lo mejor para mi dama
-y puesto cada loco con su tema-
en versos va tejiéndose el poema
-otro color para la misma trama-

que busca entre las lides oro y fama
para arrancarle en su pasión blasfema,
las redes que ha tejídose el dilema
de albergar en un punto rima y cama.

Y agotada repito, pues, la rima
y enhebro la siguiente que ahora asoma
para integrarse, exacta, en esta suma... '85

la dama con pudor calla y se abruma,
no vaya a ser que el loco se la coma
y el mundo, por sus versos, le redima.

Un soneto me ofrendo en mi cumpleaños_
puesto que me lo había prometí_
yo se que no es ninguna maraví_

que maravilla, al punto, aquí a mi amá_.
Aunque hoy me está cargando la chingá_,
sabiendo que no me ama ni tantí_:
decidí que era bueno un cometí_,
que nunca mi caletre había calá_.

Y me endilgué un soné de cabo ró_,
hurtándole los ver aquí a mi mu_
para tejer con can mi media ro_.

así me esté llevando la gran pú_;
pero en el alma vaga don Quijó_
que sueña dar los huesos en la lú_.

¿Cómo hablar de mi amor sin que le temas,
cómo decirte: amor, sin que tu huida
de Gacela que asoma por la vida
se torne en el mayor de mis dilemas?

¿Acaso es el soneto –O los poemas
que forjo cuando aún estás dormida-
sólo una voz con ruta ya perdida?
Mi afán contra corriente rema y rema,
no hay respuestas a tanta interrogante
y discurre vencido mi talante,
herido de antemano en la pelea.

Con todo: tu serás mi Dulcinea;
norte y guía, la flor de mi presea:
divina luz de Caballero Andante.

Turbada mano escribe con porfía
que, altiva, enrumba por su son constante;
talla con fe su mínimo diamante;
su estéril filigrana en fantasía.

Desgrana así, verbal, su melodía;
la simiente de gama consonante,
certera como el nido palpitante
que ve crecer la flor de su valía.

Allá en las sombras la madeja espera
 ovillarse en tu seno que, infecundo,
 se niega a dar a luz a mi quimera,
 al sueño obnubilante en que redondo:
 fundar, en mi locura postrimera,
 con mi tierra y tu mar, un mundo nuevo.

El viejo corazón, desmemoriado,
 se olvida de su pelo encanecido;
 vuelve a los veinte en ímpetu y latido
 porque unos ojos verdes le han menguado

la razón, y es de nuevo un paniaguado
 que olvida el largo trecho recorrido.
 La fama ya le ha vuelto un forajido:
 Dulcinea de acoso le ha acusado,

su dama le apuñala con el dedo.
 Hoy su nombre se embarra con el lodo
 de quien perder el miedo nunca pudo
 y se escudó en la imagen de algo rudo.
 Y aquel que no pidió y entregó todo
 es del demente amante un vil remedo.

En su ilusión, asoma a la ventana
 y mira en su desierto una gacela
 que le empuja a soñar, de vela en vela,
 y devuelve el badajo a la campana:

despierta Rocinante, Sancho afana
 su honra por el yelmo y la rodela;
 Dulcinea de nuevo se revela
 como un pequeño sol de filigrana.

Enrumba hacia Montiel, en la inocencia
 de pensar que su estúpida presencia,
 de honesto en este mundo enmascarado,

avivará las alas de ese fuego.
 Ha caído el telón, se acabó el juego:
 Sólo queda un Quijote acongojado.
 Que recuerda una tarde de poesía,

un mayo que estrenara su quimera.
Primero: una mirada pasajera,
luego le otorga la flor de su osadía:
se acerca, le interroga con porfía;
le halaga la soltura lisonjera
que irrumpe, con su gracia tempranera,
en esa vespertina fantasía.

Ya le encuentra el perfil de Dulcinea...
De nuevo el despertar de Don Quijote,
buscando quien le escriba y quien lo lea.
Cae y tropieza y va de bote en bote,
conoce a pie juntillas su ralea:
su absurda vocación de fiel galeote

Pero el Quijote actúa con tibieza,
la pena del zagal le conmisera;
y no será el amor, por vez primera,
quien melle los asuntos de nobleza.

Perdido el corazón y la cabeza:
sabe que es dicha vana y pasajera;
que una salida más: la postrimera,
en pos de los favores de su alteza
sólo le trocará en un malandante.
Respeto los rituales de pareja,
aunque tal represente mal talante.

Ya les ve recitar la moraleja
y se atrinchera en un lugar distante:
mientras mudan de piel, mejor se aleja.

Y tanto se alejó, que fue al otro año
cuando de nuevo le siguió la pista.
Enterado que ella es la sonetista
Más joven que deambula por hogaño:

retoma, entonces, la juventud de antaño;
valiéndole que el cuerpo no resista,
que al cabo la razón jamás le asista:
que todo es siempre burla y cruel engaño.

Cabalga alrededor de su espejismo,
de la musa que anida en el recuerdo
y en los sonetos que pare su lirismo;

despoja su armazón del paso lerdo
y a su estampa le imprime un dinamismo
que, a trancos, lo distancia de lo cuerdo
Fantasía de andante enamorado
que confundió gimnasia con magnesia
y vio tejer las redes de su amnesia
que ocultaba lo que había pasado.

Era mejor decirse equivocado
-soberbio que de humilde se desprecia-
pero ella es terca y la tormenta arrecia,
se pone en plan de odiosa y ha triunfado.

Implicados tequila y melodrama,
rugió como una leona en el despecho,
perdida la razón: de rama en rama,

Cenzontle que no puede alzar el pecho
para cantar lo que en verdad la inflama,
para aceptar que es trigo y no es afrecho.

No me mueve, mujer, para quererte
El cielo que jamás has prometido
¿'bfy qué más da si nunca me has querido,
si nunca en mi razón voy a tenerte?

Aquí se quedará la marca inerte
Del acorde frugal que te he parido;
Del sueño que, en dolores presentido,
Nació para morir, para perderte.

No me mueve el afán de conquistarte
Ni de hollar con premura el tenue vado:
Me basta con saberte y adorarte,

Me basta con guardarte en lo rimado,
En minucias de amor que invoca el arte
de triste caballero enamorado.

Lejos de ti canece y se encariña
con los dejos tenaces del recuerdo,
el viejo que algún día fuera cuerdo
y enloqueciera con tu voz de niña.

Aquel que en la solera de tu viña
quiso borrar del tiempo el paso lerdo,
el que buscó tenaz tu flanco izquierdo
para tomar la paz de tu campiña.

El que urdiera en la trama de sus versos,
al caballero, por tu amor, andante;
bregando entre los sinos más diversos.

Noble por ti quien fuera un vil tunante,
sabedor de que en tiempos tan adversos:
sin ser amado es tu más fiel amante.

Acorredme, señora en este trance,
puesto que sois aún mi norte y guía;
devolvedme, enemiga, la valía
que sucumbiera un día en cruel percance.

Dejad que mi soneto, en buen romance,
os brinde lo mejor de su poesía
y que el amor convierta esta bacía
en yelmo conquistado en duro lance.

Altiva estáis mientras la frente humillo
ante el sol de la vuestra fermosura
ca a mi triste figura le da brillo;

más niega tu lagar mi uva madura,
y así me duela el alma he de decillo:
nada valen mi lanza y mi armadura.

De mi lanza hoy quedan solo astillas,
de mis días no queda ni una Dama:
solo hay un viejo cuerpo que reclama
a aquellas que brumaron sus costillas;

pero que, igual le dieron maravillas
así no hayan pasado por su cama;

quizá por que el temor, de rama en rama,
apenas si tejió mentirijillas.

Hoy tan solo le quedan sus molinos,
mira la guerra y solo ve rebaños
hacia el punto común de los caminos;
le abrumba tanto el peso de los años,
pero unos ojos verdes, cristalinos,
le devuelven el alma y los redaños.

Bien se que la batalla está perdida
-Dulcinea no quiere al caballero-
¿No oye la voz, su tiempo mañanero,
o la palabra en que le va la vida?

En esta su penúltima salida
-porque el cierre será su afán postrero-
enrumba hacia su único lucero,
apenas luminaria aún dormida.

Duerme la niña que mujer se antoja,
y vela el caballero ante el espejo
cuidando que no caiga alguna hoja.
Ve la triste figura en el reflejo:
la juventud que el tiempo le despoja
y el amargo sabor de casi viejo.

Burlate, pues, cipota irrespetuosa;
aprovechá que el viejo está cansado,
que de antemano el pleito le has ganado
porque, idólatra, el maje va y te endiosa.

Vencido lo tenés: poquita cosa,
esperpento que vaga achorcholado;
queriendo quitar llave a su candado
y decir: ya voló la mariposa.

Doblada la cerviz, medra sereno;
pero incubado en su seno va un rebrote,
algo que al debilucho no es ajeno.
Navega con bandera de cerote,
todos quieren que sea Alonso, el bueno,
pero él quiere seguir siendo un quijote.

Ya que triste es mi vida y su figura
 -Demente Caballero enamorado-
 hoy me atrevo a brindarte un nuevo enfado
 y estrenar mi blasón de caradura.

He de trocar mi adusta catadura
 al cautivo de amor, atolondrado,
 que procura el inaccesible vado
 que enrumbará a la flor de tu espesura.

Basta pues la monserga de los años;
 la rumia -Cosa estéril de los daños-
 de aquello que recalco y que repito.

Puesto que el viaje inútil no ha prescrito:
 ¡Maldígame sin fin, y mil maldito
 si no endosara el verso en mis redañíos.

De nuevo soy romero en tu camino
 y nada hay en la senda que me espante;
 pues cuento con mi voz que es la garante
 de consignar a diario mi destino:

a veces turbio, por ratos cristalino
 -Temor de enano en sueño de gigante-
 hoy roca gris; mañana: fiel diamante:
 amor angelical, luciferino.

La gloria y el infierno de consuno,
 me ciñen al deber y no al deseo
 que a mi edad ya resulta inoportuno.

Surco apenas la tierra que poseo
 y doy en el soneto lo que acuno:
 sentirme en la ribera del Leteo.

Mi mano, endecasílabo morada:
 quiso ser puente y terminó en abismo,
 despeñada en absurdo quijotismo,
 porque sin Dulcinea no hay amada.
 Ya no escucha la musa su tonada;
 sin puerto le arrebató el paroxismo;
 y escribe, sin cesar, siempre lo mismo
 porque sin la ilusión,  tibe nada.

Atosigada está, más no el soneto
le envenena la dicha tan lejana
cuando está por morir este terceto.

Ya no se cuele el sol por su ventana:
tu corazón le planta un parapeto
y no tañe en su octubre tu campana.

Sólo alberga mi nao un fiel deseo.
El día que mi vida llegue a puerto:
Verme a tus pies ¡oh bella ingrata! Muerto
Y solazarme en lo que acuno y veo.

Cuando te escribo, sufro, y me releo
-esclavo que no anhela ser liberto-
vivo este amor en tu desdén incierto,
dolido por tu amor que no poseo.

Un áncora de espejos te refleja
Y en su reflejo guarda mis despojos:
Muda campana carente de badajo.

Aquí mi corazón se desmadeja:
Fecúndalo con hiel de tus abrojos...
Finiquito a tus pies todo trabajo.

Yo se que muero y si no soy creído,
algún día crearás frente a mi fosa.
En ese lar silente ya reposa
aquel que entre dolores te ha querido;

aquel que nunca fuera tu valido
y que perenne cultivó tu rosa;
aquel que te volviera mariposa:
mínima luz para su humilde nido.

Allí crearás que, tuyo hasta la muerte;
y hasta en la muerte colmo de osadías
al cincelar en este cenotafio:

la gacela le cupo en mala suerte:
Roberto -yace aquí- Laínez Díaz.
Tu nombre y tu pasión por epitafio.



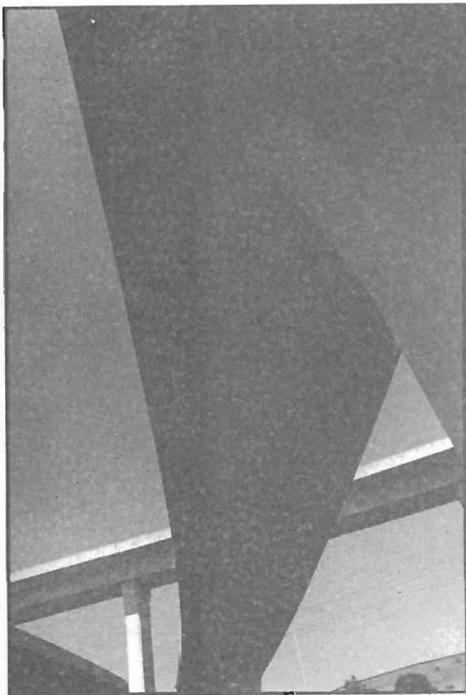
One Love
Germán Hernández



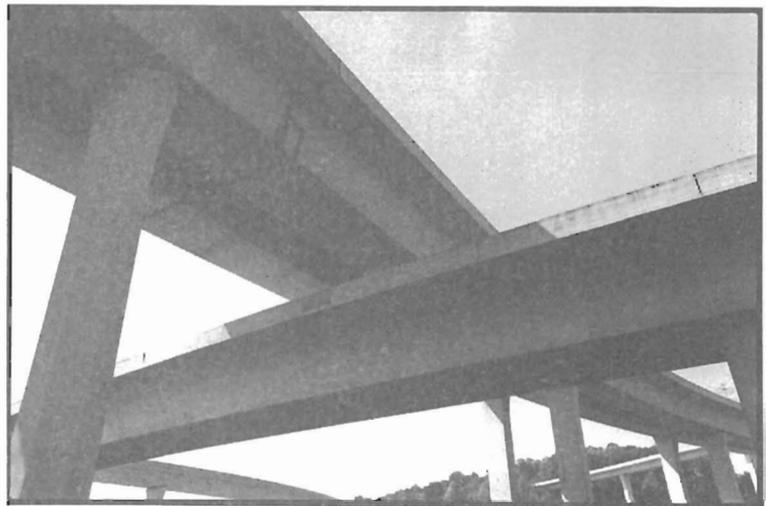
Ficciones de la intimidad, serie. Sandro Stivella



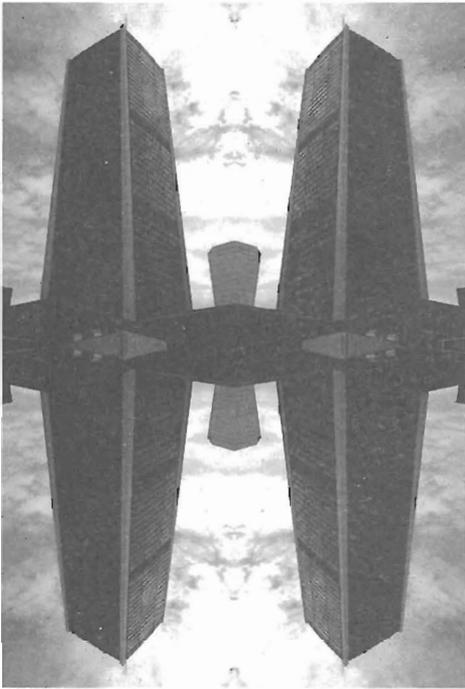
Ficciones de la intimidad, serie. Sandro Stivella



Concerto,
Rodolfo Walsh

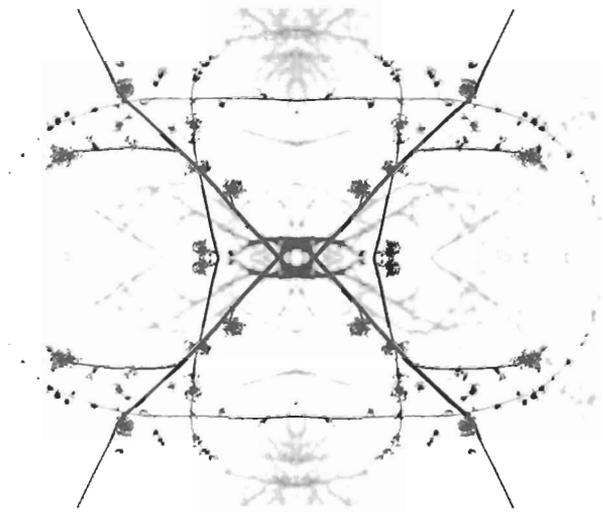


Concerto,
Rodolfo Walsh



Urban Mirrors, serie.
Fernando García

Alter the Storm, serie.
Fernando García

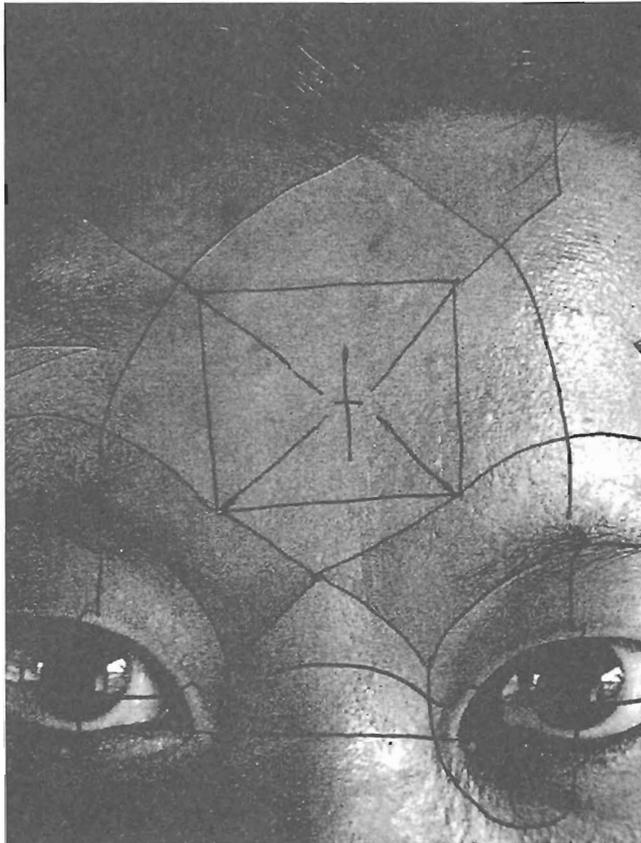




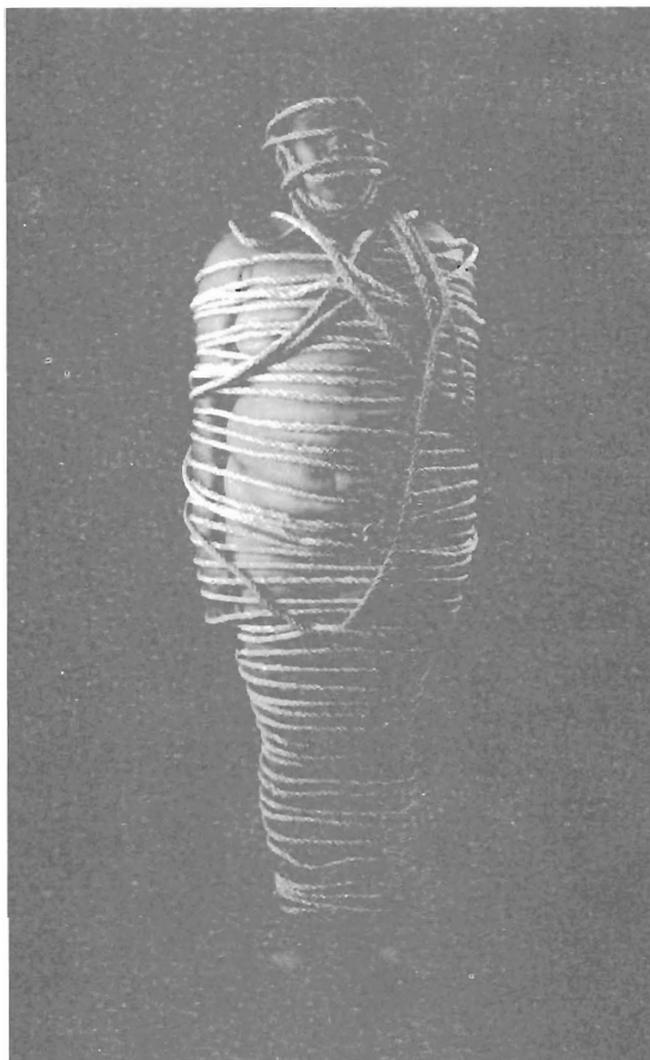
Tres maneras para escuchar la última pista,
José David Herrera

Sin título II,
Eduardo Chang

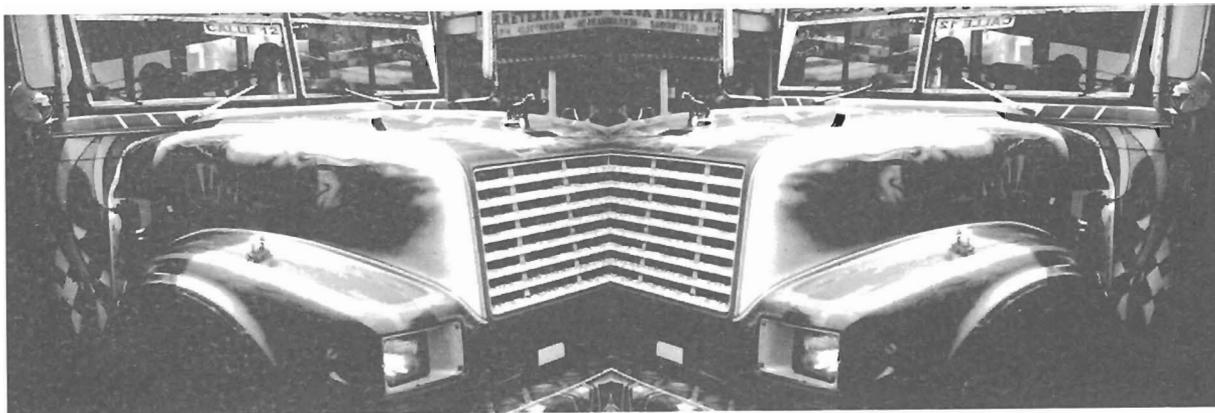




Signos I,
Ricardo Clement



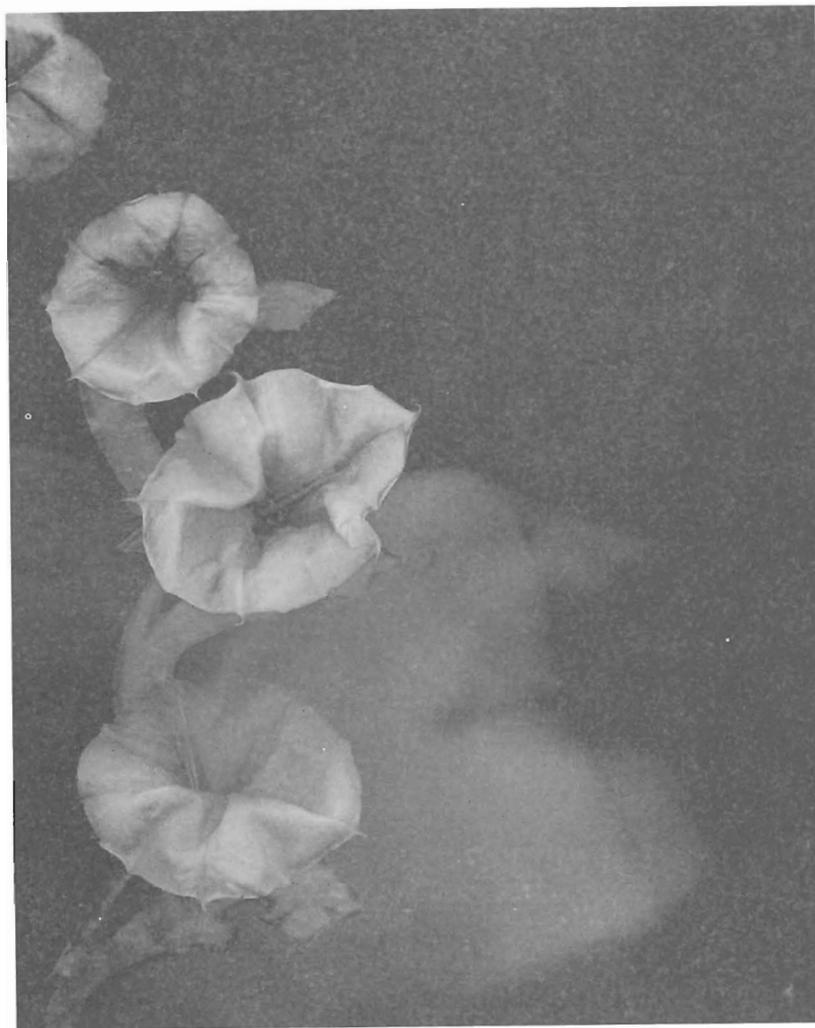
American beauty, serie.
Teyo Orellana



Sin título,
Simón Vega



Barcelona I, Barcelona II,
Gustavo Echevarría Gustavo Echevarría



Memorias, serie.
Ana Urquilla



Sin título,
Francisco Campos (I.P.G)



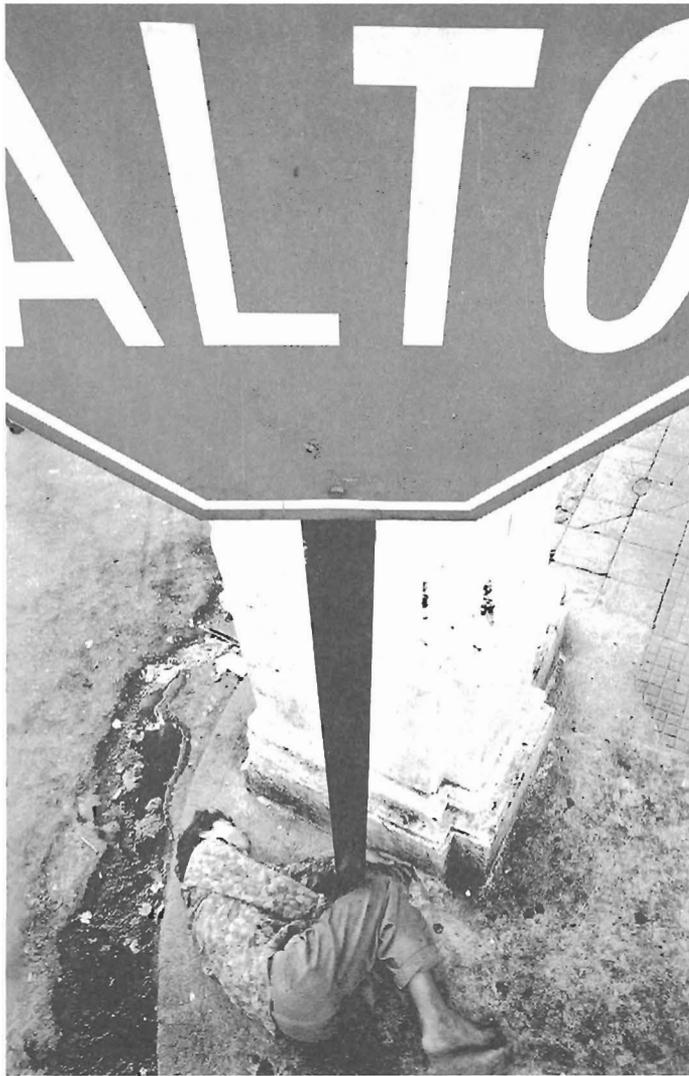
Sin título,
Óscar Payés (I:DIH)



Sin título,
José Cabezas (LPG)



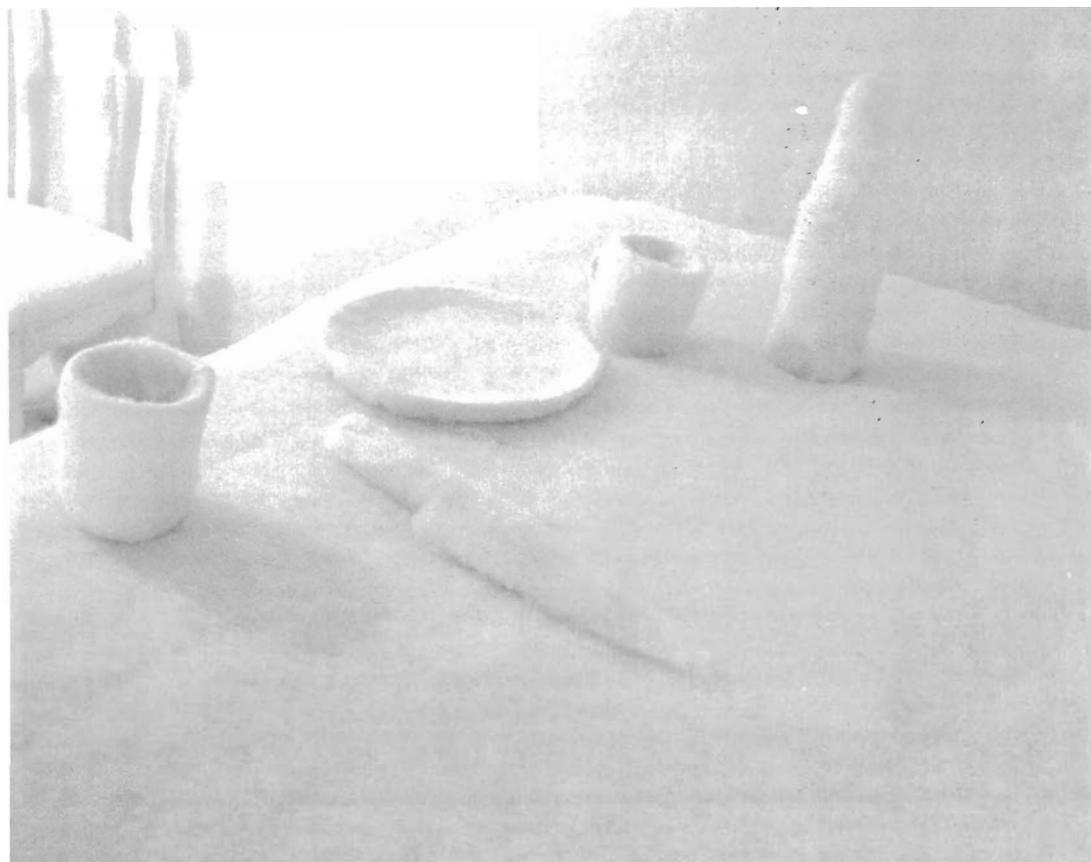
Chilanguera 2,
Álvaro López



Sin título,
Milton Flores (I.PG)



Angeles caídos, serie.
Luis Galdámez



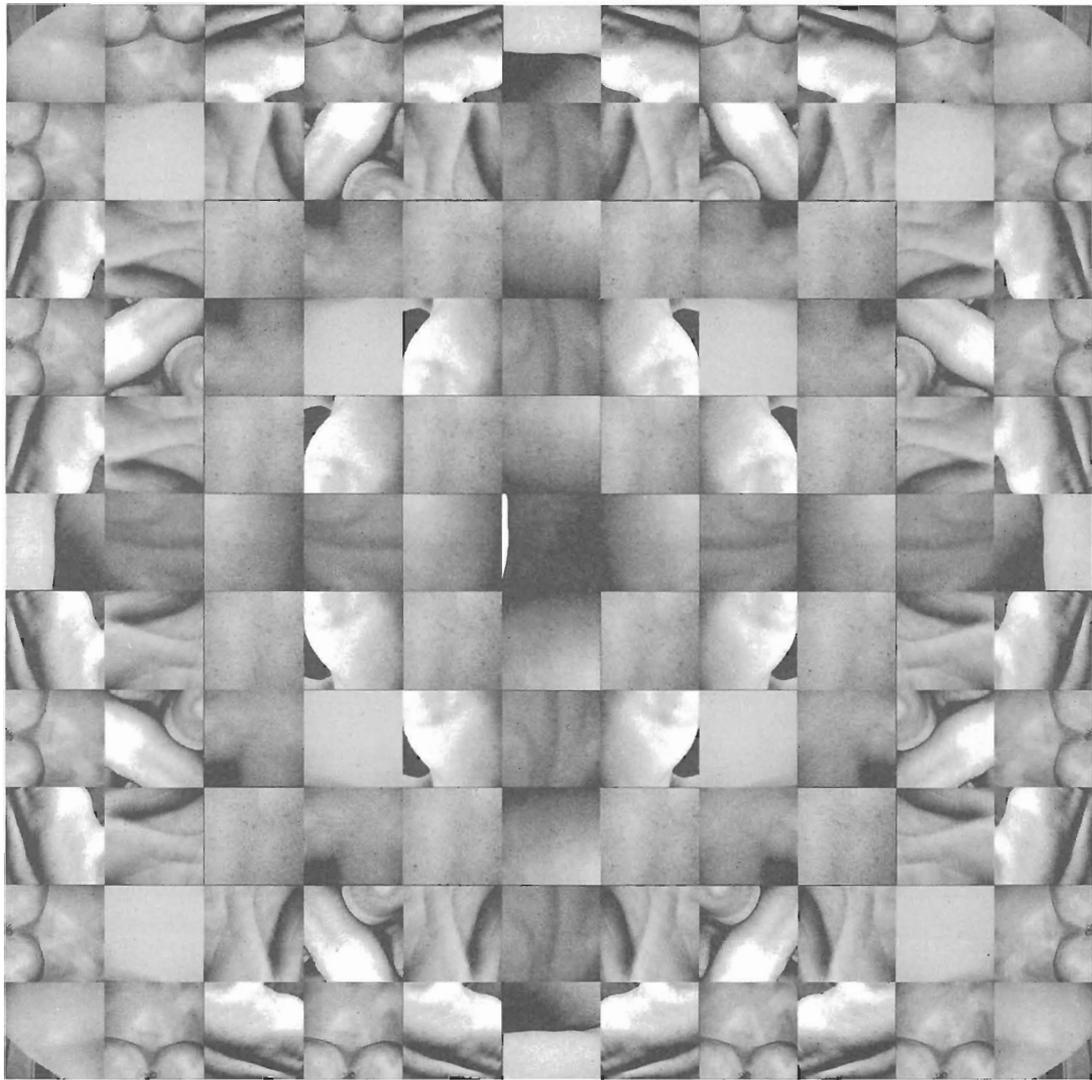
Hogar Dulce Hogar I, serie.
Romald Morán



Imágenes de la diáspora, serie.
Elmer Romero



Sombras 2,
Edgar Romero



l'oral,
Jorge Palomo

“La ruptura viene en la poesía, especialmente a partir de 1956, y sobre todo con Roque Dalton”

Entrevista con la doctora Matilde Elena López

Álvaro Darío Lara

*En la gran noche de América
éramos sólo
dos maletas en tránsito
una historia de exilio
y contrapunto.*

Matilde Elena López

La doctora Matilde Elena López (1919) –Premio Nacional de Cultura 2005–, poeta, escritora, crítica, ensayista y maestra insigne, es una de las salvadoreñas más conocidas en el ámbito nacional e internacional por su infatigable esfuerzo cultural, cívico, democrático, y por su no menos impresionante aporte al mundo de la literatura, a través de toda una vida dedicada a la constante producción intelectual.

En noviembre de 1995 sostuvimos una amplia conversación con la doctora López, con motivo de nuestro trabajo de tesis titulado: “El proceso de ruptura literaria (poética) en El Salvador durante el período 1955-1975” que preparábamos con Víctor Hugo Granados González, para optar al grado de licenciados en Letras por la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. La entrevista giró sobre dos ejes fundamentales: la ruptura literaria –poética– producida en El Salvador a partir del surgimiento de la Generación Comprometida, principalmente con el trabajo de Roque Dalton; y los hechos históricos de 1944, que se concentran, desde el ámbito literario, en la generación de la dictadura; y desde el ámbito propiamente histórico-social, en las luchas contra el fascismo tropical representado por el gobierno del general Maximiliano Hernández Martínez, donde los intereses económico-políticos de la burguesía local, la correlación de fuerzas mundiales, y las iniciativas civiles y militares democráticas produjeron su caída el 9 de mayo de ese convulso año.

Naturalmente fue una conversación muy amplia, de la cual reproducimos, acaso con seguridad, las líneas más reveladoras, para que no sea el tiempo y nuestra irresponsable desmemoria los culpables del olvido que todo lo destruye u oculta con malicia. Quedan abiertas, entonces, estas páginas para la discusión del presente, y para la construcción esperanzadora de otro futuro.

Poesía y ruptura

Doctora, uno de los más significativos antecedentes de la Generación Comprometida –con su carga de ruptura literaria– es el costumbrismo. Si bien durante los años 50 muchos escritores aún producían esta literatura, otros, como Salarrué, sin dejar lo regional incursionaban en la escritura de textos distintos. ¿Qué nos podría decir?

Salarrué se metió en lo vernáculo, influenciando a toda Centroamérica, pero ya para ese tiempo, ni Salarrué era vernáculo. Él se dedicó a una señora novela como es la *Sed de Sling Bader*, una noveleta –dice él– de los mares del Sur, con una buena trama, con un lenguaje elegante, hermosísimo, como era el verdadero estilo de Salarrué. Él decía: “una cosa son los *Cuentos de Barro*, los *Cuentos de Cipotes*, pero mi estilo ustedes lo han leído en los otros libros”. Él estaba conciente que *El Señor de la burbuja*, *Oyarkandall* y todo lo demás... era su estilo poético.

¿Cuál es su opinión sobre la ruptura literaria producida en El Salvador, hacia los años 50?

Es clara la ruptura. Una ruptura que incluso ya ha sido documentada en muchos textos, como algunos de la autoría de Luis Melgar Brizuela, quien sienta la tesis fundamental que la literatura salvadoreña se divide en dos: desde Gavidia hasta el posmodernismo; y luego a partir del año 56, viene la ruptura con la vanguardia que representa Roque Dalton, y dentro de ese proceso está la Generación Comprometida y el Círculo Literario Universitario en el que culmina la poesía de Roque.

Estudiando la historia literaria salvadoreña, encontramos algunos autores a quienes ubicaríamos en una línea de ruptura. En este sentido, podríamos citar a Pedro Geoffroy Rivas, Antonio Gamero, Oswaldo Escobar Velado y Roque Dalton. Si usted es coincidente con esta apreciación, ¿qué encuentra en la obra de ellos que los ubicaría en una tendencia de ruptura?

En primer lugar, yo no pondría a Oswaldo Escobar Velado en una tradición de ruptura, porque no representa ninguna ruptura. Podría ser representativo el mensaje revolucionario, o la poesía más sublevada, en cuanto temática que recoge el verdadero sentir de la literatura de resistencia, como un representante de la literatura de resistencia, pero en su forma él no aporta nada, absolutamente nada de vanguardia, al contrario se mantiene en la más formal tradición, lo que hace son juegos de palabras, así tenemos su poemario *A la orilla de los verbos inventados*.

¿Y los versos de *Patria exacta*, doctora?

Estos versos revelan la lucha de resistencia en el país. Es parte de esa tradición de la resistencia. Escobar Velado es de los primeros poetas comprometidos del siglo XX, ya que en el pasado hubo hasta poetas guerrilleros como Francisco Díaz.

¿Y esa insistencia por el versolibrismo, en un escenario muy dominado por la métrica clásica, no lo podrían señalar como un escritor que buscaba cierta renovación formal, además de su fuerte carga de denuncia social?

No. Verso libre tiene poco, quizá su última producción. En realidad, él estaba más en lo tradicional. Oswaldo Escobar Velado está dentro de mi generación, por esa razón lo conozco más. Él se encuentra dentro de lo que llamaríamos el realismo en la literatura salvadoreña, porque se habla del realismo vanguardista, y se cree que sólo la vanguardia y Roque Dalton habían descubierto el realismo, pero no es cierto. Dentro de nuestra generación Oswaldo Escobar Velado es un representante de ese realismo, junto a Antonio Gamero, “el poeta salvaje”, autor de aquel libro *TNT*.

¿Por qué se señala con tanta insistencia el año 56 como el año de la ruptura literaria?

La marcada ruptura se produce en el 56. El modernismo y el posmodernismo quedó totalmente atrás. Ya la poesía no se encuentra apoyada en la rima. El verso libre ha cambiado. Los grandes temas, ya no son Dios sino la revolución. Irrumpe el materialismo histórico. Ha cambiado el panorama, inclusive, situado ya, en un proceso revolucionario.

¿Qué aportes considera que ofrece la obra de Antonio Gamero a este proceso de ruptura literaria?

Antonio Gamero es uno de los pioneros. Podríamos decir uno de los abanderados de una poesía inconforme y rebelde que rompe con todo. En ese sentido, se adelanta en esto del versolibrismo. Sigue una temática totalmente revolucionaria. Él es un precursor del realismo vanguardista, que lleva hasta sus últimas consecuencias el verso de Roque Dalton.

El proceso de Roque es curioso, por ejemplo, si usted toma hasta la mitad de su libro *La ventana en el rostro* encontrará reflejos posmodernistas, nerudianos, un tipo de poesía social, como loa; pero, ya en la otra mitad, aparecen los signos de un realismo vanguardista. Eso es muy sintomático, porque después es un cambio total, que lleva a Roque hasta textos como *Un libro rojo para Lenin*, que tiene ya técnicas como el collage, y todos los elementos, propiamente vanguardistas.

En cuanto a Pedro Geoffroy Rivas, ¿no le parece que su poema “Vida, pasión y muerte del anti-hombre” ofrece elementos de ruptura dentro de la tradición poética nacional?

En este poema hay una poética social comprometida. La ruptura en Pedro Geoffroy Rivas viene en *Los nietos del jaguar*. Aquí hay una auténtica poesía. En la tira de la peregrinación, él se asume como parte del viaje. Es ya una poesía nueva, vanguardista.

En “Vida, pasión y muerte del anti-hombre” hay poesía social, pero no ruptura formal. A diferencia de *Los nietos del jaguar* donde hay ya formas que nacen, precisamente, de la poesía indígena.

Por cierto, recuerdo que yo integré un jurado que lo premió en Guatemala, el año 45. En esa época yo laboraba en el periódico *El Mediodía*. Y con motivo de las fiestas del 15 de agosto se produjo la premiación. En esa feria nacional se premiaba de todo, las mejores vacas, el mejor toro, era una feria que tenía su carácter ganadero. Pedro no asistió a la premiación, se negó, porque dijo que no quería ser premiado –recibir la medalla que se entregaba– junto a las vacas y a los toros.

Doctora, ¿la ruptura del 56 expresa más un fenómeno de individualidades o propiamente una situación generacional?

De generación. Aquí está directamente involucrada la Generación Comprometida. En general son ellos, tienen un credo, Ítalo López Vallecillos, Mauricio de la Selva... Aunque individualmente “a8–estos que he citado– no hacen una obra significativa, en términos creativos, pero sí aportan. Más tarde encontramos a un Álvaro Menéndez Leal con *Luz negra*. Debemos señalar que no todos los miembros de la Generación Comprometida hacen una obra que se corresponda al ideario de los principios, pero sí estaba la innovación, esto es evidente.

Aunque Ítalo López Vallecillos designó como Generación Comprometida a los jóvenes escritores surgidos en la década del 50. Estos se corresponden a dos grupos esenciales: los aparecidos con el llamado Cenáculo de Iniciación Literaria, Grupo Octubre –conocidos propiamente como generación del 50– y el Círculo Literario Universitario del 56. Estamos hablando, entonces, de dos momentos distintos.

Totalmente. El Círculo Literario Universitario surge en la Facultad de Derecho de la Universidad, como después surgiría el grupo “Juez y parte” a iniciativa de Roque Dalton y del poeta guatemalteco Otto René Castillo. Yo presento a Roque Dalton en una página del periódico *Tribuna*, ahí digo yo “Roque Dalton, brillante expresión de la joven poesía”. Rafael Lara Martínez lo documenta bien, en su libro sobre Roque, *En la humedad del secreto*.

Doctora, un conocido escritor y poeta salvadoreño ha señalado en alguna oportunidad, que la conformación del Círculo Literario Universitario, obedeció más que a una expresión auténticamente literaria, a una iniciativa del Partido Comunista de El Salvador, por crear una organización intelectual juvenil, que le diera representatividad a esta fuerza política, en el VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes por la Paz y la Amistad celebrado en la Unión Soviética, al que finalmente asistieron Roque Dalton y otros jóvenes en 1957. ¿Cuál es su valoración?

No. No tiene fundamento eso. En aquel momento todavía existía un grupo de la juventud antifascista que estaba en el intento de aprovecharse de todas esas coyunturas, pero no Roque.

Durante la década del 40, usted perteneció a la Asociación de Escritores y Artistas Antifascistas. ¿Cómo recuerda esto?

Esa fue una cosa nuestra. Nosotros creamos la Asociación de Escritores y Artistas Antifascistas. Paralelo a esto, estaba el Grupo Seis (Grupo Social en Ideas Superiores), y quizás con las mismas inquietudes, prácticamente éramos las mismas personas. Todo esto lo cita en el Panorama de la Literatura Salvadoreña, Luis Gallegos Valdés.

Además de la obra de Roque, considerada por usted, como la más emblemática en la ruptura poética, ¿qué otros autores, en su consideración, producen obra de franca ruptura?

Los únicos fueron Roque y Otto René Castillo. Recuerdo ese libro “Dos puños por la tierra”, que escribieron en conjunto. La verdad es que Roque se estaba buscando. Por ejemplo, en *La ventana en el rostro*, tenemos que la mitad es modernista, nerudiana, aunque él diga que con esa familia no quiere nada, pero ahí está el testimonio de su libro, ahí está César Vallejo.

Por otro lado, la Generación Comprometida, concretamente los escritores del Círculo Literario Universitario, publican un libro *De aquí en adelante* y empiezan a decir que han roto la literatura salvadoreña en dos; sin embargo, Roque, mediante una carta que les envía –por cierto yo la publiqué en la *Revista Caracol* en noviembre de 1977–, ahí Roque les dice: “ustedes dicen que han roto, que son la ruptura, que la literatura la han partido en dos, pero ustedes siguen escribiendo en liras”, esto es cuando ya Roque está buscando sus caminos. Hay que hacer notar que Roque no se quedó en la aldea, él tenía como punto de contacto con toda América, La Habana. Fue un hombre que mantuvo relaciones con los poetas de París, Estados Unidos. Él recoge todo eso, pero claro, tiene su genio poético.

Además, doctora, Dalton conoce de primera mano, la situación cultural, política, del mundo socialista de la época.

Inclusive su obra *Taberna y otros lugares* es precisamente, una especie de sociología, de investigación sociológica de lo que pensaban los jóvenes. Roque se asustó, pues se pensaba que allá los jóvenes estaban ya con una mentalidad socialista, colectivista, y se va encontrando con todo lo que el poema refiere, ¿qué es lo que demuestra esto?, que años más tarde viene el levantamiento, porque aquello era mecánico, luego entraron los famosos tanques soviéticos, sometieron, ahogaron en sangre. La juventud checa, estaba con su propio movimiento, eso fue una clarinada. Pero para Roque ciego y dogmático no lo fue, él en ese momento estaba asustado, de lo que pensaban aquellos. A la juventud checa le habían metido a la fuerza el socialismo, ellos no eran colectivistas. Ellos eran otra cosa. Roque en su mente está criticando esto, está asombrado. Lo que sucede es que Roque, aunque manejaba excelentemente la dialéctica, era

en cierto modo, dogmático. Recuerdo que en una edición de la revista *La Universidad*, Roque se refiere al propio Otto René Castillo, y lo trata de una manera escandalosa, es terrible todo lo que le dice.

Doctora, recapitulando, ¿antes de la poesía de Roque Dalton, encuentra usted elementos significativos de ruptura en la tradición poética salvadoreña?

Antes de Roque, no. Quizá el único antecedente es la poesía de Antonio Gomero, “el poeta salvaje”, con ese poema “Buscando tu saliva”. Yo tengo una notas sobre el poeta salvaje, el otro día, las releía y soy sincera en decir, que suscribo lo que una vez dije sobre él. Es más, es uno de los poetas que se atrevió a decir, con sus propias metáforas e imágenes, que Claudia Lars era un “huacal de leche”, esto creó, en su momento, una cosa tremenda entre los Hugo Lindo, los poetas tradicionales. Pero Gamero, así como usaba su cabello desgreñado, así era su manera de escribir su poesía, descalza. Era pueblo, pueblo intuitivo, precursor de Roque. Ahora, Roque pone la carga de historia, la carga política, hace los tratamientos calificativos, rupturas temporales, transita del pasado al futuro, maravillosamente, dentro de una poesía histórica.

¿No es ese el caso de Pedro Geoffroy Rivas y de Oswaldo Escobar Velado?

No. A Escobar Velado nosotros lo queremos por su lucha contra la dictadura, aunque me decía Alfonso Morales, que Oswaldo era amigo de militares como el coronel Carranza Amaya, pero eso es otra cosa. Sin embargo, él entró en una poesía de denuncia, cuyo carácter revolucionario lo aprendió en Costa Rica. Allá fue a darse cuenta de todo, y de ahí comenzó a escribir eso. Él, al inicio, hablaba de la aldeita, de la noviecita, era un Alfredo Espino, ese era su camino, y ahí se hubiera quedado. Sin embargo, en Costa Rica, comenzó a darse cuenta de lo que estaba pasando en el país, y tomó conciencia, después regresó con otra poesía. Oswaldo se fue por el camino de la resistencia, de la rebeldía, hay que recordar que fue, además, víctima de una cruel bohemia. Hay un libro maravilloso, sobre Oswaldo Escobar Velado, se trata de la tesis que para licenciarse en Ciencias Políticas, escribió Francisco Andrés Escobar.

Después de Roque Dalton, ¿identifica usted a otros autores que continúan con esta línea de ruptura, de renovación poética?

Yo creo que este sería el caso de Otoniel Guevara. Otoniel, no es Roque. Otoniel busca una poesía propia. Hay otros que andan por ahí, recuerdo lo que escribía Amílcar Colacho. Ahora bien, me refiero a poetas, porque la revolución dio libros de combatientes, pero eso es otra cosa.

Otoniel andaba buscándose él mismo, y quizás por eso lo logró. Encontrar un lenguaje poético que fuera diferente. Porque es diferente, ya no es Roque, ya no hay nada de él.

Doctora, al interior de los grupos literarios, intelectuales, algunos de sus miembros comienzan desplegando signos de ruptura, no sólo literaria, también política; sin embargo, con el devenir del tiempo, algunos optan por tomar otros caminos, quizás distintos a los que

se trazaron en su juventud, pienso en el caso de Julio Fausto Fernández y en el mismo Pedro Geoffroy Rivas. Se lo menciono porque las décadas del 40 y del 50, fueron muy claras en la tesis del compromiso social, político del escritor.

Julio Fausto Fernández fue un ensayista. Fue hombre del Partido Comunista junto con Pedro Geoffroy Rivas y otros más. Un grupo de Santa Ana, donde estaba Daniel Castaneda, Virgilio Guerra, ese grupo son ellos. Ahí estaba, no hay duda. Nos encontramos con un Julio Fausto, en el grupo Rumbo, donde estaba precisamente Pedro Geoffroy. Ellos estaban en el Partido, sólo que después, los echan del Partido, y se van a Guatemala. A Pedro lo sacaron, incluso, del Partido Comunista de México, y cuando llega a Guatemala, Julio Fausto pretende meter a Pedro, al Partido nuevamente. En ese tiempo nosotros, teníamos el grupo del exilio. Tiempo después, Julio Fausto, se va a un consulado al Uruguay, y de repente, a la vuelta, imagínese, después de haber publicado *El Existencialismo, filosofía de un mundo en crisis*, que es un gran libro, un señor libro, que merece ser reeditado, cambia radicalmente ¿Qué le pasó esa noche? Porque él contaba que estaban una noche, durante una reunión y les cayó la policía ¿Qué ocurriría esa noche? Y que cosa más terrible le pasó después, ya que a partir de esto, él rompe con el comunismo, total, totalmente, y del Julio Fausto, autor de *El Existencialismo, filosofía de un mundo en crisis*, llega a otro texto, *Del materialismo dialéctico al realismo cristiano* y todo lo demás que se conoce.

Doctora, si se analiza la historia de la literatura salvadoreña, un aspecto muy importante es la relación que ha existido entre el escritor y el poder. A nuestro modo de ver, además del compromiso con la literatura, esto es, escribir bien, el escritor carga –lo quiera o no– con una responsabilidad ética ante su sociedad. ¿Qué piensa de esto?

En esta línea, hay casos. Uno muy divertido, el del negro Lagos y Lagos (Luis Lagos y Lagos, humorista salvadoreño, 1874-1914), quien en cierta ocasión recibió un pago del gobierno. Entonces, los recibos los redactaba de esta forma “recibí doscientos colones o cien colones –lo que fuera– para no hablar mal del gobierno”, San Salvador tal y tal, y firmaba. Así, lo decía de una vez, es decir, con el sentido del humor que tenía. Él estaba conciente que se le entregaba algo, que no lo merecía.

Otros autores más recientes han hecho cosas similares, recordemos que Waldo Chávez Velasco arrastró a Pedro Geoffroy Rivas. Incluso, Pedro, hasta hizo declaraciones por televisión de todo lo que le habían hecho “los malditos comunistas”, como él decía. Roque cita a Pedro en su novela *Pobrecito poeta que era yo*, porque hubo un tiempo en que lo consideró su maestro en poesía. Recuerde que Pedro le había entregado el “báculo de la poesía” a Roque. Roque también señala a Waldo Chávez Velasco, en la misma novela, cuando Waldo pretende convencer a Roque para que abandone el Partido Comunista Salvadoreño, se vaya a París y milité en un partido comunista europeo. Eso se lo saca Roque en la novela *Pobrecito poeta que era yo*.

Doctora, retomando el tema de la ruptura, hemos hablado de la poesía, sin embargo, en su opinión ¿considera que la obra teatral y narrativa de Álvaro Menéndez Leal apunta hacia una ruptura?

Álvaro tiene aspectos interesantes, en los cuentos, por el tipo de estructura, más bien, breve y su carácter original. Ahora, la ruptura en Álvaro viene dada por los procesos que lo llevan a la publicación de *Luz negra*. El teatro llegó a su ruptura con él. Álvaro cambia la perspectiva del teatro salvadoreño.

En el caso de la obra de Manlio Argueta, ¿rompen los textos de Manlio Argueta con el paradigma novelístico que imperaba en el país?

No. Manlio Argueta surge como novelista con *El Valle de las Hamacas*, pero evidentemente es por cuestión histórica. Recoge aspectos de la época de José María Lemus, las vapuleadas, los abusos, la intervención a la Universidad, todos esos episodios tétricos entran ahí, por eso es que esa obra tiene gran significado. Ya más adelante, quizás algunos indicios, en su novela *Caperucita en la zona roja*, hay atisbos. Pero mire, es que en la novela, Manlio Argueta nunca ha sido un innovador. No lo es. Porque está última que nos ha dado *Milagro de la Paz*, tiene un título, que en realidad da la impresión que no halló que ponerle, ya que así se llama un barrio de San Miguel que nada tiene que ver con eso. En esa novela los personajes son populares, él quiere llevar una historia, pero para mí estos propósitos no los logra. No digo que sea una mala novela, pero no hay un dominio del oficio de novelista. Trata. Él quiere dar anticipos y regresar, pero en realidad vuelve a contar la misma historia, que son repeticiones. Es decir, que no domina las formas nuevas de la novela. Ahora lo que significó *Caperucita en la zona roja* y *Un día en la vida*, se debió a la carga emotiva de lo social que tiene, con eso de los campesinos. Es el momento coyuntural, pero pasada esta coyuntura, no se recordará como literatura estrictamente. Como novela se recordará *Justicia señor gobernador* de Hugo Lindo, porque es una buena novela, con un lenguaje terso. Hugo Lindo escribió evidentemente, una buena novela.

¿Otros autores que se inscriban narrativamente en la ruptura literaria?

No los encuentro. La ruptura viene en la poesía, especialmente a partir de 1956, y sobre todo con Roque Dalton.

¿Cómo percibe este proceso de ruptura en Roque Dalton?

Roque es una contradicción. Los principios son del materialismo dialéctico, pero los mensajes son cristianos. Él es un nudo de contradicciones. Él está con una angustia interior, en donde él mismo no encuentra solución. El caso de Roque no es el del revolucionario puro y auténtico, cien por ciento, no, es todo lo contrario, él es una lucha interna que lo arrastra. Recordemos que Roque carga con toda una formación del Externado San José, y cuando él quiere quitarse esa carga no puede. Él está lacerado internamente, se siente un drama interior porque no ha logrado romper con todo eso. Cuando él se mete a la revolución y sus implicaciones, está bien. Pero él no ha logrado romper consigo mismo.

¿Los poemas clandestinos de Roque representan una ruptura respecto a sus anteriores libros?

Los poemas clandestinos están dentro de la línea ideológica nada más.

¿Distinto es el caso de *Taberna y otros lugares*?

Claro, este libro es otra búsqueda.

¿Qué opinión le merece como texto novelístico *Pobrecito poeta que era yo*?

Yo creo que es una gran novela collage. La novela moderna es collage. La novela de Roque es una novela urbana.

¿La novela de Roberto Armijo, *El asma de Leviatán* tendrá signos de ruptura?

Creo que es una exquisita novela, pero no de ruptura. Creo que recrea el tradicional entorno salvadoreño, visto desde París. El campo, el médico rural. Utiliza muy bien el recurso del recuerdo.

**¿Cuál es su apreciación de *Cenizas de Izalco* de Claribel Alegría y de Darwin Flakoll?
¿La consideraría una novela de ruptura?**

No. Lo que interviene ahí es lo social, el gran trasfondo del 32. Ahí aparecen los reflejos del 32, los asesinatos, los fusilamientos. Todo eso hace que la obra entre dentro de un proceso de realismo, pero no realismo vanguardista.

¿Encuentra aportes, elementos de ruptura en la poesía y en la novelística de José Roberto Cea?

No. Lo que yo veo de su novelística de la revolución son las alegres novelas. Porque son tres novelas alegres de la guerra. Persiste su vena humorística, de comicidad. Quizá cierto retrato del salvadoreño medio, lo que nosotros llamamos “el vivo”, que es el mismo Cea, tal como surge y se adapta a la realidad –como un buscón– por relacionarlo, de alguna forma, con ese personaje de la literatura picaresca.

LA GENERACIÓN DE LA DICTADURA “Nosotros reconocíamos que nuestro fascismo lo teníamos aquí”

Matilde Elena López

*Hablar de abril es retornar a Ellos,
A su sangre encendida y levantada.
¡A su águila fecunda
y a su sortija universal y clara!*

*En homenaje a Ellos debe llamarse abril todo lo grande.
Izalco abril y su corona con su abril de fuego.
el Lempa abril y el horizonte abril,
mientras nos llega abril, ¡abril de nuevo!*

Oswaldo Escobar Velado

Doctora, usted pertenece a una significativa generación de escritores, la llamada Generación del 44 o de la dictadura. ¿Cómo fueron recibidos por la intelectualidad de ese tiempo?

El grupo nuestro, fue inicialmente un grupo de estudio. Gente que se estaba metiendo en la búsqueda de la literatura marxista. Yo, por ejemplo, mecanografié el Manifiesto Comunista. Imagínese como sería el sarampión de ese momento, entonces, esto era lo que nos cohesionó. El hecho que éramos gente de letras, ahí estaba Luisito Gallegos Valdés, Alfonso Morales, Cristóbal Humberto Ibarra. Estábamos unidos más por la idea de las letras, desde luego, unas letras que se sustentaban en los compromisos, en las búsquedas ideológicas del momento. Nos unía, como denominador común, nuestra pertenencia a círculos de estudio, no únicamente intelectuales, también marxistas. Invitábamos gente, Tony Vasilliu, llegaba a hablarnos tonterías del amor libre, nosotros escuchábamos aunque no nos gustaba mucho, porque andábamos en otra dirección. Nosotros estábamos metidos en un esquema político, y todo eso nos estaba sirviendo contra Martínez. Ahí fueron a dar todas esas inquietudes.

El Dr. Arturo Romero, fue el llamado “Hombre Símbolo” porque encarnó un indiscutible sentimiento popular en la lucha contra Martínez. ¿Tuvieron algún acercamiento con Romero?

Hubo un Congreso Nacional del Niño y en él apareció el doctor Arturo Romero. Nosotros estuvimos ahí, y hablamos de la necesidad de pagarles más a los campesinos, es decir, todo el programa democrático de ese momento, lo lanzamos ahí, en un discurso grande. Romero, por supuesto, un hombre político, estudiado en París y todo lo demás, se dio cuenta que ese era el material que él necesitaba. Al poco tiempo me visitó en mi casa, y posteriormente se reunió con nosotros. A través de mí vio el nexo con los círculos antiguos del Partido Comunista, los sobrevivientes. Con los reductos que se reunían con Moisés Castro Morales, Daniel Castaneda, Virgilio Guerra, Miguel Mármol y otros.

En su opinión, ¿por qué fracasó el golpe del 2 de abril de 1944 contra el general Maximiliano Hernández Martínez?

Porque ese fue un golpe de Estado en el que se encontraban comprometidos sólo algunos militares, no el pueblo. Jamás se abrieron las puertas para que el pueblo participara. Nunca se entregaron las armas.

¿Qué papel asumió su generación concretamente en la caída de Hernández Martínez?

Mire hay un documento titulado “La persistencia de los movimientos antifascistas”, producido por la Asociación Antifascista. Todo esto fue como un catalizador en la lucha antimartinista. Nosotros estábamos hablando contra el fascismo, teníamos el llamado “mundo libre”, hablábamos de todo, de las cuatro libertades de Roosevelt que fueron nuestra bandera, de la Carta del Atlántico, pero nosotros reconocíamos que nuestro fascismo lo teníamos aquí.

A partir del 9 de mayo de 1944 el general Andrés Ignacio Menéndez se convierte en Presidente Provisorio del país. ¿Cómo se podría caracterizar este período?

En realidad, fue un recreo democrático. Hay que recordar que este ensayo dura muy poco tiempo, pues luego se produce el golpe de estado del 21 de octubre de 1944. El tiempo de Menéndez fue un tiempo bueno para la organización. Las organizaciones nacieron y crecieron. Creamos el sindicato de ferrocarriles, la Unión de Trabajadores Ferrocarrileros, sobre todo porque aquí trabajaba mi esposo, Miguel Valladares. Nosotros teníamos nada más el esquema sindical, de reivindicaciones sociales de los trabajadores. Mire, aquí en El Salvador, basta poner un poquito de libertad real, y comienzan las organizaciones. Hubo un recreo democrático. Nosotros creíamos que todo lo teníamos con el presidente Menéndez. Yo tenía un periódico que se llamaba *La Mujer Demócrata*, había otro que era *La Vanguardia*, un periódico de lucha, y ahí trabajábamos.

¿Qué financiamiento obtuvieron para crear estos periódicos y desplegar todas estas fuerzas?

El financiamiento no venía de ningún lado. Prácticamente los periódicos los sosteníamos nosotros. Donde sí hubo financiamiento, fue en la lucha contra Martínez, de parte de los oligarcas, particularmente de gente del café como don Agustín Alfaro Morán, para formar las

Brigadas Democráticas, esto implicaba una imprenta pequeña y propaganda democrática, que hacía llegar al pueblo mensajes contra Martínez. Nosotros buscábamos levantar la conciencia ciudadana a favor de un cambio. Esas hojitas llegaban a todos lados, Ahuachapán, Juayúa, Oriente, Occidente mediante vendedores ambulantes. Estábamos preparando el terreno. Eran elementos de preparación, pero para eso, el dinero sí lo dio Agustín. Se compró la imprenta, y se comenzaron a distribuir las hojitas. Se les pagaba a los vendedores para que las llevaran. De esto se encargaban Daniel Castaneda, Virgilio Guerra y Modesto Ramírez. Recuerdo que Modesto Ramírez venía a pie desde Usulután, con sus caites. Él estaba fascinado por toda aquella actividad, era su sueño. Yo le invitaba a tomar café. Luego recibía el dinero y la propaganda y se iba. Esto lo hizo mucha gente. Fue todo un trabajo previo a la caída de Martínez, alrededor de un año antes, tanto en Oriente como en Occidente.

¿Cómo recuerda al patriota Víctor Manuel Marín, torturado y fusilado, por la dictadura martinista el 11 de abril de 1944?

A Marín no lo conocí. Marín no estaba integrado a nuestro núcleo. Pero sí lo conocía el doctor Romero. Romero había conocido en México a algunos que habían sido expulsados por el gobierno de Martínez, había militares como el capitán Sánchez Dueñas.

Víctor Marín era un hombre joven cuando lo mataron. Yo le dediqué, por cierto, un poema. Como le decía, Romero encontró a varios militares opositores, empezó a hablar con ellos y se los trajo al país. Al capitán Manuel Sánchez Dueñas, él lo tuvo mucho tiempo acá, protegido, hasta preparar el levantamiento, porque la idea era que a través del general Alfonso Marroquín y del coronel Tito Calvo, se pudieran infiltrar los cuarteles, y que el pueblo mismo tomara las armas. Sin embargo, Marroquín y Tito Calvo, jamás entregaron las armas. Sólo el gran artillero del Sexto Regimiento tenía la perspectiva de entregar las armas al pueblo, y abrió el cuartel. Pero todo fracasó. Recuerdo que Marroquín y Tito Calvo fueron en un tanque a pedir refugio a la Embajada de los Estados Unidos, y los gringos les cerraron las puertas. Los terminaron fusilando.

¿Qué pasó con todos ustedes después del 2 de abril de 1944?

Fue terrible, espantoso, todo aquello de los fusilados. Nosotros tuvimos que salir huyendo. Un mes entero permanecimos, totalmente en la clandestinidad, viviendo en distintas casas. Se nos abrieron puertas imposibles de creer.

Los cafetaleros se volvieron a reunir, porque estaban inconformes con los altos impuestos que Martínez les había colocado. Ellos necesitaban quitarse a Martínez. Entonces, lo que hicieron fue dar dinero para terminar de botarlo. Se inició una huelga de Brazos Caídos, de toda la industria, el comercio, los bancos, contra Martínez. Los mismos patronos impulsaron la huelga. Usted observaba secretarías, oficinistas, que ponían propaganda “La huelga sigue”, porque estaban bajo la protección de los dueños de los bancos, gerentes, gente de esa clase. Naturalmente había también elementos universitarios.

¿El golpe de estado del 21 de octubre de 1944 contra el gobierno de Andrés Ignacio Menéndez tuvo como razón principal el temor de los militares por las condiciones democráticas que se estaban propiciando?

Ya los militares se habían reunido y se estaban riendo, desde antes. Con el gobierno de Menéndez dijeron “démosles un recreo”, porque eso significaba. Al mismo tiempo tuvieron la oportunidad de conocer a todos los implicados en el movimiento. Hasta que dijeron hasta aquí, e impusieron a Osmín Aguirre y Salinas.

¿Cuál era la percepción de ustedes en aquel momento?

Nosotros creíamos que realmente el movimiento democrático había ganado. Así surgió el PUD, Partido Unión Democrática, y otros más, como también sindicatos, periódicos y todo lo imaginable. Se estaban aprovechando todas las condiciones que se tenían.

¿Cree usted que el doctor Romero tenía conciencia de que en realidad todo aquello era sólo “un recreo democrático”?

Él creía que en realidad, nosotros ya estábamos en un movimiento democrático. Cuando falla lo de abril y él se va huyendo por Oriente, le dan el famoso machetazo. Lo tienen en el hospital y acuérdesese que el gobierno sólo estaba esperando que se levantara para capturarlo. La popularidad de él crece en Oriente. A él lo rodea una multitud, pero también está cercado por la policía. Finalmente se va a Estados Unidos y se opera allá. Fíjese que cuando él huye lo hace con traje de campesino, pero una patrulla lo reconoce, ¡cómo no lo iban a reconocer, si él no tenía ni cara ni cuerpo de campesino!, ¡era tamaño hombre!, ahí le dan el machetazo, que casi lo mata. Romero llega hasta un ranchito, y pide auxilio a los campesinos, guiándolos él mismo en su propia curación. Ya cuando el movimiento está controlado, lo llevan al hospital, pero ya se sabía que saliendo del hospital, Martínez lo iba a matar. Todo esto convierte a Romero en el “Hombre Símbolo”, no sólo en San Miguel, si no en todo el país. Romero sale del hospital -luego de la caída de Martínez- durante el recreo. Se va para Estados Unidos y se somete a una cirugía plástica. Cuando él regresa, fíjese bien, el pueblo entero se había hecho presente desde el Aeropuerto de Ilopango hasta el Teatro Nacional en el centro de San Salvador. No era que viniera una manifestación, era todo el pueblo el que estaba apostado a ambos lados de las calles. Cuando entró Romero al Teatro Nacional, para saludar desde ahí, ya su esposa se había cambiado en el avión, y venía con los colores rojo y blanco, del PUD, porque Romero era el candidato. Desde el Teatro Nacional, Romero pronunció su discurso. Él pueblo lo tenía él. Cuando vino el golpe del Coronel Osmín Aguirre y Salinas, el 21 de octubre del 44, los militares, mediante esta acción, dejaron bien en claro, que no podían dejar que Romero ocupará la presidencia. Romero tuvo que salir. Él estuvo también en Guatemala, en la época en que nosotros ya perdidos, nos fuimos hacia allá.

Fíjese que el 20 de octubre triunfa en Guatemala, la revolución; y el 21 de octubre, se produce el golpe de la reacción aquí. Nosotros nos asilamos en la embajada de Guatemala, y de ahí nos fuimos. Posteriormente, ya en Guatemala, Romero, nos reunió en el Hotel Palace, y nos dijo: “...Allá adentro, hay un movimiento completo, habrá una insurrección, hay preparados ya...” Pero lo engañaron.

¿Se refiere, doctora, a lo que ocurrió el 8 y el 12 de diciembre, en el barrio de San Miguelito en San Salvador y en las jornadas de Ahuachapán?

Así es. Pero según él, la jornada de Ahuachapán. Es decir, la entrada de los salvadoreños desde Guatemala a Ahuachapán, no era más que un teatro formado, porque el movimiento se daría en San Salvador. Le habían dicho que él entraría triunfante, en el momento en que se diera la victoria aquí. Sin embargo, otra cosa sucedió, eso fue lo terrible. Todo esto lo cuenta Jorge Arias Gómez, en su libro “Las Jornadas de Ahuachapán”. Entonces, lo que ocurrió es que en Ahuachapán se les cerraron todas las puertas. A Romero, le habían dicho, que lo esperarían en la frontera, para llevarlo en hombros. Pero, cuando los estudiantes que iban en la invasión se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, regresaron rápidamente a donde Romero se encontraba, en Cuilapa, y le dijeron: “Ni un paso adelante, doctor, ahí lo van a asesinar, ahí lo que tenemos es ya al ejército”. El ejército salvadoreño estaba esperando a la gente, y los de Honduras estaban por el otro lado. Yo anduve por el sitio de Las Flores, en una mula, con el coronel José Ascencio Menéndez, y según nosotros ahí estábamos esperando sólo entrar. Ya en Cuilapa un militar me dijo, lo que le habían comunicado a Romero, que lo estaban esperando sólo para matarlo. Fue una jornada sangrienta, terrible.

La Junta de Gobierno de Guatemala, que eran Árbenz, Arana y Torriello, pusieron a Romero en un avión y lo mandaron a Costa Rica., para evitar quedar al descubierto, como un régimen que estaba dando armas a salvadoreños.

Doctora, en los hechos de diciembre del 44, una figura muy especial es la del doctor Francisco Chávez Galeano, el patriota que se levantó en el barrio de San Miguelito de San Salvador, el 8 de diciembre. Las acciones estaban preparadas para el 8, sin embargo, el periódico universitario *Opinión Estudiantil*, órgano de la AGEUS (Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños) en una edición correspondiente al 8 de diciembre de 1961, asegura que se cambiaron para el 12, y que Chávez Galeano fue víctima de una trampa, al confirmarle falsamente la fecha del 8. Lo que sucedió fue una tragedia, su muerte a manos de las fuerzas gubernamentales. Esta publicación hace responsables a dos supuestos traidores, quienes –según *Opinión Estudiantil*– también informaron al gobierno sobre los puntos geográficos, donde entraría la invasión de Ahuachapán. ¿Qué nos podría referir sobre Chávez Galeano y esto último?

A Paco Chávez Galeano no lo recuerdo, y si lo conocí, pues, no era para mí una figura cercana. Quien parece fue su amigo es Pedro Geoffroy Rivas, quien, incluso, le dedica aquel poema “Canción de cuna junto a Paco Chávez Galeano”. Pedro tiene, recuerdo, otros poemas, dedicados al 32, aquel que dice: “Al primer soviet de América lo hicieron mierda a balazos”, que lo cita José Roberto Cea como de él, pero no, es de Pedro Geoffroy. Yo obtuve el poema, dentro de las investigaciones que realizamos en la Universidad, con el poeta Joaquín Meza.

Ahora, también el 32 tuvo sus traidores. Parece que la orden del levantamiento no la había dado Martí, porque ya él había sido capturado. Él ordenó que le llevaran la voz, que detuvieran la insurrección. Él ya sabía que aquello iba a convertirse en una matanza. Ya todo estaba develado, pero la persona que debería darles el aviso, no lo hizo. Al contrario, dijo que

se levantarán. Hay cosas muy oscuras en todo eso. Martí ordenó que se detuviera todo aquello, y no se detuvo. Claro, hubo algunos que llegaron hasta el final, como el indio José Feliciano Ama -hombre de una sola pieza- que ya estaban comprometidos. A él no le dijeron deténgase, porque él ya estaba juramentado. El aviso lo dio Martí, que detuvieran eso, pero el aviso no lo transmitió la persona a quien se le había confiado la información. Y los demás se levantaron. Sólo a caer fueron. Algo terrible. El ejército salía con ametralladoras y camiones. Ponían en fila a los indígenas, y los fusilaban, sólo porque oían medio hablar la lengua indígena. Fue una matanza horrenda. Millares cayeron allí. Yo estudiaba en esa época primaria, en Guatemala, creo que primer grado, estaba con mi tía y mi Mamá, y se decía allá que aquí se habían quedado sin hombres. La noticia era que aquí habían matado a todos los hombres. El horror del genocidio llegó hasta allá. Yo recuerdo que estudiaba en el Instituto de Belén, primero o segundo grado.

¿Doctora, tuvo usted contacto con los golpistas del 48 que derrocaron al gobierno del general Salvador Castaneda Castro, principalmente con el coronel Oscar Osorio?

Cuando Osorio entró al poder, mandó a Guatemala como embajador, a un señor de apellido Paredes. Este señor me invitó –en una ocasión– a almorzar, junto con su esposa. Me dijo que el coronel Osorio había pensado en personas como yo, mujeres jóvenes e inteligentes, según decía Paredes. Me expresó que Osorio quería que regresara. Es decir, me estaba ofreciendo una posición. Yo le dije que estaba muy agradecida por la oportunidad de regresar al país, que yo le agradecía por abrirme las fronteras, pero que prefería continuar en Guatemala.

Finalmente, ¿cómo recuerda sus años en Guatemala, doctora?

Fíjese que Guatemala fue para mí muy importante, yo estuve ahí desde el 44 hasta el 54, luego me fui a Ecuador, donde me doctoré en Filosofía y Letras. Estuve en México un brevísimo tiempo. Pero fue en Guatemala donde hice y terminé mis primeros estudios superiores. En la lucha social, Guatemala fue toda una experiencia, fíjese que allá no había nada, nosotros empezamos a mostrarles cómo formar un sindicato, cómo redactar los estatutos. Allá no había, prácticamente, nada. En Guatemala, tuvimos el primer encuentro con Víctor Manuel Gutiérrez, cuando se estaba creando el Sindicato de Trabajadores de la Educación. Ellos al inicio, solamente estaban interesados en la organización sindical, pero con nosotros llegaron a conocer y entender de marxismo, de las ideas revolucionarias. Los primeros discursos de Víctor Manuel los escribí yo. Recuerdo que fue en una escuela donde comimos miel y pan. En esa ocasión comencé a escribirle los primeros discursos. Recuerdo que al principio, Víctor Manuel, ni siquiera los podía leer bien, pero al poco tiempo, con el fogueo de las CTG (Confederación de Trabajadores de Guatemala), y sus virtudes de hombre recto, se convirtió en un gran líder. Después la realidad entera la tenía en sus manos, e improvisaba discursos en la propia plaza pública. Arévalo lo consideró muy ampliamente. Llegó a una diputación, pero sobre todo Arévalo lo valoraba como un líder honrado, lo mejor que había ahí. Un poeta guatemalteco se refirió a Víctor Manuel, como “la espada vertical”. Víctor Manuel, “la espada vertical”. Son grandes recuerdos, sin lugar a duda.

EL CAZADOR DE VENADOS (*)

Matilde Elena López

Máya simukuépa tikmiktia se piláuan...

El cazador salió con su cerbatana a buscar alimento, cuando divisó a un venado y le tiró dando en el blanco. Lo siguió hasta donde terminaba de gotear la sangre. Al seguir su rastro llegó a un pequeño arroyo. Pero sólo halló a una joven lavándose la trenza. Le preguntó:

— ¿Has visto pasar a un venado?

— ¡No! —dijo ella—. ¿Pero viste acaso la cinta de mis cabellos?

Ella levantó la trenza y el cazador notó que la cintilla goteaba sangre... Se lamentó ella:

— Es el colmo de tu parte. Primero mataste a mis hermanos... Ahora vendrás conmigo.

Y envolviéndolo con la trenza, vendó sus ojos. Cuando al fin lo soltó, el cazador abrió los ojos y se encontró adentro de la montaña. Oyó a la joven decir:

— ¡Padre mío, este es el hombre que mató a mis hermanos!

— ¡Ah! ¡Con que tú eres el hombre que ha matado a mis niños!

— ¡Mira lo que has hecho, mira! ¡Aquí están los huesos! No creía que podrían renacer, pero ahora sí. Ahora que te veo lo doy por cierto. Hoy mismo te doy a mi hija. Ahora mismo te la doy para que me regreses a todos mis niños... Este es el hueso del primero que tú mataste.- ¡Dale vida a las almas de mis niños!

Y le dio a la muchacha. Al día siguiente ella estaba grávida, al segundo día, con dos niños, y en la mañana del tercer día, con otros niños. El cazador durmió diez días con la hija del viejo de la montaña, y cada mañana ella amanecía con dos venaditos. Veinte venados había matado en diez años. Diez días convivió con la joven de la cinta en la trenza.

(*) Ambos cuentos del libro: *La casa de los cuatro vientos*. Leyendas nahuas convertidas en cuentos.

— ¡Ya has cumplido! ¡Ahora, vete y no vuelvas a matar a uno de mis niños! Y contó los veinte venados que habían nacido de los huesos de los que había matado el cazador.

— Te daré algo porque ya has pagado –dijo el viejo–. Y le mostró el oro que tenía guardado.

— ¿Lo quieres? –preguntó–.

— Sí –dijo el cazador–. Entonces el viejo empezó a reírse.

— Esto no. El oro no crece. Lo que te daré sí crece y no se acabará. Le mostró unos grandes platanares y plantaciones de cacao.

— ¡Toma! –le dijo– y le entregó una mata de plátanos: tiene fruta madura y verde, y retoña. Esta mata de cacao tiene fruta y florece. Sacó una escalera de plata, subió y cortó plátanos y una vaina de cacao.

— ¡Mira! Esta mata de plátanos no se acaba, tiene fruta madura y verde, más retoños. Esta de cacao tiene fruta madura, verde y flores que nunca se acaban... Te lo doy todo. ¡Ahora vete!

Cuando abrió los ojos, le parecía que había soñado. Se encontró junto a la orilla del arroyo donde la muchacha estaba lavándose suavemente su trenza con hilillo de sangre. Sin decir nada, se alejó del lugar, orientándose en qué ruta estaba su rancho.

Al fin llegó y se sorprendió de ver una niña ya crecida.

— ¡Mira, ahí viene nuestro padre! los que estaban dentro de la casa le hicieron seña que callara porque sabían que su padre había muerto, pues ya nunca había regresado. La mujer lo vio en silencio, recorriéndolo con los ojos, mientras él se sentaba para contarle a su mujer lo que le había pasado. Incrédula la mujer seguía la historia, hasta que mostró lo que le habían regalado cuando fue a la montaña.

— De aquí saldrán cosechas –dijo–. Reparando en los niños, habló así a su mujer:

— ¿Y estos niños? ¿Qué pasó que a todos los veo grandes y estaban pequeños antes? La mujer replicó ya con cólera:

— ¿Y qué? ¿Te acabas de ir pues?

— ¿Cómo es que han crecido tanto y no hace ni diez días que me fui?

— ¿COMO ES QUE HABLAS ASI? –estalló la mujer–. ¿Cuando son diez años los que han pasado desde que te fuiste? Y ahora dime.

— ¿Qué fue lo que pasó realmente?

El hombre azorado mostró la mata de plátanos y la de cacao.

Esto me dieron. Plantas que succionan la sangre de la tierra y ya no quiero ser cazador. Es un tesoro vivo lo que me dieron. Me lo dio el viejo para mantenerme toda la vida.

Pero ya no pudo explicar los diez años que pasó junto a la joven de la trenza negra, ni de los veinte venados que tuvo con ella. Todavía le parecía un sueño....

LEYENDA DEL ÁRBOL DE MORRO

Matilde Elena López

Había una vez un matrimonio bien avenido, pero de pronto, la mujer empezó a salir con otro.-

— Cuida a tu mujer –le dijo el amigo–. Ella se va por la noche a dormir con otro. Tú puedes ver que es verdad. Que sale y deja el tronco debajo de tu cobija para que pienses que ella está junto a ti.

El hombre empezó a vigilar y vio que era cierto. Su mujer salía por las noches, pero no dijo nada. Le confió al amigo:

— ¡Es verdad lo que me has contado! –dijo–. Se fue la cabeza, se fueron los brazos, luego sus piernas, sólo el tronco quedó.

A la noche siguiente se levantó para ver cómo se separaba el cuerpo de su mujer y vio que sólo masa de su cuerpo había quedado. Luego se acostó para vigilar su regreso, sin poder dormir en toda la noche. Casi amanecía cuando se levantó para buscar un poco de ceniza del fogón y le agregó sal. Le había dicho su amigo que le untara al tronco, en las partes separadas, y así lo hizo. Se acostó de nuevo y esperó hasta que ella regresara. Al fin llegó la cabeza de la mujer que decían que era bruja. Se reclinó al tronco de su cuerpo, pero no se pudo pegar otra vez. Se reclinó de nuevo y no se pudo. Se cayó la cabeza, se reclinó; ¡no se pudo! Después vinieron los brazos: no se pudo. Le siguieron las piernas; ¡no se pudo! Entonces habló la cabeza que había quedado sola como una calabaza:

— ¡Levántate! –le dijo al marido–. Este respondió como si acabara de despertar:

— ¿Qué deseas? Y dijo la cabeza:

— ¡LEVÁNTATE! ¡QUIERO QUE ME DIGAS POR QUE ME HAS HECHO ESTO... UNA COSA TAN HORRENDA...! ¡Por qué has actuado tan mal, eso no está bien! ¡Y para que no lo vuelvas a hacerlo, me sujetaré a ti! ¡NO ME VOY A VOLVER A SEPARAR DE TI!

Entonces se sujetó al marido pegando su cabeza a la suya, pues sólo la cabeza había quedado de la mujer. Cuando iba al trabajo el marido, la llevaba consigo. Cuando él comía, la cabeza comía también.

Cuando dormía, la cabeza se acostaba en la misma almohada. Sólo se separaba un poco para poder conversar jovialmente con su marido, como había sido antes, cuando los dos estaban tan unidos.

Si la cabeza sentía que él se movía, de inmediato cuidaba que no la abandonara.

Cuando la cabeza sentía que él se movía, de inmediato cuidaba que no la abandonara. Una vez se internaron en el bosque hasta llegar a pie a un árbol de zapote rojo. La cabeza le dijo:

— ¡Bien podías subir para cortarme un zapote!

—Sí—dijo el marido— El marido se quitó la ropa colocándola al pie raíz para que la cabeza pudiera sentarse. Luego él subió y cortó un zapote madurito, rojo, riquísimo.

— ¡Tómalo! —dijo—. Buscaré otro para cortarlo. Halló uno verde y lo tiró al suelo. El zapote cayó sobre un venado que al sentir el golpe salió corriendo. Cuando la cabeza oyó que él corría, pensó que era su marido quien aprovechaba su descuido para huir de ella, y se apresuró a alcanzarlo. Cuando al fin le dio alcance, sin fijarse siquiera, se sujetó a las ancas del venado, que al sentir su peso, salió corriendo de nuevo y atravesó el bosque espinoso...

Así la cabeza finalmente cayó inerte. En tanto el marido al bajar no halló la cabeza y dijo:

— ¡Mi mujer se ha ido! Debo ir a buscarla hasta que la encuentre.

Al fin de tanto caminar por el bosque, dio con la cabeza tirada en el suelo, inerte. El marido la recogió enternecido, se fue a su casa.

— Esta muerta —dijo— voy a enterrarla. Y así lo hizo.

Regó el lugar del entierro y puso de señal una estaca para recordar el lugar. Su sorpresa fue grande al ver que crecía una plantita que fue creciendo y creciendo hasta convertirse en un árbol de fronda abierta. Y vio con asombro pegada al tronco, la cabeza de su mujer. No salía de su estupor cuando los demás fueron a ver el árbol y quedaron admirados. Cuando el fruto creció, maduró, reventó. (ES EL ÁRBOL DE MORRO QUE AHORA VEMOS). Por donde había reventado, se empezaron a mover las semillas que iban cayendo....

— “ga mucí pipilicín” – dijo el marido—. Son los muchachos.

Y los recogió con unos pedacitos de trapo llevándoselos para adentro de la casa. Luego, cuando se dio cuenta, habían nacido las semillas... que eran los muchachos... “ga mucí pipilicín...”

— ¿Los muchachos?

— Sí. los muchachos de la lluvia nacieron de las semillitas... A ellos les enseñó el pájaro cheje donde estaba escondido el maíz.... pero sólo uno de ellos se metió a la montaña a recoger los granos de la mazorca... Así fue como sucedió, pero se los contaré....

Ensayo sobre Universo neutral de David Escobar Galindo (*)

Matilde Elena López

El último libro de David Escobar Galindo –*Universo neutral*– es un reto al análisis. El poeta maneja un lenguaje cifrado y pienso que él mismo está envuelto en enigmas. .

Dueño de los poderes de la palabra, David se expresa en imágenes bien logradas, en versículos, en el lenguaje ambiguo de los oráculos de Edipo, de quien procede el orgulloso grito: "Mi yo es un rayo que habla", al responder a la Esfinge. Pero Edipo no pudo entender el enigma de su propio destino.

A ratos sentimos que habla Zaratustra en raudales líricos: "Hablo, entendéis, de mí, de cada uno de los acribillados espejos que me siguen con nombre y apellido"... "prisionero en la cárcel del universo", o, desde "la remota intimidad de mi lecho orgulloso de pensador herido por la gracia"...

Pero el poeta es más bien un Prometeo encadenado víctima de la opresión de Zeus y el grito prometeico tiene tanto de dolor como de vaticinio, tanto de reto a los cielos como de imprecación dolida porque "acaso vivir sea el vacío"... como termina el poema "La sangre coronada". Conclusión torturada en la línea de la angustia existencialista. Pero no nos apresuremos.

Evidentemente, *Universo neutral* guarda preguntas cosmogónicas que nacen del asombro como las búsquedas de los griegos y antes que ellos, aquellos filósofos del Oriente. Su poesía está cargada de reflexiones sobre el ser, de amargas preguntas. Pero el concepto no puede abrirse paso a la luz de la imagen sin la envoltura de la palabra, sin el temblor, trémulo, vocablo, verbo primigenio que le da fuerza lírica al poema.

Se une el pensador y el poeta, o más bien, David es pensador porque poeta, en imágenes nítidas, bien logradas. El poema de David guarda reflexiones filosóficas que traspasan las intuiciones del poeta en puras imágenes y símbolos que irradian hacia multitud de direcciones, en visiones con su estructura irracional, característica de la nueva poesía.

Vicente Aleixandre hace uso de la VISIÓN, recurso poético contemporáneo al igual que el símbolo y la imagen visionaria.

En esta línea se halla *Universo neutral*. Por ello David descifre la armadura del verso clásico para que el río desborde el caudal de sus aguas. El ritmo, núcleo íntimo de la célula bella, es el centro fijo organizador del poema que sigue el instinto de su propia forma; ya no el esquema de rima y verso, aunque hay aún la continuidad de tono, la melodía interna, pues un poema es una obra tan compleja que resulta realmente difícil comprenderlo con todas sus reacciones en cadena...

Se siente a veces la oscura corriente encontrada que ni siquiera el poeta puede entender... ¡Qué mezcla de deseos como en la barca de los jóvenes héroes griegos que perseguían vellocinos de oro...! No. No es el aliento libertario de Goethe en su *Prometeo*:

Pertenezco a una raza
de hombres libres que de ti no se
cuidan
como yo...

Son otras las preocupaciones del poeta inmerso en contradicciones que emanan de su atormentada visión del mundo, sus dudas opuestas y sus conclusiones amargas:

Es un río de espíritus la cuna.
El sepulcro interior, el mismo río.
Acaso no hay destino que los una,
porque acaso vivir sea el vacío...

(La sangre coronada)

En este último poema, David retoma las riendas del verso con la regularidad de su dominio clásico. Mas, ha pasado mucha vida bajo el puente, mucha agua "agridulce y giratoria", en el vértigo de las almas de Caronte:

¿Acaso no sentís, acorralado
contra el muro esponjoso de ese origen,
vuestro pecho por fuentes habitado
que manos ígneas en lo oscuro rigen?
¿No sentís, no sentís, náufragos fieles,
que el río en su agonía nos succiona?
Si ajenas son nuestras quemadas pieles.

¡Sólo es nuestro el vapor que nos corona!

(La sangre coronada)

Todo sigue un proceso, a partir de "Himno al instinto", acaso el más logrado de los cantos, donde el agua de la imagen oculta el germen de los sueños. ¿No procede el poeta con la técnica del sueño en invertida imagen onírica, transformada en imagen lírica por virtud de su intuición poética?

¿No está ahí la llaga latente tras el contenido manifiesto? Una manera de liberar fantasmas, el agua oscura descubierta por Freud. Todo lo reprimido en el instinto creador y destructor de sus aguas incontenibles, o como dice el poeta: (Himno al instinto)

destello del rito primordial

crepitando en el musgo de las constelaciones

interiores...

Sabe de sus áureas batallas de centauro aterido detrás de la "maraña salvaje de las venas", como en el mito de Platón, el carruaje conducido por un animal de pura sangre –razón– y otro, la izquierda, de sangre salvaje, arrastrando al conductor hacia abismos insondables... Y sabe que su fuerza rompe diques, represas subterráneas. Es el instinto, y no la razón iluminadora, quien arrastra impetuosamente, viento arrollador, potro alucinado en la

selva de púrpura sin pájaros

(Himno al instinto)

a quien llama "doble iracundo de la Deidad creadora". Ebrio

ritmo sutil de un universo en ascuas

perpetuamente en vísperas de hundirse en la celeste

apoplejía.

(Himno al instinto)

¡Oh, instinto ciego con su fuerza de topo!: "lodo solar sin ojos",

desencantado orgasmo de la sal

como la eternidad de una Atlántida cósmica,

personal, irredenta.

(Himno al instinto)

Sí, personal, irredenta, ya emane de la hormiga, del bicorne celo o del hombre que apenas comprende la bolsa seminal que lo acompaña, provisión del astro incandescente. A ti te canto yo –y sus imágenes son rayos quemantes rasgando lo oscuro–:

A ti te canto yo, voz sojuzgada por el sueño lógico,
 como hijo azul te canto, a ti, padre del vértigo,
 Zeus atormentado por el poder sin rumbo,
 animador del rayo irreductible
 en que se prenden todos los cometas,
 desde el charco desnudo de cada pensamiento.

(Himno al instinto)

Sí, desde el "charco desnudo" que hay en cada ser, amor, pasión desnuda contra toda razón... Convencido el poeta de su fuerza oscura que hace indefenso al hombre:

¡Oh, instinto, padre nuestro, dolorosa raíz,
 llenos están los cielos y la tierra de tu aleteo virgen,
 par silbante, ilegítimo, del Espíritu Santo!

(Himno al instinto)

El "silbante" nos atrae la imagen bíblica, que refuerza el vocablo "ilegítimo", de la serpiente impura –o de la mujer en su sentido tradicional– serpiente expulsada por Dios, expulsada del Paraíso, condenada a arrastrarse por haber puesto abismos entre el hombre y su creador. Pero el árbol bíblico es más que eso. Es el árbol dorado de la vida, de Goethe, el árbol de la sabiduría, fruto prohibido al hombre, tentado siempre a probarlo, a penetrar el secreto misterioso de su ciencia, a descubrir su ley oculta. O para decirlo en el discurso existencial de Chestow: "Entre los árboles que Dios había plantado en el Edén, había el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Y Él dijo al primer hombre: "Puedes comer de los frutos de todos los árboles, pero no toques los frutos del árbol de la ciencia, pues el día que los gustes morirás... Pero el tentador (en la Biblia es llamado la serpiente, el más astuto de los animales creados por Dios), dijo a Eva: No, no moriréis, sino que vuestros ojos se abrirán y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal. El hombre se dejó tentar, gustó del fruto prohibido, sus ojos se abrieron y llegó a ser sabio".

Por su parte, uno de los filósofos más notables del siglo pasado, un filósofo que (y aquí justamente residen su importancia y su justificación) había absorbido dentro de sí todo el pensamiento europeo desde sus comienzos, desde hace veinte siglos, Hegel, afirma sin el menor titubeo: "la serpiente no ha engañado al hombre, los frutos del árbol de la ciencia se han convertido, en efecto, en el principio de la filosofía, en el principio del pensamiento de todas las épocas".

David conoce el reto a los cielos del Fausto goetheano, señor de la sabiduría y de la luz, el hombre que tuvo el universo en sus manos, pero aturdido por la belleza de Helena, pone en peligro su alma... Pero "aquel que aspira siempre a un ideal, podemos nosotros salvarlo" –explicaba Goethe a Eckermann–, y si al encuentro le sale el amor bienaventurado (el de Margarita) podrá alcanzar toda cima.-

HIMNO A LA MATERIA

Ahora el poeta penetra la sabiduría, trata de comprender el secreto íntimo de la materia con la búsqueda cosmológica del principio, como en la aurora de los griegos. Y en el indagar se maravilla del río genesíaco que parece no detenerse, impulsado por la marcha, la corriente creadora de la intuición bersogniana, "elán vital", "impulso fastuoso del ser" que abre válvulas por donde fluyen todos los procesos de la naturaleza hasta llegar al pensamiento, alta materia organizada... "qué cabe en las celdillas de mi íngrimo cerebro."

Inicia el canto –"Himno a la materia"– en la plenitud de su poesía:

Aureo como el escombros de un lucero ofendido
 por la inercia del sol inmemorial,
 mi pensamiento asume la delicia de hundirse
 en el inerte fluido que hace posible las respiraciones
 aquí y en otros mundos de magma reverente.

Desde ese justo instante –el de probar la sal verde y fecunda,
 todo en mi corazón bombea el ditirambo,
 a los dioses que siento debajo de la lengua,
 no a las sirenas clásicas que iluminan mis brazos,
 no al resuello fosfórico del beso en la tiniebla,

no al peso de la historia entre los párpados,
sino a ti, fatua diosa, que nos alivias de la eternidad,
ágil herencia virgen preñada por el sueño,
que tienes en los dedos la cruz del infinito
y en el péndulo isócrono la pasión de la muerte.

(Himno a la materia)

Es como una inmensa plegaria en la que resuena el Bhagavadgita: "Indestructible, recuérdalo, es la vida, la vida que aparece como vida en todas partes y que por medio de ninguno puede perderse..." Materia eterna e indestructible –David asume una posición realista– caos genesiaco, guardiana que sonrío "justo a la adormidera" después de distribuir la provisión glandular en cada ser:

"qué los astros del cielo temible distribuyen
en cálices de atroz sabiduría...-

(Himno a la materia)

Mas el poeta, parece un ser desvalido ante el misterio, pero de una interna equidad que mantiene equilibrios de la vida a través de un proceso –marcha creadora– (Bergson), o proceso infinito de cambios –dialéctica hegeliana–:

Luego, por desvelados y núbiles fermentos
del amor que retoña de la púrpura ciega,
un impulso fastuoso del ser abre las válvulas
de la armonía, y fluyen por ellas los espíritus
danzantes,
las memorias quemadas por milenios de atónita
sequía,
las querellas de todos pinares del cosmos
–que cabe en las celdillas de mi íngrimo cerebro–
y de nuevo el misterio toma forma,
se hace aguja en la piel del otro Yo que gira
como un atezado ruseñor en el fondo de una lágrima.

(Himno a la materia)

Enardecido por la luz te llamo,
 ulcerado de ingenio me acuesto en tu vellón de estrella
 olímpica,
 reconquistando en ti la sórdida ternura del verdugo,
 para cantarte en la remota intimidad
 de mi lecho orgulloso de pensador herido por la gracia,
 ¡Oh novia astral, materia, bárbara epifanía sin fin y sin
 regreso!

(Himno a la materia)

Sorprendentemente descubro, con el mismo título, el *Himno a la materia* del poeta hondureño José Antonio Domínguez, nacido en Juticalpa, el 2 de febrero de 1869, quien se suicidó el 5 de abril de 1903. Es un poema hermoso, de gran longitud, denso divagar filosófico. El poeta canta a la materia que "es como inmenso genesiaco río", arrastrando en sus ondas la simiente de todo

¡Oh materia!

Tú eres lo único eterno; tú no acabas;
 tú no aumentas: tú no disminuyes:
 eres principio y fin de cuanto existe;
 de ti depende todo y a ti torna.
 Eres la misma aunque diversa siempre
 pues tu esencia suprema, indestructible,
 es tan compleja y a la vez tan una
 que recorre una escala interminable

tú solamente

no has tenido alborada ni podrías
 tener jamás ocaso. Cuanto alienta
 lo mismo en lo pequeño que en lo grande
 está sujeto al tiempo: vive y muere;
 pues la vida del ser sólo es fenómeno
 de resplandor fugaz. Los mismos soles
 y los mundos de fábrica tan sólida
 tienen su fin...

(“Himno a la materia”: J.A. Domínguez)

Y ve girar en los espacios insondables los fantasmas helados e insepultos, mientras nacen otros universos donde pronto brotarán nuevos seres... Y si la vida individual es breve y pasa como sueño y es todo olvido, no así la vida universal:

La muerte para ti sólo es acaso
 como un abono que te das tu misma.
 Tal vez por mantener ágil e incólume
 de tu vigor el germen potentísimo;
 o quizás como un baño en cuyas aguas
 rejuveneces tus gigantes miembros
 por cuyas venas corre siempre nueva
 savia de eternidad.

Es la misma materia indestructible y eterna que canta David con imágenes nuevas, traspasadas por la luz:

¡Oh, novia astral, materia, bárbara epifanía sin fin y sin
 regreso!...

(Himno a la materia)

Raúl Contreras, mago de los jardines

Restaurar el edificio de la memoria es una tarea impostergable que deberíamos asumir todos los hijos de la llamada “patria amada y laboriosa”. Algunos sostienen que repellando y pintando edificios, otros que reparando joyas bibliográficas, y los menos, dando un sitio a los nuestros, a las personas afanadas de otro tiempo que entregaron sus vidas exaltando el amor al terruño, a construir con respeto, asumiendo con responsabilidad la salvadoreñidad, tan vilipendiada, aunque no discutida lo suficiente.

La restauración de nuestra memoria pasa por todo ello y más. Pero no un simple barniz, sino afianzar lo que hemos sido y hacerlo con orgullo, mostrar al mundo el talento de poetas, pintores, historiadores, escritores; todos artífices de la patria soñada por Francisco Gavidia, padre de la República de las artes y las letras.

Ahora nos ocupa el poeta Raúl Contreras, hijo dilecto que entregó su vida por la edificación del futuro. Sus armas fueron los versos que sembró por el mundo. Y aunque Raúl Contreras fue un diplomático de primera línea en la Europa de entreguerras, además de ser el generador de parques y balnearios como no ha existido otro (lo hacía en el nombre de la diosa belleza, según cuentan), quedará en la historia como el poeta creador de “Lydia Nogales”, personaje que inmortalizó, pese a haberla dado a luz en una sociedad hostil a la poesía escrita por mujeres.

No es tarea fácil reconstruir vida y obra, más cuando han sido multifacéticas, creativas, renovadoras. La VIII Semana Nacional de la Lectura, proyecto interinstitucional, quiere ser un punto de apoyo en la restauración de este genial autor. Para ello ha sido inapreciable la colaboración brindada por la familia del poeta, sus hijas Alma y Mabel y de Lorena, su nieta.

De seguro el poeta nos estará viendo desde el jardín que ideó en vida. Posiblemente escribiendo sonetos, perfectos como moldeados por ángeles. Gracias, Raúl, las nuevas generaciones nos ponemos de pie frente a tu legado.

Mario Noel Rodríguez
Coordinador de Letras. CONCULTURA.

Archibald Laughton

CAGLIOSTRO

o

El mago del siglo XVIII

Comedia dramática en tres actos

1945

Madrid

PERSONAJES

Conde de Cagliostro
Príncipe de Rohan
Marqués de Breteuil
Baron d'Harcourt
Capitán La Pérouse
Alhotas
Rolf
Achmed
Encapuchado 1.º
Encapuchado 2.º
Encapuchado 3.º
Criado 1.º
Criado 2.º

Marquesa de Breteuil
Lorenza Feliciani
Condesa de Polignac
Condesa de la Motte

La acción en París, año de 1785

ACTO PRIMERO

En el palacio del Marqués de Breteuil. La escena está casi a oscuras, pues sólo una débil lamparilla alumbra la estancia. En el centro del salón se hallan cinco personas agrupadas alrededor de una mesa redonda, de tres pies. Todas con las manos puestas sobre la mesa, las unas tocándose con las otras, como en una sesión espiritista. Silencio profundo. Los parpadeos de la lamparilla hacen danzar las sombras del grupo en la pared del fondo. Una tos rompe, de pronto, el sortilegio...

Breteuil

Es inútil. Perdemos el tiempo. *(Se levanta.)* Los espíritus no quieren manifestarse hoy... Ni nunca... Yo no creo en tales supercherías. *(A su esposa.)* Espero, querida Carlota, que después de este fracaso...

Carlota

¡Por favor, Luis! ¡Déjame repetir la sesión! *(Se levantan todos, el marqués de Breteuil agita el cordón de la campalilla. Casi inmediatamente entran dos Criados portando candelabros con luces. Los dejan y se van. La estancia se ilumina.)* Te aseguro que he visto cosas sorprendentes en casa de la condesa de la Motte...

Breteuil

(Burlón.) Sí; la mesa que se mueve y que golpea con las patas...

La Motte

Vuestra incredulidad, marqués, aleja a los espíritus. Por eso no han acudido.

D'Harcourt

Yo también soy incrédulo; no creo en los espíritus ni en el magnetismo animal... Y eso que ayer estuve en casa de Mesmer, por curiosidad...

Carlota

¿Y qué visteis?

D'Harcourt

La famosa vasija mesmeriana... Quince o veinte personas atadas con una misma cadena, en sillones colocados en torno a la cubeta, y cogidos de sendas varillas de hierro en espera de que el fluido regenerador agitase sus miembros con movimientos epilépticos...

La Motte

Sus efectos son maravillosos... El vapor que se escapa de la vasija está impregnado de suaves perfumes, que marean y embriagan. La acción curativa es innegable...

Carlota

¡Déjame ir con la condesa, Luis! Tengo curiosidad...

Polignac

También la reina quiso ir, por curiosidad... Y Su Majestad le negó el permiso.

Breteuil

(A Carlota.) Por complacerte, iré contigo. Pero sólo una vez.

D'Harcourt

(Al oído de Breteuil.) No permitáis que la señora de la Motte acompañe a vuestra joven esposa. Es una mujer de vida turbia.

Polignac

A mí no me interesa la cubeta de Mesmer. En cambio, la taumaturgia del conde de Cagliostro sí que me asombra... ¡Todo París habla de este misterioso personaje!

La Motte

¿El que curó al duque de Soubisse? Monseñor, el príncipe de Rohan, se hace lenguas del conde de Cagliostro; lo distingue con su amistad.

Breteuil

¿Es italiano?

Polignac

El título; en cuanto a él, no se sabe en qué lugar nació. Acaso en la india...

D'Harcourt

O en Egipto; dicen que habla todos los idiomas del mundo...

Breteuil

Entonces es un aventurero; un farsante...

La Carlota

¡No, Luis! ¡Si tú le conocieras!

Breteuil

(Sorprendido.) ¿Le conoces tú?

La Carlota

Apenas un instante, le vi en casa de la condesa de Polignac... ¿Verdad, Julia? *(Con entusiasmo.)* Le he rogado que venga a casa.

Breteuil

(En tono de represión.) ¡Carlota!

Carlota

Tiene la fisonomía más interesante que yo haya visto, no por hermosura sino por expresión; su mirada subyuga a cuantos se ponen a su alcance; es tan profunda que parece sobrenatural...

Polignac

Cierto. No hay término justo para describir sus ojos, en los que, alternativamente, brilla un vivo fulgor que atrae y una expresión helada que espanta... ¡Oh, cuando el conde mira!

La Motte

¡Yo no lo he visto aún! ¡Quiero conocerle! *(A la Polignac.)* Os ruego, condesa, que me invitéis cuando él vaya a vuestra casa.

Polignac

(Con frialdad.) Procuraré avisaros.

Breteuil

(Disgustado.) Permitidme que proteste un poco por el interés que despierta ese conde

sin patria conocida. A mí me parece sospechoso, más sabiendo que París, ¡qué digo París, Francia entera!, está infestada de aventureros de toda laya.

Polignac

Exageráis, marqués.

Breteuil

Me lo ha dicho el mismo ministro de Policía, que quiere expulsar cuanto antes a esos indeseables y poner coto a las actividades subversivas de las sociedades secretas. ¡Y el rey que le niega su autorización, porque su bondad alcanza límites que rayan en lo increíble!

D'Harcourt

Luis xvi confía en el amor y en la sensatez de su pueblo. Y todo el mundo lee a Rousseau y a Voltaire...

Breteuil

Lecturas que ilustran a los menos y envenenan a los más. Cada cual lee esos libros a su manera... Hay también agentes interesados en valerse de la miseria actual del pueblo para cargar todas las culpas sobre el poder real. ¿Por cuenta de quién trabajan esos agitadores?

La Motte

El invierno ha sido tan horrible... Os puedo asegurar que he visto escenas tristísimas, desgarradoras... Yo, que sé lo que es el hambre y el frío, porque hasta hace poco...

Polignac

(Cortándole la palabra.) Ya lo sabemos, condesa.

La Motte

(Con amargura.) ¡Sí, yo una Valois, descendiente de los antiguos reyes de Francia, he sabido de la miseria, de la injusticia y del desdén!...

Polignac

Los reyes han repartido abundantes socorros, dando todo lo que tenían. *(Con marcada intención.)* Y a vos, condesa, Su Majestad os ha protegido generosamente. No lo olvidéis.

La Motte

¿Olvidarlo? ¡Nunca! Soy una fiel y agradecida servidora de la reina, pero no es menos cierto que aún no he entrado en posesión del rango a que, por mi sangre y mi nombre, tengo derecho.

Breteuil

(*Con malhumor*) ¿Habéis recurrido a los tribunales?

La Motte

(*Más amargamente.*) Sin ser oída siquiera... Vuestra esposa, marqués, se ha dignado recibirme como a una igual, porque ella es un alma elevada, pero ¿creéis vos que otros salones de la nobleza se abrirán para brindarme la misma acogida? ¡No! Para muchos, sigo siendo una condesa de pega, una ambiciosa, una intrusa...

Polignac

(*Con altivez.*) Yo recibo en mi casa a quien me parece. Soy menos transigente y generosa que la reina... ¡Y que la marquesa de Breteuil!

Carlota

(*Afligida.*) Por Dios, Julia...

D'Harcourt

(*Aparte a Breteuil.*) Os digo que esa mujer está llena de rencor y de veneno. Cerradle vuestra casa. (*Señala a La Motte.*)

La Motte

(*Agresiva.*) La reina es generosa, sí; pero se rodea de una corte imprudente y casquivana que la desacredita ante los ojos de la nación. ¿Sabéis como la llaman en los mercados y en las coplas satíricas que circulan de mano en mano? La "austriaca", la...

Polignac

(*Con desprecio.*) ¡Callad, señora! No traigáis a los palacios el barro de la calle...

D'Harcourt

Todo eso terminará cuando el rey abra los ojos... Es el oro extranjero quien paga tales infamias. Y entonces...

(*Se apagan repentinamente las luces de los candelabros. Sorpresa de todos.*)

Carlota

¿Son los espíritus que acuden?...

La Motte

Pudiera ser...

Carlota

A mí no me cabe duda... ¡Pronto todos! ¡Pronto! ¡Volvamos a la mesa!

Breteuil

Es el viento, querida mía; un balcón se ha abierto... Deja en paz a los espíritus.

Cagliostro

Creo que os equivocáis, Marqués. No es el viento...

(Grito de las mujeres. Breteuil y D'Harcourt tiran de la espada. La estancia está completamente a oscuras.)

Breteuil

¿Quién está ahí?

Cagliostro

No saquéis la espada contra aquel que viene en son de paz... ¡Hágase la luz!

(Los dos Criados de antes entran portando nuevos candelabros.)

Polignac y Carlota

(Al mismo tiempo.) ¡Cagliostro!

Cagliostro

(Inclinándose con elegancia y señorío.) Os prometí venir, marquesa, heme aquí... Buenas noches, señores.

Breteuil

¿Por dónde habéis entrado?

Cagliostro

Si fuera un espíritu, os diría que filtrándome por la pared, pero como soy un hombre de carne y hueso, o diré sencillamente que he entrado... por esa puerta. *(Señala la de la izquierda.)*

Breteuil

¡Imposible!

Cagliostro

¡Por qué!

Breteuil

Esa puerta está condenada desde hace veinte años, por razones que no vienen al caso explicar ahora... *(Acercándose a la puerta.)* Mirad: tiene fuertes aldabas y una barra de hierro la sujeta por detrás...

Cagliostro

(Burlón.) No lo sabía...

D`Harcourt

¡Y las aldabas están intactas!...

Cagliostro

Puede que también la barra...

Breteuil

(A los Criados.) ¿Quién os pidió esos candelabros?

Criado 1.º

El señor Marqués...

Criado 2.º

Sonó la campanilla... Y nosotros creímos que...

Carlota

¡Es admirable! Sed bienvenido, señor conde de Cagliostro. Os presento a mi esposo, el marqués de Breteuil. *(Ambos se inclinan.)*

Cagliostro

(A Breteuil.) ¿Os molesta aún la herida que recibisteis... corriendo el ciervo?

Carlota

¿Qué herida es ésa, Luis?

Breteuil

Nada... Un rasguño sin importancia... *(A Cagliostro.)* Peo vos... ¿cómo sabéis?

Cagliostro

(Que va besando la mano a las damas.) Condesa de Polignac... Condesa de la Motte, nacida Juana de Valois *(bajo)* pero no comprobado todavía... *(Repulso de la aludida.)* El señor barón de Harcourt... ¿Os habéis curado de vuestra ardiente pasión...?

D`Harcourt

¡Conde!...

Cagliostro

(Riendo.) Por las truchas asalmonadas... *(A Carlota.)* Marquesa, os doy las gracias por vuestra amable invitación... *(Señalando la mesa.)* ¿Invocabais a los espíritus?

Breteuil

(Con impaciencia.) Por más que vuestra taumaturgia os abone, permitidme deciros que vos no habéis entrado por esa puerta. Y voy a comprobarlo. *(A los Criados, que han permanecido inmóviles en la puerta del salón)* ¿Quién condujo al señor conde de Cagliostro? *(Pausa.)* ¡Ay de vosotros si mentís!

Criado 1.º

Nosotros no hemos conducido al señor... conde.

Criado 2.º

Ignorábamos su presencia en el salón.

Cagliostro

Inútil vuestro empeño, señor marqués. Vuestros criados no me vieron entrar. No pasé por la antecámara.

La Motte

(A Carlota y Julia de Polignac.) ¿Es realmente brujo este hombre? He bajado mis ojos ante los de él.

Carlota

Yo tampoco puedo mirarle de frente...

Polignac

Yo, sí. ¡Pero siento su atracción!...

Breuil

(A los Criados, *con furor*.) ¿Conque os habéis dejado sobornar? ¿Por qué entrasteis con los candelabros tan oportunamente? Nadie había hecho sonar la campanilla.

Criado 1.º

En efecto, señor marqués... Pero... no sé por qué -yo estaba sentado en la antecámara- me levanté y cogí el candelabro... Alguien me lo mandó...

Criado 2.º

Lo mismo me ocurrió a mí.

D'Harcourt

(A Breuil.) Creo que vuestros criados dicen la verdad...

Cagliostro

La dicen... (A/ Marqués.) Le dais mucha importancia a un asunto baladí.

Betreuil

(*Altivamente.*) ¡Porque yo no creo en vuestra taumaturgia! (*Hace señas a los Criados de que se vayan.*) Aunque...me hacéis dudar.

Cagliostro

La duda es una condición natural del hombre... En mi larga vida, he podido comprobarlo millones de veces... a Julio César, por ejemplo, cuando regresó triunfante de las Galias, le dije: "el imperio es vuestro; tomad la corona con vuestra propia mano; todo el mundo os aplaudirá...". Y Julio César dudó... Después, por consejo mío, su esposa Calpurnia le rogó que no asistiese al Senado para las *idus* de marzo, porque su muerte estaba jurada por Bruto y Casio; y César dudó también...

D'Harcourt

(*Chancero.*) Según eso, vos vivíais hace dos mil años, pues que la muerte de Julio César ocurrió...

Cagliostro

(*Impertérrito.*) Ocurrió hace exactamente mil ochocientos veintinueve años. Recuerdo bien la fecha, porque, ese día, perdí a una de mis más bellas esclavas griegas... Se llamaba Nidia... Me engañó y la hice ahogar en un baño de agua de rosas... Costumbres bárbaras de aquellos tiempos... (*Con amable sonrisa.*) Hoy no lo haría así con la mujer que me engañase...

Carlota

Pero vos no aparentáis tener más de cuarenta años... ¿Cómo es posible...?

Cagliostro

En esa edad quise detenerme; ni joven ni viejo... Lo que no quiere decir que yo sea inmortal. Eso no. Estoy expuesto, como cualquier humano, a morir. Y moriré, desde luego, pero cuando... la hora me llegue. ¡Y ya cuidaré yo de que esa hora tarde mucho!

Polignac

Se ve que ese cuidado lo tenéis desde hace siglos...

Cagliostro

(*Sencillamente.*) Así es.

Breteuil

(*Con zumba.*) Apostaría entonces a que vos visteis quemar a Juana de Arco...

Cagliostro

Y perderíais, marqués, porque en aquel entonces yo estaba lejos de Europa; me hallaba como médico en la corte del Khan de Tartaria. En cambio, si vi quemar a un antepasado vuestro...

Breteuil

(*Turbado.*) ¿A quien os referís?

Cagliostro

A Juan Carlos de Breteuil, barón de Courtenay, señor de Hurepoix de Brienne... Uno de los héroes de la batalla de Bouvines... Felipe Augusto lo ennoblecía, dándole en feudo un castillo tomado a los ingleses...

Breteuil

Cierto.

Cagliostro

Pero Juan Carlos de Breteuil se dio, en la vejez, a las ciencias ocultas; cayó en el pecado de la magia negra... Buscaba la piedra filosofal... Todavía en la hoguera, gritaba: "¡torpes, quemáis al hombre que sabe transmutar el hierro en oro!". Y yo, perdonadme, marqués, me reía oyendo aquellas bravatas...

La Motte

¡Como que es imposible convertir el hierro en oro!

Cagliostro

Imposible, no, condesa Juana de Valois de la Motte... (*Recalca estas palabras y mira fijamente a la Condesa, que baja la vista y se aleja de Cagliostro.*) Sólo que hay que saber hacerlo...

Breteuil

Me sorprende que conozcáis un secreto de familia; porque mi antepasado no apareció en el juicio con su verdadero nombre; el rey Luis IX le concedió a su hijo Roberto...

Cagliostro

Que el padre hechicero fuese juzgado con el falso nombre de Juan Pastourel. Había que salvar el honor de la familia...

Carlota

(*Con entusiasmo.*) ¡Todo lo sabe!

Cagliostro

Una grata visita se anuncia... El señor La Pérouse, gloria de la marina francesa, vine a pedirnos, marqués, algo que vos le tenéis guardado en el segundo cajón de vuestro armario; creo que una pequeña sirena de plata... talismán de buena suerte.

Breteuil

(*Con asombro.*) ¿Quién os lo ha dicho?

Criado 1.º

(*Anunciando desde la puerta.*) ¡El señor capitán La Pérouse!

La Pérouse

(*Entrando.*) Sólo un instante, dentro de dos horas tengo que partir para Brest, y Su Majestad el rey me aguarda... (*Se inclina ante las señoras.*)

Carlota

Vais a dar la vuelta al mundo, señor La Pérouse... ¡Que los votos de todos los corazones os acompañen!

Polignac

Francia entera participará con orgullo en vuestra proeza. ¡La gloria vuestra será también timbre para la patria!

La Pérouse

Me abrumáis con vuestros votos. (*Con orgullo.*) ¡Pero sí! El pabellón francés ondeará en tierras lejanas... desconocidas... La expedición patrocinada por Su Majestad descubrirá los secretos del Grande Océano... Espero volver trayendo al mundo la noticia de que el paso del NO de la América ya no es un mito... ¡Superar los trabajos de Cook y Clarke!...

D'Harcourt

¡Hurra, capitán!

Breteuil

¡Hurra! (*A La Pérouse*) ¿Venís por vuestra “mascota”?

La Pérouse

Sí; en mi cámara de la *Boussole*, la sirena de plata me acompañará.

Cagliostro

(*Sobriamente.*) Y correrá la misma suerte que vos, capitán La Pérouse... ¿No os acordáis de mí?

La Pérouse

A fe mía, no.

Cagliostro

Haced memoria... Cuando caísteis prisionero de los ingleses en aguas de Belle Isle... hace veinticinco años...; erais entonces guardia marina y luchasteis como un bravo...

La Pérouse

¿Vos? ¿Fuisteis vos? ¡Oh! sí recuerdo ahora vuestros ojos, que me miraban tras de los hierros de mi prisión..., vuestro elixir maravilloso que me salvó de la muerte... ¡Dejadme daros otra vez las gracias, señor!...

Cagliostro

Conde de Cagliostro... (*Bajo a La Pérouse.*) O José Bálsamo. Es igual.

Breteuil

(*Que vuelve con el objeto de plata.*) Tomad vuestra sirena, capitán. Cuando volváis, os la guardaré de nuevo... Dentro de tres, cuatro, o cinco años... acaso.

La Pérouse

El rey me aguarda... (*Con la mano.*) ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Hasta la vista! (*Vase apresuradamente.*)

Cagliostro

(*Con acento tétrico.*) No volverá... Acabáis de ver, por última vez, a Juan Francisco de Galaup, conde de La Pérouse...

Todos

¿Cómo?

Cagliostro

Descubrirá el estrecho que un día llevará su nombre... pasará por la islas del archipiélago japonés, hasta Kamtchatka..., bajará después a Australia, fondeará después en Botany Bay, y... (*Se pone las manos de pantalla sobre los ojos.*) La *Boussole* desaparece para siempre... (*Todos miran a Cagliostro anhelantes.*) ¿Para siempre? No... Pasan los años... veinte, treinta, cuarenta..., entre los arrecifes, bajo del agua, alguien encuentra los restos de un buque..., cañones..., el puño de una espada cuyas iniciales están borrosas... y una pequeña sirena de plata...

Carlota

¡Callad, por Dios! ¡Vuestra predicción es horrible!

Cagliostro

La *Boussole* naufragará.

Breteuil

¿Y por qué habéis callado entonces? ¿Por qué no le habéis dicho a La Pérouse...?

D'Harcourt

¡Es necesario prevenirlo!

Polignac

¡Aún es tiempo! Va camino de las Tullerías...

Cagliostro

(*Más tétrico.*) No. El destino no puede variarse, es inútil toda advertencia...

Breteuil

¿Por qué?

Cagliostro

Él no lo creerá. (*A Breteuil.*) Haced la prueba, marqués; id tras del capitán La Pérouse, rogadle que desista de su empresa; suplicadle que cambie siquiera de barco... ¡y se reirá de vos!

Breteuil

¡Yo iré, sin embargo!

Cagliostro

¡Ah!... ¿Ya no dudáis?...

(*Breteuil, sin responder, vase precipitadamente.*)

D'Harcourt

¡Os acompaño, marqués! (*A Cagliostro.*) Contad con mi amistad. (*Vase tras de Breteuil.*)

Cagliostro

(*Irónico.*) Gracias...

Carlota

Si conocéis el futuro, decidme, conde, si mi vida será larga o corta. Tengo curiosidad...

Cagliostro

Amáis y sois amada, marquesa; que os baste saber que vuestro amor durará tanto como vuestra vida...

La Motte

¡Eso, es no responder!

Cagliostro

Con vos seré más explícito, condesa; en mi hotel de la calle de San Claudio, estaré siempre a vuestra disposición los martes, jueves y sábados, por la tarde...

La Motte

Iré, conde... por curiosidad, como dice la marquesa de Breteuil.

(Se oye un grito de mujer y luego gemidos apagados.)

Carlota

¡Mi doncella!... Otra vez.

Cagliostro

¿Qué le pasa a vuestra doncella?

Carlota

Le dan ataques... Y llora y ríe... Es tan buena y tan fiel; no me atrevo a despedirla...

Cagliostro

Dadle dos gotas, solamente dos gotas de este cordial, y veréis cómo mejora rápidamente.

(Saca un frasquito que entrega a la Marquesa.)

Carlota

¡Oh, gracias! *(A La Motte.)* Venid, condesa; ayudadme a dar el medicamento a Ana. *(Vanse las dos por la derecha.)*

Cagliostro

(Por la Marquesa.) Es pura como un ángel; el verdugo temblará cuando corte sus cabellos...

Polignac

(Asustada.) ¿Qué decís?

Cagliostro

(*Repentinamente severo.*) ¿Comunicasteis a la reina mi consejo?

Polignac

(*Vacilando.*) Lo hice... pero... Su Majestad rechaza vuestros servicios.

Cagliostro

(*Siniestro.*) Peor será para María Antonieta... La sima se abre bajo sus pies ¡y persiste en no verla! ¡Ciega, ciega!...

Polignac

Le he hablado de vuestra ciencia prodigiosa, de vuestro elíxir que rejuvenece y alarga la vida, de que leéis en el libro del porvenir y en los pliegues del corazón humano; le he rogado que os reciba un momento para escuchar, de vuestra boca, ciertas revelaciones necesarias a la salud del reino y a la propia seguridad de sus monarcas...

Cagliostro

¿Y...?

Polignac

Se ha reído de...mi loca petición.

Cagliostro

¿Y cuando le dijisteis que su desmedido amor por las joyas le atraería la desgracia; cuando le contasteis que en la cubeta de Mesmer una falsa María Antonieta escandalizaba con sus contorsiones; cuando le hablasteis de los puños que se alzaban detrás de su coche... en este invierno sin pan...?

Polignac

No me atreví a decirle nada de eso...

Cagliostro

Entonces el destino se cumple, condesa... Vos contribuiréis, más que ninguna otra, a la ruina de la reina; el pueblo, que os aborrece y que os culpa de los despilfarros de la "Austriaca"...

Polignac

(*Con altivez.*) ¡Basta, conde! ¿Olvidáis a quién estáis hablando?

Cagliostro

A la condesa de Polignac, la favorita... Pero vos, más afortunada, os salvaréis, huyendo a tiempo... Ella no; ella quedará a merced de las turbas, hundida en olas de sangre...

Polignac

(*Aterrada.*) ¡Dios mío! ¡No!

Cagliostro

(*Dulcificando el gesto.*) Permitid, condesa, que mis manos toquen vuestra frente; el fluido que de ellas emana os hará mucho bien... Permitid... Permitid...

(*Le pasa las manos por la frente, dándole pases magnéticos.*)

Polignac

(*Con débil resistencia.*) No quiero... no... no...

Cagliostro

Cerrad los ojos... cerrad los ojos... (*Imperativo.*) Y ahora ¡ved!

Polignac

¿Qué?...

Cagliostro

¡A vuestra reina!

(*Desaparece la pared del fondo y, en su lugar, aparece la plaza de Luis xv, llamada después de la Revolución. Hierve la multitud. María Antonieta se halla ante la guillotina, en la actitud conocida en la historia.*)

Polignac

¡Ella! ¡No; no es la reina!... ¿Y esa máquina extraña?...

Cagliostro

Un médico, el doctor Guillotín, acaba de inventarla... Nadie la conoce aún... Pero pronto conocerán esa máquina de muerte millares y millares de cabezas...

Polignac

(Tapándose los ojos con las manos.) ¡Qué horror! (La visión desaparece. La condesa mira a izquierda y derecha como quien despierta de un sueño.)

Cagliostro

Id ahora a contar a la reina lo que habéis visto... ¡Y no os creará!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un gabinete que es, al par, laboratorio de alquimia. Mesas con retortas y alambiques; frascos con líquidos coloreados, sillas y divanes de forma extravagante; en las paredes, tapices orientales; en el suelo, pieles de tigres y panteras. Es la hora del crepúsculo y un rayo de sol rojo se filtra por una ventana; en la chimenea, el fuego está casi apagado. Dos puertas a la izquierda y una a la derecha; la primera puerta de la izquierda conduce a una galería que lleva al exterior; la de la derecha, a las habitaciones interiores de la casa del conde de Cagliostro.

Cagliostro

(Que sale de la derecha con el Marqués de Breteuil.) Habéis recorrido todas las dependencias de la casa... Éste es mi gabinete de trabajo. *(El Marqués recorre con la vista la habitación.)* Sí; retortas, alambiques y frascos de todos tamaños... ¿Os queda alguna duda?

Breteuil

No, conde; estoy avergonzado. Os ruego...

Cagliostro

Ni una palabra, marqués; nadie sabrá, por mi boca, que os permitisteis dudar de vuestra digna y angelical esposa.

Breteuil

Pero... ¿por qué mis ojos?... ¿cómo he podido engañarme así? Yo he visto a Carlota, acompañada de una mujer desconocida, cruzar por la plaza de Vê'eandome, salir de la casa de Mesmer... Tomaron un coche de punto; yo las seguí con el corazón lleno de ira y de dolor; bajaron en esta calle, frente a vuestra casa... Cuando el antifaz se le desenganchó un instante, juraría que los ojos mismos de Carlota me miraron...

Cagliostro

Ilusión de vuestros sentidos, marqués; los celos nublan la vista.

Breteuil

Sin embargo...

Cagliostro

Permitidme que os dé un buen consejo: no contéis a la marquesa vuestra extraña visión. Es ella un espíritu delicado y sensible y, más que todo, una mujer que os ama por sobre todas las cosas... ¡Que no sepa ella nunca que empañasteis ese amor con una sospecha injusta!

Breteuil

Así lo haré.

Cagliostro

(Agita una campanilla y un criado se presenta por la primera izquierda. Es rubio claro, como de raza nórdica.) Rolf, acompaña al señor marqués. *(A Breteuil.)* Perdonadme que no os conduzca yo mismo a vuestro coche; *(cogiendo un reloj de arena que se halla a su alcance)* toda la arena de esta ampolleta ha pasado ya, y mi tiempo es precioso... *(Señala un frasco.)* Preparo un nuevo elixir...

Breteuil

Al contrario; soy yo quien os pide perdón... No sé cómo pude ofuscarme a tal grado. *(El Marqués tiende la mano a Cagliostro y vase acompañado de Rolf. Cagliostro sonríe y, tras un instante, se dirige a un diván que está el fondo; tira de una piel que lo cubre y aparece una mujer dormida sobre el diván. Se parece extraordinariamente a la Marquesa.)*

Cagliostro

(Contemplándola un momento.) ¡Si el marqués hubiese visto!... Se diría que es la misma

marquesa de Breteuil, salvo que es más oscuro el cabello y que sus ojos son negros como el terciopelo...

Lorenza

(*Abre los ojos y se incorpora.*) Giuseppe...

Cagliostro

(*Con voz dulce.*) ¿Despiertas ya, Lorenza mía?

Lorenza

No, sigo durmiendo... Pero veo bien... Siento que tu presencia amada me envuelve y acaricia...

Cagliostro

(*Acariciándola.*) ¿Me amas? ¿Me amarás siempre?

Lorenza

¡Siempre! (*Se pone de pie y habla como una sonámbula.*) ¿Hablabas con alguien? Percibí los latidos de un corazón que sufría como el mío... ¿Quién vino a verte?

Cagliostro

¿Es que tú sufres, Lorenza?

Lorenza

Sí, Giuseppe... Y tú sabes por qué... ¡Quiero volver a mi país, lleno de naranjos en flor, de manzanas de oro... de cielo azul profundo..., oír el ruido de las olas...! (*Estremeciéndose.*) Aquí, tiemblo. (*Pausa. Cagliostro va a la chimenea y remueve la lumbre.*) ¿Por qué me hiciste ir a esa casa extraña donde se confundían las risas y las lágrimas?... Me daban horror aquellos cuerpos que se retorcían a mi lado... ¡Cuánta gente! Decían unos: la marquesa de Breteuil está sin su marido...; la nobleza ha perdido hasta el pudor... Otros decían: ¡mirad las contorsiones de la reina!

Cagliostro

¡Te juro que no volverás más a casa de Mesmer! (*El fuego de la chimenea se ha avivado.*) Y ahora ya no sentirás frío, ¿verdad?

Lorenza

(Pegándose a los hombros de Cagliostro.) Aún lo siento..., pero a tu lado, no.

Cagliostro

¿Quieres entonces que te despierte?

Lorenza

Pero, despierta, te odiaré... Lo sabes, Giuseppe... *(Estremeciéndose.)* ¡Cómo te odio cuando no duermo!... ¿Por qué?

(Se oyen pasos lentos acompañados de golpes de bastón. Cagliostro empuja a Lorenza al diván.)

Cagliostro

¡Vuelve al diván, Lorenza! Y duerme... duerme... *(La cubre de nuevo con la mitad del cuerpo. Entra un anciano de aspecto extravagante y burlón. Un birrete puntiagudo le toca la cabeza de la que penden mechones de cabello blanco. Se apoya en un cayado y trae un vaso en la mano diestra. Murmura frases sin sentido.)* ¿Qué quiere, Alhotas?

Alhotas

¡Ah! ¡Ah! ¿Me has quitado a Achmed? Pero aún puedo valerme yo solo..., mis miembros responden... *(Mostrando el vaso.)* No es todavía el elixir buscado... ¡Pero lo encontraré! *(Mira los frascos y redomas de la mesa.)* Son inútiles el agua y el fuego..., sin la sangre necesaria...

Cagliostro

Necesito a Achmed esta tarde; pronto te lo devolveré. ¡Vete, Alhotas!

Alhotas

(Reparando en Lorenza.) Lo que me falta está ahí... Sangre de mujer joven... No importa que sea virgen o no... Sangre para mi elixir... *(A Cagliostro.)* ¡Dámela! *(Tiende las manos hacia Lorenza.)*

Cagliostro

¡No! Una vez pediste sangre de niño, y el sacrificio del infeliz Tomaso resultó estéril... También Cellina, la ciega que cantaba en el atrio de San Marcos, cayó en tus manos de hechicero rapaz... Sus ayes me conmueven todavía... Los oigo en el silencio de la noche...

Alhotas

(*Señalando a Lorenza.*) ¡Pero esa sangre sí me servirá! La necesito...

Cagliostro

Pídeme la mía y me será más fácil dártela... ¿Pero la de ella?... Todos los filtros de la inmortalidad no valen lo que una gota de sus venas... ¡No la mires más!

Alhotas

(*Golpeando con el cayado.*) Es gracioso... El señor conde de Cagliostro prendido en las redes de un corazón cualquiera; corazón frágil de mujer... Es gracioso...

Cagliostro

¿No soy hombre, al fin y cabo?

Alhotas

(*Golpeando con más fuerza.*) ¡Ah! ¡Ah! ¿Quieres que te cuente la historia de aquel pobre mancebo que se moría de hambre en una cárcel de Jaffa? Había estafado sesenta onzas de oro a un joyero de Nápoles; había huido oculto en la bodega de un barco; había merodeado por las plazas de Oriente como un perro sin dueño... Yo pagué su rescate; yo lo recogí del arroyo; yo lo llevé, en mi compañía, por las ciudades de Grecia, Egipto, Arabia, la India... ¡Yo le enseñé mi ciencia! (*Burlón.*) Creo que se llamaba Tischio o Pellegrini... Ahora ha cambiado el nombre..., visita los grandes salones de París, se inclinan a su paso las princesas..., es un taumaturgo..., se hace llamar el Gran Copto ¡Ah! ¡Ah!

Cagliostro

(*Con ira.*) ¿Y qué? El discípulo ha superado en cien codos al maestro; ha tenido acceso a los palacios y harenes del Oriente; bajo su influjo laten mil y mil logias en el mundo; una fuerza oculta y poderosa obedece su voz de mando, y no sabe ya si es el mismo Elías o el ángel exterminador... ¡He aquí lo que el pobre mancebo de antaño sabría hacer ahora con los que se interpongan en su senda! (*Arrebata el vaso a Alhotas y lo estrella contra la pared.*)

Alhotas

(*Con golpes furiosos del cayado.*) ¡Mi vaso! ¡Has roto mi vaso! (*Riendo convulsivamente.*) Después de todo, no me servía ya... Compondré un nuevo filtro con su sangre. (*Señala a Lorenza.*) Cuando arroje esta vieja vestidura, cuando mis miembros sean ágiles de

nuevo como los músculos de la pantera, daré el salto hacia la eterna juventud... ¿Y qué serás entonces, a mi lado, oruga del poder, discípulo rebelde? ¡Nada..., menos que este añico de cristal! *(Recoge un trozo del vaso roto y lo tira al rostro de Cagliostro, que esquiva el golpe.)* ¡Ah! ¡Ah!

Lorenza

(Se levanta y grita.) ¡Asesinos!

Cagliostro

(Yendo hacia ella.) ¡Lorenza!

Lorenza

(Rechazándolo.) He despertado para oírte... ¡Te odio! ¡Te odio!... *(Señalando a Alhotas.)* ¡Dale mi sangre a ese monstruo para que mi tormento cese de una vez!

Cagliostro

(Suplicante.) Lorenza mía...

Lorenza

¿Tuya? ¡Jamás! Antes, prefiero... *(Con un puñal que hay sobre una mesa. Cagliostro se lo quita rápidamente. Le grita con imperio:)*

Cagliostro

¡Duerme, Lorenza! ¡Quiero que duermas! *(La cabeza de ella se doblega sobre el hombro de él. El puñal cae a tierra. Alhotas lo recoge y vase diciendo:)*

Alhotas

Corta bien, corta bien... ¿Cuándo tendré su sangre?

Lorenza

(Acariciando con una mano los cabellos de Cagliostro.) Giuseppe... Giuseppe... *(Se oyen los golpes del cayado de Alhotas, que se van alejando. Cagliostro coge la campanilla y la agita dos veces. Achmed, un criado árabe, que es mudo, entra y su amo le dice una frase en lengua extraña. Achmed toma en sus brazos a Lorenza, como una pluma, y se la lleva por la derecha. Cagliostro se deja caer sobre un sillón y se enjuga el rostro.)*

Rolf

(Por la izquierda.) Los que esperan, están ahí... Ésa es la frase que ellos me han dicho... Mande el señor conde.

Cagliostro

(*A media voz.*) Llévalos al sitio convenido... Diles que vean, oigan y callen. (*Pausa.*)
¿Ha llegado la dama del antifaz?

Rolf

Aguarda impaciente en el salón.

Cagliostro

Hazla entrar. (*Vase Rolf.*) Lorenza... ¡Sí! yo te llevaré a tu tierra; te libentaré de esta cárcel... Verás los huertos floridos... las olas... el cielo azul... Te llevaré, Lorenza... ¡cuando mi tarea esté terminada! (*Se levanta y su expresión cambia totalmente. Es fría y desdenosa.*)

Polignac

(*Entra, nerviosa. Cubre su rostro con un antifaz.*) ¡Me habéis hecho aguardar, conde!

Cagliostro

(*Besándole la mano.*) Y lo siento de veras... Pero, en compensación, he aquí vuestro bálsamo. (*Coge un frasquito de la mesa y lo entrega a la condesa de Polignac, quien lo toma con cierta vacilación.*) Cada gota vale más de cien libras...

Polignac

La duquesa d'Épernon tomó vuestro elíxir de larga vida; rejuveneció por unas horas de un modo sorprendente, pero, por la noche, la duquesa se encontró más vieja y decaída, ¡como si tuviese diez años más!

Cagliostro

No le dije que tomara un frasco, sino gotas. La virtud más excelsa se destruye cuando se abusa de ella... Ved, por ejemplo, este líquido incoloro, sin olor ni sabor... (*Coge otro frasquito de la mesa.*) Una sola gota basta para poner fuego en los ojos, hacerlos brillar como carbunclos. Dos gotas los cegarían para siempre... Probadlo.

Polignac

No me atrevo...

Cagliostro

Mirad, entonces. (*Con una barrita de cristal, que sumerge en el frasco, se pone una gota en cada ojo.*)

Polignac

¡Oh! Es prodigioso... Vuestros ojos abrasan... Vuestra mirada atrae, subyuga... Su luz parece un rayo celeste... ¡o fragua del infierno! (*Retrocede temerosa.*) (*Se quita el antifaz.*)

Cagliostro

Así estáis mejor; así luce más vuestra belleza. Y si pudierais quitaros el antifaz del alma... (*Con voz autoritaria.*) Condesa de Polignac, os he hecho venir, ¿y no os habéis preguntado con qué objeto?

Polignac

Sí, y temo algo desagradable. Vuestra llamada me llenó de confusiones; salí de Versalles en un coche de alquiler, sin dar siquiera aviso a la reina... ¿Por qué tanta urgencia en el recado que me enviasteis?

Cagliostro

(*Sordamente.*) Porque el destino no aguarda... ¿Habéis olvidado lo que visteis aquella noche en casa del marqués de Breteuil? Aquella cabeza blonda, salpicada de hilos de nieve, que se inclinaba sobre la báscula infame...

Polignac

(*Riendo.*) ¡Claro que sí! Una broma de mal gusto, una fantasmagoría de las vuestras... ¡Por algo sois hechicero!

Cagliostro

Entonces, ¿no habéis revelado a la reina la terrible visión?

Polignac

No.

Cagliostro

(*Con aparente indiferencia.*) Mañana habrá baile de mascarar en la Ópera; la nobleza, ávida de placeres, se divertirá... Muchas carrozas, muchos trajes de raso y seda, muchos lindos rostros..., música y perfumes en el salón... Pero en la calle, se apiñará también una multitud que aplaudirá rechinando los dientes... Mañana, otro mañana próximo, esos aplausos sonarán como campanas de muerte...

Polignac

¡Por Dios, conde! ¿Para oír esto me habéis hecho venir?

Cagliostro

(Sin variar de tono.) Circulan por ahí libelos donde se relatan historias sabrosas de la Corte; el rey y la reina, con nombres supuestos, resultan los héroes de la fábula... Se dice que María Antonieta acude a casa de Mesmer para sumergirse en las delicias voluptuosas del magnetismo, que se hace regalar joyas costosísimas por un príncipe cuyas aventuras amorosas...

Polignac

(Indignada.) ¡Falso! ¡Quien siembra tales calumnias, es un infame!

Cagliostro

¿Y quién las siembra? ¿Lo sabéis vos? ¿Lo sé yo? El anónimo es nadie y es todo el mundo... hidra de mil, de cien mil cabezas, que se agita en la sombra... ¡Ahogadla si podéis!

Rolf

(Por la izquierda.) Un caballero insiste en veros, señor conde. No ha querido decir su nombre.

Cagliostro

Que pase. *(Vase Rolf. Cagliostro, deteniendo con un gesto a la Condesa)* ¡No, condesa, vais a presenciar una escena edificante! Veréis una de las cabezas de la hidra... ¡Quedaos!

Polignac

(Agitada.) ¡No quiero!

Cagliostro

(Abriendo la segunda puerta izquierda.) Ahí, en esa habitación contigua, veréis y oiréis sin ser vista... Os he preparado un cómodo observatorio... una silla con ancho respaldo... una botella de vino Tokay... pastas y confituras... Estaréis mejor que en el teatro... ¡Entrad condesa! *(La Condesa pasa. Cagliostro cierra la puerta y vase a la primera izquierda, deteniéndose en el dintel. Aparece un caballero con antifaz.)* Os aguardaba, Monseñor... Me honráis con vuestra visita. *(Se inclina profundamente ante el caballero.)*

Brean

(*Con extrañeza.*) ¿Me aguardabais? ¿Cómo? Si no os había anunciado mi... visita.

Cagliostro

Pero yo sabía que el príncipe de Rohan honraría esta casa con su presencia. Dignaos tomar asiento, monseñor y quitaros, si lo tenéis a bien, el antifaz. Estamos solos y nadie nos estorbara... (*Cierra todas las puertas.*)

Brean

(*Que da muestras de nerviosidad.*) Conde... sois realmente un hombre desconcertante a quien nada se puede ocultar... ¡Todo lo sabéis, todo lo descubristis!...

Cagliostro

(*Inclinándose de nuevo.*) Eso decía la emperatriz María Teresa. Vos erais el embajador de Su Majestad Cristianísima cuando se concertó en Viena la boda de la archiduquesa María Antonieta con el joven delfín, hoy Luis XVI. Os anuncié esa boda con dos meses de anticipación, cuando la misma emperatriz ignoraba los propósitos del viejo rey Luis XV... Y rechazasteis mi anuncio con evidente malhumor.

Rohan

(*De mala gana.*) Recuerdo.

Cagliostro

Comidillas de palacio susurraban que el brillante y hermoso embajador miraba con ojos excesivamente tiernos a la linda archiduquesa; que aquella boda...

Rohan

¡Callad! Las comidillas de palacio son siempre malignas. (*Se levanta y se pasea con agitación.*) Conde... He venido a pedir os un favor.

Cagliostro

Mandad, príncipe. (*Se inclina con respeto.*)

Rohan

Puesto que tenéis buena memoria, recordaréis que en Viena, hace muchos años, me dijisteis una vez: "cuando os haga falta dinero, cuando un apremio urgente os acucie, recurrid a mí que os serviré con discreción y eficacia".

Cagliostro

¡Una chanza inocente, monseñor! Vos, que sois inmensamente rico, os echasteis a reír de buena gana, por no mandarme con cajas destempladas... Aún me suena en los oídos vuestra risa.

Rohan

Sin embargo, vengo a sollicitaos un préstamo; el momento que presentistéis ha llegado... Necesito, antes de que transcurran veinticuatro horas, quinientas mil libras...

Cagliostro

(Con fingido asombro.) ¡Quinientas mil libras!

Rohan

Podía vender uno de mis palacios... recurrir a los usureros... pignorar... ¡pero no! ¡no! Esa suma la necesito ahora mismo... Y nadie debe saberlo... ¡Es mi honor, es el honor de una dama el que está en juego!...

Cagliostro

(Con tono pesaroso.) Monseñor... yo no tengo esa suma que me pedís. Si me hubieseis prevenido a tiempo... Ayer mismo compré dos cuadros del Tiziano, que me costaron...

Rohan

(Interrumpiéndole.) Entonces ¿no podéis servirme? Y el nombre de ella... mi nombre... ¡Oh, Dios mío! *(Se deja caer en un sillón y se cubre el rostro con las manos.)*

Cagliostro

¿Tan caro es para vos el honor de esa dama? Nadie en Francia, como no sea un príncipe de la sangre, se halla más alto que un Rohan. Y yo no quiero suponer que esa dama sea...

Rohan

(Asustado.) ¡No la nombréis!

Cagliostro

Entonces... trataré de serviros, monseñor. Habéis hecho bien en recurrir a mí, un extranjero que sabrá callar y comprender... ¡Tendréis vuestras quinientas mil libras!

Rohan

(*Ansioso.*) ¿Cuándo?

Cagliostro

(*Coge la campanilla y la agita dos veces.*) Dentro de unos instantes. Y os las daré en oro... (*riendo*) si mi alquimia no falla... Recordad, monseñor, que, que estáis en casa del hechicero... (*Rohan lo mira sin comprender. Achmed entra. Cagliostro le habla en lengua extraña. Achmed va hacia un armario y saca dos lingotes de hierro.*) Me servirá de ayudante... No temáis, monseñor, es un beduino que sólo conoce su propia lengua... Ni aun ésa, porque su amo se la hizo cortar. Achmed es mudo desde niño... (*Toma los lingotes y los muestra al cardenal.*) Hierro, metal grosero, pero digno de mejores destinos: los hombres lo emplean para dar la muerte... Trasmutado en oro, corrompería los corazones... Pero el alma de todos los metales es la misma; simple y misteriosa a la vez: eje del universo... (*Entrega los lingotes a Achmed, quien los deposita en el hogar de la chimenea y se pone en cuclillas para avivar el fuego.*)

Rohan

(*Con altivez.*) ¿Os burláis de mí?

Cagliostro

De ninguna manera; os sirvo, monseñor. (*Coge una bata negra con bordados dorados, de una percha, y se calza unos guantes gordísimos, especies de manoplas.*) No es que me vista de brujo por pura teatralidad..., sino porque como tendré que andar entre llamas, es menester que el traje y los guantes sean de materia incombustible... (*Vierte el líquido de una redoma sobre un vaso y lo arroja al fuego de la chimenea. Sobreviene una pequeña explosión y brotan en el hogar grandes llamaradas rojas que iluminan la habitación como un antro infernal.*)

Rohan

(*Sorprendido.*) ¿Acaso pretendéis...?

Cagliostro

(*Metiendo unas varillas en la chimenea y removiendo los lingotes, ayudado por Achmed.*) Raimundo Lulio lo intentó en vano... En la Edad Media muchos murieron en la hoguera por buscar la piedra filosofal... Yo no pretendo haberla descubierto, pero he encontrado algo que se le parece... La alquimia, monseñor, es una ciencia noble... aunque pobre; andando el tiempo los sabios realizarán maravillas... el oro será cosa baladí; pedazos de sol se cuajarán en los hornillos... fuerzas superiores al rayo moverán las ruedas del mundo... El hombre arrancará sus secretos al fondo de los océanos y surcará los aires con más rapidez que las águilas... El viaje de Cyrano de Berguerac a la Luna será un entretenimiento de niños... (*Rechazando s*

curioso a la chimenea.) Os ruego que os sentéis, monseñor, y que aguardéis un poco con paciencia... (Las llamas rojas se tornan en azules, después serán verdes y por ú'faltimo de un vivo amarillo de oro.)

Rohan

No puedo creerlo... Esas quinientas mil libras... *(Se sienta y apoya la frente entre las manos. Silencio. Sólo se oye el chisporroteo de las llamas. Cagliostro sonrío mientras trabaja. De pronto, como saliendo de la pared, suena la voz de la Condesa de la Motte.)*

Otra voz

“Os afirmo que el collar lo tiene la reina; que el príncipe de Rohan pagará las quinientas mil libras...”

Otra voz

“Pero nosotros no podemos esperar más; queremos hablar personalmente con su majestad...”
(El Príncipe se levanta sobresaltado. Y como las voces callan, vuelve a sentarse.)

Otra voz

“¿Cómo? ¿Dudáis de la palabra del príncipe? ¿No sabéis de sobra que la reina ha aceptado el regalo de monseñor? Y que el rey debe ignorarlo...”

Otra voz

“Sí, pero... si mañana a mediodía no se nos entrega el resto de la suma, nosotros reclamaremos a su majestad el precio de la joya, o la devolución del collar. Poneos en nuestro lugar, condesa...”

Rohan

(Se pone de pie y se tapa los oídos.) ¡Esas voces! *(A Cagliostro)* ¿Habéis oído esas voces?

Cagliostro

¿Qué voces monseñor?

Rohan

¡De la condesa de la Motte..., de los joyeros Boehemer y Bassenge! ¡Hablan del collar!

Cagliostro

¿Qué collar?

Rohan

(Excitado.) ¡Ella lo quería! ¡Lo deseaba ardientemente! Me lo dijo, me lo repitió cien

veces la condesa... ¡Y yo mismo se lo ofrecí... en el parque de Versalles..., me dio a besar su mano..., su boca... ¡No uno, cien mil collares le regalaría! Aquella noche...
(*Con gran exiciación a Cagliostro.*) ¡Prestadme esas quinientas mil libras!

Cagliostro

(*Que saca los lingotes y los muestra al Príncipe.*) Aquí las tenéis, monseñor... O su equivalente por lo menos.

Rohan

(*Asombrado.*) ¡Oro! ¡Oro!

Cagliostro

¡No lo toquéis, que vuestros dedos se volatizarían! Hay que enfriarlo, primero....
(*Sumerge los lingotes en un cubo de agua. Salta una gran humareda.*)

Rohan

¡Sois un taumaturgo! ¡O sois el demonio mismo!

Cagliostro

(*Riendo.*) Pues como el demonio siempre exige factura, firmad, monseñor... (*Le presenta papel y una pluma. El Príncipe firma precipitadamente.*) No creáis que habéis vendido vuestra alma... Es sólo un préstamo.

Rohan

¡Que os devolveré dentro de ocho días!

Cagliostro

El tiempo justo para que esos lingotes de hierro conserven su apariencia de oro...
(*Saca los lingotes y los envuelve en un paño.*) Después volverán a oscurecerse, recobrarán su vida de metal grosero... Achmed los llevará a vuestro coche...

Rohan

(*Estrechándole la mano.*) ¡Gracias, conde; me habéis salvado!

Cagliostro

(*Aparte.*) Os he repetido... (*A Rohan.*) Espera; quiero daros un buen consejo: no os fieis de la condesa de la Motte; desconfiad también de las apariencias; en la oscuridad de la noche, una mujer puede parecer otra mujer...

Rohan

¿Qué queréis decir?

Cagliostro

(Gravemente.) ¡Que el honor de una reina es capaz de salvar o de perder una monarquía, monseñor!

Rohan

(Friamente.) No os entiendo, conde... Dentro de ocho días os traeré vuestros lingotes. *(Cuando abre la puerta para marcharse, seguido de Achmed, Cagliostro le grita alegremente.)*

Cagliostro

¡Vuestro antifaz, príncipe! Un Rohan no debe salir de casa del nigromante sin ocultar su rostro... *(Le da el antifaz que Rohan había dejado olvidado sobre una silla.)*

Polignac

(Abre violentamente la puerta.) ¡Todo lo he visto! ¡Todo lo he oído!

Cagliostro

¡Ah! Me había olvidado de vos, condesa... Perdonad. *(Se quita la bata y los guantes.)*

Polignac

¿Es posible que un Rohan ofenda así a su reina? ¡Y esa condesa de la Motte, esa falsa Valois, esa intrigante que ha urdido una trama tan negra! ¡Así paga las limosnas generosas de su majestad!

Cagliostro

(Con aparente indiferencia.) ¿Y qué asunto es ése del collar?

Polignac

Un collar de diamantes bellísimo, de gran precio, que los joyeros Boehemer y Bassenge mostraron a la reina; el rey quiso comprarlo para que la soberana más bella de Europa lo luciera en el cuello sin par; y ella, lejos de aceptar el regalo, quiso que el rey empleara el valor del obsequio en construir un barco, un navío de alto bordo, para la expedición de La Pérouse... ¡Un rasgo digno de su noble corazón y de su amor por las glorias de la Francia! *(Con agitación.)* ¡Corro a Versalles a prevenir a su majestad!

Cagliostro

Pero el príncipe de Rohan afirma que la reina le ha recibido, por la noche, en el bosque de Versalles; que le dio a besar su mano, que aceptó el regalo del collar...

Polignac

¡Miente el príncipe de Rohan!

Cagliostro

O le engaña, condesa... Vos habréis oído contar...

Polignac

(Interrumpiéndole.) ¡Sí! ¿Qué mano misteriosa, qué araña infernal teje sus hilos en torno de la infortunada soberana? Hay algo incomprensible, extraño en todo lo que ocurre... ¡Una imagen de la reina que pasea por París y que marcha, ante los ojos del pueblo, el tálamo real!... *(Con decisión rotunda.)* ¡Vos debéis venir a Versalles, conde; es preciso que la reina os reciba, que oiga vuestras sabias advertencias!

Cagliostro

¡Ah!...

Polignac

La reina os recibirá. Y gracias, conde; gracias en nombre de ella... ¡Vos me habéis dado la oportunidad de salvar su reputación! *(Inicia el mutis. Cuando llega a la puerta, Cagliostro le dice, entregándole el antifaz que ha olvidado de ponerse de nuevo:)*

Cagliostro

Vuestro antifaz, condesa... *(Ella lo toma y se va precipitadamente. Cagliostro se acerca a la pared del fondo, oprime un botón y un tablero se descorre dejando ver una especie de cámara secreta iluminada por una brillante lámpara. Tres personas con hopalandas rojas, con antifaz y con los capuchones bajados hasta la mitad de la frente, aparecen sentados en sendas silla, como un tribunal que escucha.)* ¡Salid ya de vuestro observatorio! *(Los tres encapuchados salen del escondite sin pronunciar palabra. Cagliostro entrega al de en medio el recibo firmado por el Príncipe)* Y ahora, pedidme cuentas del millón que me entregó el Consejo... ¿Os quejáis de mis gastos? ¿Los encontráis exorbitantes? ¡Habéis visto ya en qué empleo el dinero de las logias! Y necesito más, más, más...

Encapuchado 1.º

¡Insensato!

Encapucha 2.º

¡Soberbio!

Encapuchado 3.º

¡Loco!

Cagliostro

(Con arrogancia.) ¿Y qué? Habéis oído todo cuanto os tenía que decir... ¡Idos! *(Les señala la puerta. Los encapuchados no se mueven; sólo el primero de ellos agita la mano bajo la capa.)* ¡Dispara, Swedruborg, pues que aprietas, bajo la capa, el gatillo de la pistola. Pero cuida de apuntar bien al corazón, para que la bala no destroce el símbolo que llevo aquí en el pecho!... ¡Este! *(De espaldas al proscenio, Cagliostro rasca su ropilla y muestra el pecho desnudo a los encapuchados, que exhalan un grito de asombro.)*

Encapuchado 1.º, Encapuchado 2.º y Encapuchado 3.º

(Con una sola voz.) ¡El Gran Copto!

(Se quitan rápidamente los capuchones y se inclinan con temor ante Cagliostro, que los mira con altivez y desprecio.)

TELÓN

ACTO TERCERO

Salón en el palacio de Cagliostro. Al fondo, un gran ventanal que deja ver el paisaje urbano parisiense de la época; a la izquierda, puerta que conduce a una gran escalinata, salida principal del palacio; a la derecha, dos puertas. Muebles suntuosos; es de día.

Rolf

(Entrando por la derecha, al marqués de Breteuil, que se pasea nerviosamente por la estancia.) El señor conde no puede recibirnos; está preparando su viaje.

Breteuil

¿Cómo?

Rolf

Parte dentro de dos horas. Pero el señor conde me ha dicho que os trasmita estas palabras: “La marquesa no comprende la actitud de un esposo a quien ama con el amor más tierno; la marquesa ha ido a calmar su aflicción a casa de sus padres”.

Breteuil

¡A casa de los duques de Brissac!... ¡Carlota mía! *(Vase precipitadamente por la izquierda, sin reparar en la Condesa de Polignac que casi tropieza con él en la puerta.)*

Polignac

(*Sorprendida.*) ¿Adónde va el marqués de Breteuil?

Rolf

Lo ignoro, señora condesa. (*Vase.*)

Cagliostro

(*Por la derecha.*) Tras de una luz engañosa; los celos le ciegan...

Polignac

¿Es posible?

Cagliostro

Todo es posible, señora. Vivimos en un mundo en que la verdad parece mentira y la mentira parece verdad... Vos acabáis de verlo en el asunto del collar.

Polignac

Cierto. El honor de la reina inocente ha quedado en entredicho; la duda flota, la duda injusta y ofensiva. Ese proceso ha removido al país entero. ¿Dónde está la mentira? ¿Dónde está la verdad?

Cagliostro

En todas partes y en ninguna.

Polignac

¿Pero es que hay un alma honrada que crea capaz a la reina de ser cómplice de esa endemoniada y criminal condesa de la Motte? ¿Serpiente, serpiente! Acusar a la reina, acusar al príncipe de Rohan, acusaros a vos... ¡Y hay lenguas infames que propalan la culpabilidad de la reina!

Cagliostro

Y la inocencia absoluta del príncipe, a quien consideran una víctima de las liviandades de María Antonieta... Yo mismo he sido ovacionado por el público cuando salí de mi prisión de la Bastilla, absuelto por el parlamento.

Polignac

Eso era justo, conde; las acusaciones absurdas de la falsería provocaron la risa del parlamento. ¿Vos revolucionario? ¿Vos, fraguando en la sombra la ruina de la monarquía? ¿Urdiendo diabólicamente ese escándalo del collar robado, para enlodar a la reina? ¡Qué estupidez! La pena infamante a que ha sido condenada esa Juana de la Motte resulta suave comparada con su crimen.

Cagliostro

Azotes, en el patio de la prisión, y la marca, en la espalda, de un hierro al rojo vivo, por mano del verdugo, ante mil y mil espectadores... ¿Os parece poco?

Polignac

¡Más, más merece esa mujer! Su delito es tan odioso que no merece piedad alguna.
¡Detesto a esa víbora!

Cagliostro

Yo, condesa, condeno el crimen, pero compadezco al delincuente...

Polignac

¡Yo no!

Cagliostro

¿Y sabéis que, no obstante haber sido absuelto por el parlamento, el rey me condena a la expulsión inmediata del país, so pena de muerte?

Polignac

(*Con asombro.*) ¿Qué decís?

Cagliostro

¿No habéis visto en la calle un coche de la policía real, y, apostados en la casa, seis agentes que guardan la puerta para que yo no pueda eludir la orden tajante de Su Majestad?

Polignac

Me dejáis anonadada... El rey...

Cagliostro

La reina, condesa; estoy seguro de que esa orden ha emanado de ella... ¿Y es éste el agradecimiento de que vos me hablabais en las cartas que me dirigisteis a la Bastilla? ¿Y son éstas las pruebas de la consideración que por mí siente la soberana de Francia?

Polignac

Pero si, ayer mismo, Su Majestad me habló de vos en términos laudatorios; os consideraba una víctima de las intrigas de Juana... ¡Ayer mismo! (*Con una idea repentina.*) Esperad... La camarera mayor de Su Majestad debe saberlo todo... Ha venido de Versalles... Vive en esta misma calle... ¡Corro a verla!

Cagliostro

Obrad como gustéis, condesa.

(Vase la Polignac por la izquierda. Por la derecha entra Alhotas, con el rostro alegre.)

Alhotas

¿Eh? ¿Eh? Voy a tener mi filtro, mi elíxir... ¿Quién dice que hay que partir? ¿Por qué este movimiento inusitado? La servidumbre corre; me atropella; me estorba... ¿Orden de expulsión? ¿Por qué? ¿Para quién? *(Golpea con el cayado.)*

Cagliostro

Para mí, Alhotas. Tú puedes quedarte. Te regalo esta casa... Y el laboratorio que tanto te alucina... Haz tu filtro.

Alhotas

Y ella, ¿parte también? ¿Eh? ¿Eh?

Cagliostro

(Sombriamente.) Quizás... No lo sé... Se lo he rogado en vano...

Lorenza

(Por la derecha.) ¡No partiré contigo, Cagliostro! Me quedaré aquí, o en otra parte, donde tu presencia aborrecida no me busque más.

Cagliostro

(Con dulzura.) Haz lo que quieras... Sin embargo, alguien me ha dicho que en torno a la Bastilla, cerca de los muros de mi prisión, rondaba una mujer joven y bella; que, entre el público, cuando se celebró la vista de mi causa, esa misma mujer aguardaba, anhelante, el fallo del tribunal; que la oyeron lanzar un grito de gozo cuando la sentencia absolutoria fue pronunciada... Tú no eras esa mujer, Lorenza, ¡Tú, no! *(Lorenza permanece muda. Cagliostro, acercándose a ella, le dice con acento triste:)* ¿Tanto me odias?

Alhotas

¿Eh? ¿Eh? Odio... Amor... ¿Cuál es la diferencia? *(Se sienta.)* La fórmula para mi elíxir está completa *(Riendo.)* y ya encontré lo que buscaba... *(Mirando a Lorenza, que sigue muda y desdenosa.)* ¡Vete con él! No necesito de tu sangre... Me estorbas... Me estorban todos... ¡Idos de una vez! *(Golpea impaciente con el cayado.)*

Cagliostro

(A Lorenza.) No insisto más. ¿Querías volver a Nápoles, a la quinta llena de rosas y alhelíos, frente al golfo azul? ¿Huir de mí para siempre? Pues tus deseos serán realizados... Partirás hoy mismo; Rolf te conducirá... Harás el viaje por etapas, en mi carroza de ébano, con las máximas comodidades posibles... Todo lo tengo estudiado y previsto... Anoche tracé la ruta... Anoche... *(Con un suspiro.)* ¡Te devuelvo tu libertad!

Lorenza

(Mira un instante a Cagliostro. Parece que va a tenderle las manos; pero vuelve la espalda y se encamina lentamente a la puerta de la derecha, seguida por la mirada de Cagliostro. Cuando llega al dintel, dice con voz trémula:) Gracias... *(Vase.)*

Alhotas

(Riéndose sardónicamente.) ¿Sufres? El grande, el fuerte, el poderoso... ¿Eh? ¿Eh? La carne es débil... ¡Arroja tu corazón a los perros! El mío lo devoraron ya, y he quedado limpio de mordeduras por los siglos de los siglos...

Cagliostro

(Paseándose agitado.) En la prisión, oí las voces interiores de algo que dormía en mí... Sombras del pasado y fantasmas del futuro vinieron a visitarme... En ronda trágica... He visto un carro que se despeñaba, empujado por mi mano... Caía en un abismo sangriento y saltaba de nuevo corriendo ante mis ojos hasta perderse en la noche... Fuera de mi alcance... ¡Nadie podía detenerlo!

Alhotas

¿Eh? ¿Eh? *(Golpea.)*

Cagliostro

Casi sentí deseos de que el carro, retrocediendo, me aplastara a mí... ¡A mí, su conductor, su guía, para abreviar el golpe de agua que cae en mi clepsidra!

Alhotas

Has dudado... Has dudado...

Cagliostro

He dudado, sí... ¿Es que estoy arando en el desierto? ¿A qué conducirá mi empeño inútil? El destino de los hombres no cambiará porque la sangre lave lo imborrable... Sobre los huesos de las víctimas se erigirán pirámides y pirámides de nuevos huesos... ¿Y para qué?

Alhotas

¡No sabes nada!

Cagliostro

(Se sienta y se coge la cabeza con las manos.) ¡Nada!... *(Irguiendo la frente, con voz amarga.)* Pero sí sé cuál será mi fin material... Conozco lo ineludible, lo que se acerca a grandes pasos... Y ése es mi castigo: ¡conocer!

Lorenza

(Por la derecha.) ¿Conocer, qué?

Cagliostro

(Recobrando la posesión de sus nervios.) ¿Escuchabas, Lorenza?

Lorenza

(Yendo hacia él.) Escuchaba... Porque ya no sé ahora si odiarte o comparecerte... Anoche te oí llorar...

Cagliostro

(Con soberbia.) ¿Yo?

Lorenza

(Dulcemente.) Tú...

Alhotas

¿Eh? ¿Eh? El Gran Copto no ha podido matar a Tischio ni a Pellegrine..., huir de su sombra... Hay que arrojar el corazón a los perros, a los tigres, a las hienas... ¡A tiempo arrojé el mío! *(A Lorenza, con burla.)* No me sirve tu sangre para componer mi filtro... ¿Eh? ¿Eh? *(Se va, volviendo la cabeza de cuando en cuando, y golpeando el suelo con el cayado.)*

Lorenza

(Suplicante.) Revélame tu destino..., quiero conocerlo..., tú has dicho que lo sabes.

Cagliostro

¿Para qué?

Lorenza

¡Quiero conocerlo!

Cagliostro

Duerme, entonces, Lorenza... Duerme...

Lorenza

Dormida, no; despierta...

(Tras del ventanal desaparece el paisaje urbano parisiense y va dibujándose, primero borrosamente y después claramente visible, una prisión estrecha, una mazmorra tenebrosa. Sobre un jergón de paja está tendido un hombre cubierto de harapos. Una barba hirsuta le cae hasta el pecho. Las ratas merodean en torno del jergón. Entra el carcelero y deposita una hogaza de pan y un cántaro de agua sobre un banco de madera. Después hace señas de que se acerque a una mujer, cubierta con un velo negro, que se ha detenido en el dintel de la puerta. La mujer se aproxima al mísero y dice con voz triste: "Giusseppe..."; el hombre se incorpora y grita: "¡Lorenza!", alza los brazos y torna a caer sobre el jergón. La visión se disipa rápidamente y la luz vuelve.)

Lorenza

(*Con espanto.*) ¡No!

Cagliostro

¡Sí! Un calabozo subterráneo, una mazmorra infecta del castillo de Sant-Angelo... en Roma bajo el nivel del Tíber... ¡La tumba de Cagliostro!

Lorenza

(*Se cubre el rostro con las manos.*) ¡No! ¡No!

Cagliostro

Tú, que me odias... ¿no querías conocer mi destino? (*Pone la mano sobre la cabeza de ella, que retrocede lentamente y, al llegar a la puerta, se descubre el rostro y dice:*)

Lorenza

¡Partiré contigo! (*Vase.*)

Cagliostro

¡Lorenza!

D'Harcourt

(*Por la derecha.*) ¿Habláis a solas, Conde?

Cagliostro

(*Reponiéndose. Con su habitual tranquilidad.*) ¿Venís a cercioraos de si he partido ya, barón?

D'Harcourt

(*Tendiéndole la mano.*) Vengo a probaros mi amistad... y también a que se borre de mis ojos el horrendo espectáculo que acabo de presenciar... ¡He visto azotar y marcar a la condesa de la Motte! (*Atropelladamente.*) Estaba entre los espectadores... en el patio de la cárcel... Vi cómo el verdugo se apoderaba de la reo desnudándola brutalmente... Los ayudantes, a brazo partido con ella, tratando de sujetarla por los brazos y por las piernas... Vi el hierro, enrojecido como un ascua, hundirse sobre el pecho...

Cagliostro

¿Sobre el pecho?...

D'Harcourt

Sobre el pecho, sí, porque ella se lo presentó al verdugo rugiendo como una leona... ¡Aquel aullido final que no tenía nada de lamento humano! ¡Aquel hedor de la carne quemada que se expandió por el aire!... ¡Cerca de mí, rodó desmayado un hombrachón que, pocos momentos antes, silbaba y hacía muecas a la víctima!

Cagliostro

(Vierte agua en una copa y agrega unas gotas de un frasquito que saca del bolsillo.)
Bebed esto, barón. Os aliviará.

D'Harcourt

(Con manos temblorosas, coge el baso y bebe.) Es maravilloso... Ya estoy perfectamente tranquilo... ¡Hasta sonríó! ¿Qué me habéis dado, conde? Ya no me importa nada que esa mujer sea culpable o no...

Cagliostro

(Sordamente.) Es culpable... a medias. Decías que viniste a probarme vuestra amistad...

D'Harcourt

Sí, conde... Una denuncia anónima ha llegado a manos del rey; vino del extranjero; al parecer de Prusia... Me lo ha contado el duque de Crillon que estaba presente. El rey se puso espantosamente pálido al leerla... Hizo llamar a la reina... Os acusan de atentan contra la seguridad del Estado, de ser el autor del nefando asunto del collar; de haber perdido al príncipe de Rohan; de preparar una revolución en donde rodará la monarquía francesa y, luego, todas las de Europa...

Cagliostro

(Aparte.) Se han atrevido... ¡Ay de ellos!

D'Harcourt

Claro que si esa denuncia hubiese llegado veinticuatro horas antes, el parlamento no os hubiese absuelto con tanta facilidad... Parece que la documentación es copiosa y hábil... ¡Pero anónima!

Cagliostro

(Encogiéndose de hombros.) Es decir, sin valor alguno. ¿Habéis dado crédito a esa calumnia?

D'Harcourt

(Con arrogancia.) Si la creyera, en vez de estrechar vuestra mano os hundiría mi espada en el corazón.

Cagliostro

¡Bien dicho, barón! Sólo que el rey me juzga culpable, pues que me expulsa del reino.

D'Harcourt

No culpable precisamente, sino peligroso... La reina no quiso que la denuncia fuese trasladada a los tribunales... Temió un nuevo escándalo... Simplemente, pidió que se os alejase del país... por precaución.

Cagliostro

(Riendo irónicamente.) Por precaución... Reina prudente...

Polignac

(Por la derecha. Jadeante.) He hablado con la camarera mayor... *(Reparando en D'Harcourt.)* ¡Ah, barón, vos no sabéis...

Cagliostro

Acaba de contarme todo lo que vos sin duda venís a decirme, condesa; los motivos de mi expulsión...

Polignac

¿Y no os estremecéis de coraje?

Cagliostro

¿Yo? Me cruzo de brazos...

Polignac

Esa calumnia no debe quedar impune; hay que destruirla, pulverizarla... Hablaré con la reina; hablaré con el rey...

Cagliostro

¡Y perderéis vuestro crédito en la Corte, condesa! Abogar por el caído, por el sospechoso de atender contra la seguridad real, es muy mala causa; es casi declararse solidaria, cómplice del delincuente...

Polignac

(Asustada.) ¿Vos lo juzgáis así?

D'Harcourt

Y el conde quizás tenga razón...

Cagliostro

Yo os aconsejaría que, en vez de pedir mi... perdón, pidiérais que se entregara mi cabeza al verdugo; negaría haber tenido nunca mi amistad con el réprobo, haber puesto siquiera los pies en esta casa... ¿Os vieron entrar los agentes apostados en la puerta?

Polignac

No... Pero vi el coche de la policía, en la esquina..., el que os aguarda a vos.

Cagliostro

¿Y dónde habéis dejado el vuestro?

Polignac

En la otra calle. Por cierto... *(Mira sobresaltada por el ventanal.)*

Cagliostro

No debéis perder un solo instante... Idos, condesa, antes que el aire de esta casa os contamine. ¡Volved a Versalles! *(Deteniendo a la Polignac que se dirige hacia la puerta de la izquierda.)* ¡Por ahí, no! Los agentes pueden veros... *(Señalando a la derecha, con acento burlón.)* Por la escalera de servicio... Rolf os indicará la salida... *(La Condesa, haciendo una señal de despedida, huye precipitadamente por la derecha.)*

D'Harcourt

(Interrogante.) Pero...

Cagliostro

Por precaución... Obro como la reina.

Breteuil

(Descompuesto, por la izquierda.) Ella no está en casa de los duques de Brissac; acabo de verla aquí, asomada al balcón que da a la calle de San Claudio... *(A Cagliostro.)* ¡Sois un miserable!

D'Harcourt

(Conteniéndolo.) ¡Breteuil!

Breteuil

(Temblando de ira.) Con vuestros artificios de brujo, habéis turbado su cerebro... ¡Voy a mataros! *(Saca la espada.)*

Cagliostro

(Mirándole fijamente.) Y vuestro brazo se paralizará, marqués, porque no tenéis razón; vuestras sospechas ofenden a una mujer pura y virtuosa...

Breteuil

La he visto aquí... con mis ojos.

Cagliostro

Y vuestros ojos os engañan...

Breteuil

(Pugnando por volver el brazo.) ¡Está aquí!

Cagliostro

(Se vuelve hacia la izquierda, tiende la mano como ordenando a alguien que venga.)
Voy a demostraros que estáis en un error. Vuestra esposa os perdonará, porque os ama; pero vos no os perdonaréis el haber hecho derramar lágrimas a un ángel...
(Lorenza aparece en la puerta derecha.)

Breteuil

(Con dolor.) ¡Carlota!

D'Harcourt

Ella...

Cagliostro

(Tomando a Lorenza de una mano y presentándola.) Lorenza Feliciani, condesa de Cagliostro... *(A Lorenza.)* Éstos son los excelentes amigos de que os he hablado ya: el Marqués de Breteuil y el barón D'harcourt...

Breteuil

(Asombrado.) ¿Es posible?

D'Harcourt

(Restregándose los ojos.) Increíble...

Cagliostro

La condesa ha estado muy enferma; por esa razón no había podido presentarla en sociedad... Ahora es tarde, puesto que pronto hemos de partir. La condesa es italiana...

Breteuil

(Acercándose a Lorenza.) Señora... dejadme que os vea... que os oiga hablar... ¡porque no puedo dar crédito a mis ojos!

Cagliostro

(Burlón.) Antes sí les disteis...

Lorenza

Y yo también a vos, caballero, porque estoy segura de haberos visto... Sois el mismo que me siguió en la plaza de la Bastilla, el que intentó detener mi coche en la calle del Temple, el que, saliendo yo de casa de Mesmer...

Breteuil

¡Callad, señora! Os pido mil perdones... Mas, ¿vos no sabéis...? ¿No os han dicho...?

Lorenza

¿Qué, caballero?

Cagliostro

(Riendo.) Que en distintos jardines pueden brotar rosas iguales... De igual color, de igual aroma, de igual belleza... Para vos la una, marqués; para mí la otra...

Breteuil

¡Oh, perdonadme vos también, conde!

D'Harcourt

(A Feliciani.) Sois, señora el vivo retrato de la marquesa de Breteuil. ¡Os lo juro!

Breteuil

¡Como dos gotas de agua!

Feliciani

No he visto nunca a la marquesa...

Breteuil

¡Y si ella os viera! *(A Cagliostro.)* Espero que no tomaréis en cuenta mis insultos, hijos de la desesperación. Os haréis cargo...

Cagliostro

¡Chist! ¿Y os hacéis cargo ahora, vos también, de por qué he calificado siempre de ángel a vuestra esposa?

D'Harcourt

(Que se ha aproximado al ventanal, lanza un grito.) ¡Otra vez ese hombre! ¡He de aplastarle como a un mal bicho!

Breteuil

¿A quién?

D'Harcourt

A ése que está en la calle, rodeado de una chusma insolente... Miradle ahí: ese individuo desgreñado y sucio... *(Todos se acercan y miran.)* Presenciaba el suplicio de la falsaria... Hacia circular entre la multitud especies calumniosas, frases solapadas que herían el honor de la reina...

Breteuil

(*Con ira.*) Y vos ¿qué hicisteis?

D'Harcourt

A la salida, le azoté el rostro con la vaina de mi acero. ¡No merecía el honor de una estocada!

Cagliostro

(*Con acento trágico.*) Esa satisfacción os costará la vida, varón d'Harcourt...

D'Harcourt

(*En tono de chanza.*) ¿Es que va a arrancármela ese sapo? (*Señala hacia la calle.*)

Cagliostro

Ese sapo, como vos decís, tiene un nombre, hoy desconocido, mañana célebre, tristemente célebre... Se llama Juan Pablo Marat.

Breteuil

(*Con extrañeza.*) ¿Marat?

Cagliostro

Cuando la tormenta estalle, ese hombre tendrá en sus manos el rayo; la multitud le seguirá como a un mesías negro... Sus cenizas serán después trasladadas con gran pompa al Panteón; se le rendirán honores de...

D'Harcourt

¡Jamás permitirá Su Majestad tamaño escarnio!

Cagliostro

(*Más sombrío.*) El rey no existirá entonces; no habrá ningún rey en Francia...

Breteuil

(*Con burla.*) Ni nobleza tampoco...

Cagliostro

Tampoco; porque los nobles que no vaguen por el extranjero, o estarán en la cárcel o... Habrán perdido la cabeza.

D'Harcourt

(*Irónico.*) ¿Es una profecía... de las vuestras?

Cagliostro

(*Con acento terrible.*) ¡No! ¡Es una verdad trágica! (*Todos permanecen en silencio, con visible malestar.*)

Breteuil

Me retiro... La marquesa me aguarda... (*Se inclina ante Lorenza y besa su mano.*)
Siento una profunda satisfacción en haberos conocido, señora.

D'Harcourt

(*Hace lo mismo y dice a Cagliostro, tendiéndole la mano.*) La chusma no será otra cosa más que la chusma. ¡Yo no la temo!

Breteuil

¡Ni yo!

Cagliostro

Hacéis bien...
(*Breteuil y D'Harcourt se marchan por la izquierda.*)

Lorenza

(*A Cagliostro.*) ¿Por qué dijiste...?

Cagliostro

(*Señalando a los dos amigos que se alejan.*) Porque ellos son de los buenos, de los que cumplirán hasta el último instante con su deber... ¡Morirán, en las gradas del trono, defendiendo a su rey!

Lorenza

(*Asustada.*) Partamos, Giuseppe... El aire de París me ahoga... Partamos lejos...
¡Esa visión...!

Cagliostro

Olvídala, Lorenza... La vida no vale por larga sino por intensa. ¡Vivámosla intensamente! Bebamos juntos... un sorbo de felicidad... El último...

Rolf

(*Por la derecha.*) El equipaje está en el coche, señor conde, y los agentes aguardan a que deis la señal de partida... Se impacientan.

Cagliostro

¡Que aguarden! (*Se oyen sollozos.*) ¿Qué son esos gemidos?

Rolf

El portero, que busca a su hija... No la encuentra...

Lorenza

Me sirvió de doncella durante unos días... Es una muchacha sumisa y cándida...

Cagliostro

¿Y bien?

Rolf

La hemos buscado por todos los rincones de la casa, excepto en el laboratorio...

Cagliostro

¡Ah, desdichada! ¡Alhotas está allí!

Rolf

Y Achmed también. Han cerrado la puerta.

Cagliostro

¡Abridla! ¡Derribadla a hachazos! ¡Requerid el auxilio de los agentes, si es preciso!
¡No perdáis el tiempo! Antes de que sea tarde... *(Vase Rolf, corriendo.)*

Lorenza

¡El filtro!

Cagliostro

No obtuvo tu sangre; pero buscó la de otra... *(Encogiéndose de hombros.)* Y lo peor es que inútilmente... *(Se acerca a la pared, aprieta un botón oculto, se abre un nicho especie de caja de caudales. Saca un cofrecillo y lo pone sobre la mesa. Abre el cofrecillo y muestra a Lorenza un espléndido collar de brillantes.)* Lo guardaba para ti... cuando dejaras de odiarme... Voy a ponértelo... Un collar de diamantes puros como la luz del día... digno de una reina...

Lorenza

(Sobresaltada.) ¿Qué collar es éste?

Cagliostro

¿Qué piensas? ¿Por qué lo rechazas? ¿No creerás que se trata del collar robado por la condesa de la Motte, del que perdió el príncipe de Rohan?... Aquel era inferior... Me lo regaló el rajá de Golconda, porque curé a su hija única, que se moría sin remedio... Una bella princesa... Ahora el collar es tuyo... *(Se oye una explosión y retiemblan las paredes. Lorenza lanza un pequeño grito.)* Son Rolf y los agentes que han echado abajo la puerta... Llegarán a tiempo. *(Tratando de abrochar el collar en el cuello de Lorenza.)* La

historia de este collar es muy curiosa; el artífice que lo fabricó se volvió loco al terminar su obra inigualada, y escondió el collar en una vasija de barro, que llenó después de vino de palmera...

Lorenza

(Muy alarmada.) ¿No sientes? ¿No oyes?...
(Ruido de carreras en el interior de la casa. El salón empieza a llenarse de humo.)

Cagliostro

Humo, sí... ¡Ah! Sin duda los agentes han disparado sus mosquetes sobre la cerradura de la puerta del laboratorio... Ya la muchacha estará a salvo... Te decía que este collar... Vamos, al fin cerró el broche... *(Separándose dos pasos de Lorenza.)* Mírame ahora, Lorenza... Mírame tan dulcemente como cuando tú duermes... Más... Más...

Lorenza

(Señalando con terror.) ¿No ves cómo las paredes se tornan rojas...? ¡Ese resplandor!
(Por la izquierda se ve un resplandor rojizo que irá en aumento hasta el final de la escena.)

Cagliostro

Ese loco de Alhotas... Ahora sí voy creyendo que ha hecho una de las suyas...

Rolf

(Demudado, por la derecha.) ¡Fuego, señor conde! Cuando rompimos la puerta del laboratorio, salió un mar de llamas... ¡Todo arde como la yesca!

Lorenza

¡Salgamos! ¡Salgamos de aquí!

Cagliostro

(Impasible.) Calma, Lorenza... *(A Rolf.)* Dijiste que el coche que me aguardaba...

Rolf

Con el equipaje... Sí, señor.

Cagliostro

(Ofreciendo el brazo a Lorenza.) Vamos al coche, entonces. *(Inicia el mutis por la izquierda.)*

Rolf

La escalera principal ha sido alcanzada por el fuego... Sólo está franca la escalera de servicio... *(Señala a la derecha.)*

Cagliostro

(Con soberbia.) ¡No! Los condes de Cagliostro no bajan por la escalera de servicio...

Rolf

(Señalando a la izquierda.) Por ahí no es posible...

Cagliostro

(Riendo irónicamente.) De la casa del mago sólo quedarán los escombros... *(Mirando en torno.)* ¡Rojo, rojo como la sangre que pronto lloverá a torrentes! ¡Cúmplase el destino!

Lorenza

(Repentinamente calmada.) ¡Giusseppe!

Cagliostro

(Dando el brazo a Lorenza, camina hacia la puerta izquierda. Al llegar al dintel una lengua de fuego penetra en la estancia. Lorenza intenta retroceder. Cagliostro la arrastra dulcemente.)
No temas, Lorenza... ¡Ya verás cómo las llamas se apartan para abrirnos paso!

TELÓN

Testimonio sobre Lydia Nogales

Tomado del libro

Lydia Nogales. Un suceso en la historia literaria de El Salvador,
de Juan Antonio Ayala.

I

Nogalista sentimental y apasionado nadie mejor que Manuel José Arce y Valladares puede encabezar esta antología de opiniones, dedicatorias y comentarios que se hicieron en torno a la poesía de Lydia Nogales. Manuel José fue señalado también como autor de los poemas de Lydia.

EL SITIAL DE ESTA POESÍA: LA CUMBRE LÍRICA DE AMÉRICA.

“Nuestro mundillo literario se ha visto de pronto conmovido por un hallazgo. Algo así como el descubrimiento de un continente o la sorpresiva aparición de un astro de primera magnitud. Tenemos entre las manos las muestras del oro purísimo y —como a las gentes del siglo XVI— los ojos se nos resisten a creerlo porque tanta riqueza nos parece cosa de fábula. Y han surgido dudas, entusiasmos de delirio, pesimistas encogimientos de hombros...

Y es que el hallazgo no podía ser de mayor magnificencia. Un Altísimo valor poético, tan hondo, tan límpido, tan exquisito que se hace inconcebible que durante todo el tiempo que requiere la depuración de un artista, haya podido pasar tan absolutamente ignorado. Pero tal desconocimiento, sólo por parte de los hombres era desconocimiento. Porque no lo ignoraban las alondras; porque sabían su presencia los astros asateados de interrogaciones; la inquietud cautiva de las rosas; la premura sediente de descanso de la nube; la penumbra llena de voces que se apagan y los silencios sin lágrimas que se hacen susurro en la penumbra.

Bajo el ignorado nombre de Lydia Nogales llegaron a las manos de Hugo lindo bellos versos que desde el primer momento despertaron nuestro deseo de saber quién era la autora. Luego un nuevo envío que multiplicó este deseo y nos afirmó en el convencimiento de la presencia de una insigne poeta en El Salvador. Los magníficos versos —fruto de desolada soledad— tuvieron el poder de romper el aislamiento de varios poetas y reunirlos en unánime conmoción espiritual. Pero el milagro era demasiado. ¿Eran esos versos de una mujer? Alguien fue entonces gran sembrador de dudas. ¿Lydia Nogales sería un pseudónimo? ¿Acaso sería la descubridora del olvidado manuscrito de algún poeta anónimo? Porque... se han visto casos...

Todas estas dudas desmoronáronse ante la actualidad —actualidad eterna— de la poesía de Lydia Nogales; y ante la afirmación rotunda de personas irreprochables que conocen de cerca a la joven apolónida. Pero aún así, aunque a la postre hubiera resultado cierta una ficción, para nosotros la existencia de Lydia Nogales sería siempre real —tan real como lo es ahora— porque

bajo el signo de ese nombre se ha constelado la belleza de la más pura poesía, y nos ha llegado el regalo generoso de su luz, ennobleciendo las almas, deteniéndose en un intenso clamor ante la fugacidad de la vida, ante el dolor de la espera que se prolonga en ansias, ante la inminencia del signo de partida sin regreso, mientras las horas danzan en el vórtice de la vida y la Muerte. ¿Qué importaría entonces para las almas elevadas que Lydia Nogales fuera una bella mentira, si a cambio de tan gentil engaño se ha calado hondo, asomándose a la profundidad del misterio? ¿Acaso nosotros no somos sombras también, y no son más perdurables que nosotros mismos esos maravillosos sonetos que constituyen el tríptico de “La danza de las horas”?

Pero no, la existencia real de Lydia Nogales es evidente. Como decimos, personas irreprochables, cuya seriedad está por encima de todo, han visto crecer a la niña, la han sabido dulce y delicada, amorosa de las nubes y de la música de los pájaros en el retiro huraño de una casa de campo, allá, en la ubérrima región cafetalera de Occidente. Sabían que sorbía un desmedida afición a la lectura y que para pasar el rato escribía cuentos. Pero no tuvieron ocasión de acercarse lo suficiente a ese corazón para darse cuenta de su hondura; sabían de su unción de sacerdotisa, pero aún ignoraban hasta dónde llegaba el poder de sus manos taumatúrgicas.

Mientras, Lydia Nogales, en el retiro de su laboratorio lírico, leía ávidamente, consultando en los libros y en los astros, en busca de las claves supremas, manejaba retortas y alquitaras, para depurar sus elementos preciosos y no fue sino hasta alcanzar la fórmula mágica para crear mundos y sembrar estrellas como quien planta rosales, para luego entretejer las rosas, cuando reveló su presencia de milagro. Segura de sí misma, afirmada en las hondas raíces de su dolor ante la inanidad de todo, porque su dolor es el dolor de la humanidad entera ante lo fugaz; y de ahí ese empeño de crear, de perdurar sobre lo pasajero en luminosidad de astro, en eternidad de belleza, que es eternidad de espíritu.

Y eso es Lydia Nogales. Y ha surgido de pronto, como se operan los milagros, para situarse en el sitio más alto, dominadora de las cumbres de América”(1).

(1) Publicado en el diario *La Tribuna*, domingo 13 de julio de 1947, página “Patria de las Artes”.

LA INCÓGNITA DE LYDIA NOGALES

Por Manuel José Arce y Valladares.

“Con la indiscutible autoridad de una cultura aquilatada por muchos años de estudio y el noble ejercicio de la jurisprudencia dentro de la más recta orientación, el doctor Belarmino Suárez, escribió un sesudo comentario alrededor del caso “Lydia Nogales”.

Podría decirse que la opinión del doctor Suárez sienta jurisprudencia en ese pleito suscitado sobre si Lydia Nogales tiene o no existencia real. En el caso de que no la tuviere, su apareamiento en el campo de las letras –según pretensión de una de las partes– constituiría un timo, una estafa, un “affaire”, un “canard”, una tomadura de pelo, una broma, en fin.

El asunto, como con tanta ecuanimidad lo aprecia el Dr. Suárez, no debe concretarse al aspecto secundario de la existencia real o la inexistencia de la mujer poeta que tan hondamente ha conmovido el alma salvadoreña, sino sacarse de él las conclusiones que forzosamente deben derivarse de una serena contemplación de nuestro panorama literario. Ha surgido una poesía depurada, honda, con luminosa vibración de espíritu que se ha impuesto sobre los convencionalismos de una poesía demasiado cerebral, calculadora de los efectos malabaristas de la palabra, revestidas de galas a la moda, conforme a los últimos patrones de Neruda o de Pemán –que son los polos opuestos de las tendencias interesadas–, poesía que suena a falso y

que ya reclama soplos renovadores. Ese es el verdadero sentido de EL NOGALISMO, como uno de los padrinos de Lydia Nogales –Alberto Guerra Trigueros– denominará esa tendencia que debe originarse de este curioso e inquietante acontecimiento literario.

Se trata de restablecer en su verdadero sitio a la tan traída y llevada Divinidad, a la que poco ha faltado para que se le exija la cédula de vecindad y la constancia de vialidad, así como se pretende que exhiba su “Carnet” de inscripción en este o aquel partido político.

El mundo vive momentos de intensa amargura, en esta época en que los más altos valores del espíritu se supeditan al más crudo materialismo. Bien está que la poesía no sea ajena a las profundas conmociones que arrastran a los hombres al odio y la matanza; pero debe no ser ajena, precisamente para tratar de sustraerle a la animalidad del choque violento de las pasiones desenfrenadas. El papel de la poesía es, ha sido y debe de ser siempre, la acción de la mano angélica que levanta, que sublimiza a la criatura humana, dándole al espíritu lo que es del espíritu. La musa desmelenada, trasudada, con tufo a secreciones glandulares, que respira rencor e incita a la confusión a diestro y siniestro, podrá seguir siendo musa, como la mujercita que equivocó el camino, pero será la musa caída, como el ángel que se quebró las alas y fue precipitado en las tinieblas.

Lydia Nogales, corpórea o incorpórea, ha traído la serenidad de su angustia luminosa. Su poesía auténtica, estructurada en eternidad. ¿Ha sido una estrella fugaz en el cielo de nuestra literatura? No importa. Ha sido un momento perdurable en la relatividad del tiempo; ¿Volverá a aparecer con nuevos dones, en persona o en espectro? Si así fuera, sería la presencia de un espectro radiante. Si en presencia de carne y hueso, aportaría la comprobación de su personalidad material. Tendría ello el interés de satisfacer curiosidades. Pero por de pronto Lydia Nogales ha dado lo mejor, porque se ha dado en alma, que es la verdadera personalidad.

Está bien que a los descontentadizos les inquiete la incógnita de la materia corpórea, Por algo se está viviendo en este mundo y en una época materialista. Cada cual es hijo de su siglo. El amigo Sancho tan codicioso de los perniles, tan dado a acariciar la bota, mal podría interesarse en las elucubraciones de su señor. Para Don Quijote, en cambio, ¡qué de inquietudes nobilísimas y de aspiraciones tan altas ante el requerimiento de Urganda la Desconocida...! Dejemos que el mofletudo escudero ande desalado en busca de las narices que escondían el rostro de Tomé Celia, el barbero.

Para nosotros la personalidad de Lydia Nogales es una de las personalidades, si no la más, una de las más definidas en nuestro tiempo. Personalidad tan innegable y rotundamente recia como la de Salarrué, la de Winston Churchill o la del Ingenioso Hidalgo manchego.

Si Lydia Nogales es un ser de carne y hueso, una muchacha de sueños y ensueños, que vive realmente en este o aquel departamento del país, o en cualquier parte del planeta, con ese o con otro nombre; o si por el contrario es un ser inmaterial, creado por la mente de un poeta como concreción de sus altos ideales, de todas maneras en un ser que existe, una entidad tan íntegra, tan perfecta y tan sagrada, que es digna de nuestro mayor respeto. En este caso, Lydia Nogales tendría una personalidad independiente de su creador. Lydia Nogales poseería un criterio propio, una manera de sentir, de reaccionar ante las cosas, exclusivamente suyos.

Lydia Nogales sería entonces lo que en jerga ocultista llaman una forma mental. Una creación de la mente del hombre, alimentada y estructurada definitivamente por el pensamiento de una inmensa cantidad de seres humanos que sienten con ella, que piensan con ella, que sufren, lloran y se extasían con ella, porque han llegado a comprenderla de tal manera, que en esa forma natural se han centralizado tantas energías, que todas esas fuerzas conjuntas cristalizaron en amor –función creadora– y ya esa criatura angélica, concreción de todo lo puro, lo armonioso y bello, tiene vida propia: VIDA en el más hondo sentido de la palabra. Vida, en permanencia.

Como muy acertadamente observa el doctor Suárez, en ninguna ocasión como esta suenan tan mal esos términos manoseados de “canard”, “infundio”, “tomadura de pelo”. ¡Qué va! No se trata de duendes que asustan, de dondieguitos malévolos. Se trata de todos modos

del más exquisito regalo espiritual. Del más generoso y santo de los desprendimientos. De la ofrenda de un dolor, de una inquietud, de una aspiración de altura.

Y en la figura etérea, líricamente nebulosa, de Lydia Nogales se ha polarizado el amor de todo un pueblo. La blancura luminosa de su clámide es la bandera de redención de nuestras letras. ¿Por qué, pues, ese afán de asir al arcángel por las alas para palparlas y arrancarles las plumas?

La incógnita de Lydia Nogales, tan prolongada, tiene una explicación en el mismo alboroto que se ha suscitado en torno a su poesía y al misterio de su personalidad. Se siente en cada uno de sus conceptos de esta musa, en la levedad de luz de su palabra, la presencia de un ser alejado de todo ruido. Se manifestó de puntillas, en ingravideces de tanteo epistolar; y ha visto el resultado: conmovido fervor, de una parte; pero de la otra, maliciosas y hasta irreverentes actitudes. Y ha comprendido la condición humana. Quizá por eso no ha querido romper el encanto, manifestándose de cuerpo entero. Ella, toda timidez, forjada en la soledad y en el ensueño, preferirá, seguramente, mantenerse en la condición inmaterial de musa, para no verse ajada y llevada y traída, por la impertinencia de la incredulidad subrayada de escarnios.

Quiso llegar hasta nosotros, darse a conocer; pero se alborotó el vocerío en rededor de sus alas y entonces retrajo el vuelo y se volvió a su soledad de montaña, a su aislamiento estelar, para sólo entregarse a las almas elevadas en inmateriales besos de luz.

Hay cosas, amigo Sancho, que tú no alcanzas. Preocúpate de que tus alforjas estén bien provistas, ya que eres goloso y necesitas rellenar la andorga. Cuida de Teresa Panza, tu mujer, y de tus hijos, que bien han menester de tus cuidados. No te empeñes en romper con tus gordas y pecatrices manos la maravilla de este encantamiento". (1)

(1) Publicado en el diario *La Tribuna*, página editorial, viernes 1° de agosto de 1947.

LYDIA NOGALES O LA GESTACIÓN SILENCIOSA (Selección)

Por Quino Caso

"El caso de "Lydia Nogales" –como otros muchos que llevo observados– es digno como que para que un hombre de estudio le dedicara su atención y desentrañara de él fecundas conclusiones. Este estudio determinaría, entre otras cosas, la cantidad de pasión que nosotros ponemos al servicio de una idea, de una causa, de un hecho o de una emoción...

...Digo esto, porque el caso "Lydia Nogales" está a punto de degenerar en una especie de "histerismo intelectual" entre nosotros. En este caso especial –que yo considero un inocente entretenimiento de dos o tres hombres de letras– a mí no me interesa la parte humorística que encierra, sino el aspecto dramático de la anécdota. Porque si Lydia Nogales es una realidad corpórea, material, en el enorme silencio que ha guardado, en la silenciosa gestación porque ha pasado para llegar a la depuración literaria, hay un drama digno de estudio; y si Lydia Nogales es una ficción, es sólo una imagen ilusoria a la cual han dado vida pasajera, los dos o tres hombres de letras de cuento, también en este caso hay un fondo dramático digno de estudiar. Voy a explicarme.

Supongamos que Lydia Nogales es una realidad y que la crónica de Hugo Lindo obedece a esa realidad. Supongamos que ese "maravilloso tesoro lírico", que ese "vigoroso árbol lírico", y otros tantos calificativos de ese jaez no constituyen una auto-alabanza y que Lydia Nogales existe de carne y hueso, como cualquiera criatura mortal; ¿Qué razones ha tenido esta criatura,

“esta luz”, como la llama Hugo, para vivir en callada gestación, perdida allá en los cafetales del volcán de Santa Ana? ¿Cómo ha podido resistir a la curiosidad de verse en letras de molde, admirada y hasta amada por el público? ¿Cómo fue posible lograr ese equilibrio, para salir a la luz en el momento oportuno, como del capuz sale la mariposa radiante?

Porque todos aquellos que hemos producido algo, sabemos cuán difícil es sobreponerse a la tentación de probar suerte, y enviar las cuartillas al periódico o a la revista para ver si las publican. ¡Y qué gozo más puro, tan único, ese de verse por primera vez en letras de imprenta...! ¿Cómo y por qué, pues, esta criatura pudo resistir y dominar esa tentación? Más que un equilibrio mental, más que una ponderada actitud, hay que suponer la existencia de una extraordinaria timidez y en esa timidez yo entreveo la parte dramática del asunto, porque ella involucra una ignorada censura y delata un pecado capital de nuestros intelectuales. Esa timidez querría decir que esta criatura no publicaba sus producciones, por “temor” a la crítica y que se avino a enviarlas a un periódico, cuando se sintió a salvo de la crítica. Ese silencio, en consecuencia, sólo refleja un complejo formado en los intelectuales jóvenes por la tradición sentada por nuestra crítica, que es despiadada con los que se inician y tolerante en demasía para con los consagrados.

Pero supongamos que Lydia Nogales es una ficción; que dos o tres poetas conciertan una broma y se deciden a crear un personaje. Santo y bueno. Lydia Nogales surge a la vida y la crítica unánime la colma de elogios, hasta ponerla en el pináculo de las letras, en el milagro de un día. Y ahora se invierte la parte dramática: los escritores y poetas que ahora saludan con trompetas triunfales el advenimiento de esta ilusoria poetisa, ¿habrían gastado el mismo calor, el mismo entusiasmo, si Lydia Nogales no hubiera sido una ficción? ¿Habría llegado la acuciosidad en la búsqueda de la ignorada criatura, como la ficción da a entenderlo?

Yo no quiero contestar estas interrogaciones, y las dejo al fuero interno de quienes han puesto la parte emotiva en este simpático e inofensivo entretenimiento. No creo que haya habido malicia ni dolo en esto, pero sí señalo, como un hecho evidente y que es digno de un estudio más acucioso y profundo, el de la duda que se desprende de esto: Si Lydia Nogales existe, ¿hay o no un drama en el silencio que ha precedido a su repentino aparecimiento en el escenario de las letras patrias? ¿Si no ha existido como forma corpórea y es sólo una ficción literaria: ¿hay o no un drama en esta anécdota?

LA FECUNDIDAD EN LA FICCIÓN LITERARIA.

Pero pasemos a otro aspecto de la cuestión, al aspecto puramente literario.

Este INFUNDIO, como le llama mi distinguido amigo Gallegos Valdés, o esta inocente broma —como la quiero llamar yo—, ¿tiene o no tiene su razón de ser? ¿Obedece o no, a un estado de la intelectualidad nacional ayuna de asuntos más importantes que tratar, de problemas más serios que resolver, de ideas más trascendentes que sugerir? ¿llena o no un papel, pues, dentro del actual panorama intelectual y literario del país?

Si hacemos un recuento de las plumas que ya se han ocupado de Lydia Nogales; si hacemos un resumen de la cantidad de emoción que se ha derrochado; si examinamos las ideas que se han sugerido, y si —saltando por sobre la pasión que en el círculo de los escritores ha encendido el infundio— ahondamos en el sentimiento colectivo, en el de cada uno de aquellos lectores que han gozado con los bellos versos de la poetisa, que se han emocionado con los artículos encomiásticos o con la crítica de los escépticos; que han puesto a trabajar su imaginación para figurarse la imagen de la poetisa... entonces se verá que el infundio o la ficción literaria ha sido fecunda en consecuencias...

En el caso de los autores de esta ficción, lo malo no está en haberle dado vida a Lydia Nogales, sino en haberle dado muerte al nacer, por no haber tenido la paciencia del artifice, de irle puliendo poco a poco, de irle infundiendo vida lentamente,

de Dios, con todos los atributos de las criaturas terrenas, pero también con las alas del ángel...”

Este artículo de Quino Caso apareció por vez primera en *La Tribuna* del día 22 de julio de 1947, sin nombre de autor y lleno de errores. La misma *Tribuna* lo publicó al día siguiente, o sea el 23 de julio de 1956, con el nombre del autor y corregido. Hemos suprimido en él la parte anecdótica que no interesaba tan directamente al propósito de este estudio.

LYDIA NOGALES Y SUS VERSOS

Por el Dr. José Luis Silva.

Gran revuelo a causado, sobre todo entre la intelectualidad salvadoreña, la inesperada aparición de la poetisa Lydia Nogales, a quien se cree una imaginaria creación de Hugo Lindo y Raúl Contreras, secundados con júbilo y entusiasmo, por Manuel José Arce y Valladares y Alberto Guerra Trigueros, que han apadrinado la deslumbrante existencia de la delicada poetisa, elevada ya a encumbrado rango de poeta. La atrayente figura de Lydia Nogales, bien puede ser un infundio bello y simpático, que ha venido a poner una nota de palpitante actualidad en el quieto y sereno panorama intelectual salvadoreño y por eso, quiero referirme a sus versos.

Tras de la inesperada y rumbosa presentación de la poetisa, hecha por los intelectuales referidos en *La Tribuna*, ha venido el desfile de los escépticos y que ya hacen cargos a los que creen fetichistas, sobre todo en lo que se refiere a nuestra consagrada Claudia Lars, que lleva trazas de dar origen a un pugilato o polémica literaria.

En verdad la pequeña producción poética de Lydia Nogales hasta hoy publicada, es bella, fácil, deslumbrante; acusa en su autora o autor un acabado dominio de la literatura, una buena preparación literaria y fluida inspiración; tiene hondura y sentimiento reveladores de una alta cultura con soplos de eternidad...

Todos sus sonetos están caracterizados por una belleza sugestiva de pensamiento y de forma y aparecen escritos de manera impecable; en “Danza de las horas”, el poeta se asoma con inquietud tremante a la eternidad e inquiere con filosófica atención en los dominios del misterio y en “Penumbra” se deja ver, con la forma extraña y atrayente, la transparente belleza de un canto nuevo, que lleva el reflejo de la aurora y el halo incomparable de lo eterno.

No creo capaces a los poetas Lindo y Contreras de ser los autores de versos dedicados a ellos mismos, porque sería un autobombo del cual no necesita la gloria que ya tienen ganada en buena lid y se me hace también cuesta arriba creer que la formalidad y seriedad de Guerra Trigueros se haya prestado a secundar una farsa, que aunque inofensiva, desluce en su respetable personalidad; por otra parte, *La Tribuna*, órgano periodístico serio y de responsabilidad conocida, no iba también a prestarse a un engaño de la naturaleza que le atribuyen los escépticos.

Creo que la existencia de Lydia Nogales, aunque sea un poeta o poetisa que con ese nombre oculta el suyo, porque no creer en ella, sería dudar de la existencia real y positiva de sus maravillosos versos, que han llenado de luz y belleza la Historia Literaria de El Salvador en la presente época.

¡Salve Lydia Nogales! Y ¡sigue dándonos el espectáculo maravilloso de tus versos...!

San Salvador, julio de 1947.

Publicado en el diario *La Tribuna*, edición del día sábado 19 de 1947, página editorial.

VIVA PRESENCIA DE LA MUERTE

Para Lydia Nogales...

En musgos de silencio, en amorosa
actitud de oración y manos juntas,
la muerte crece en mí, y en mí reposa
su tristeza de dudas y preguntas.

Fugaz y eterna imagen de la rosa,
ribera, cauce y río del Destino,
mi mano la descubre en toda cosa,
y la arropa mi cuerpo en suave lino.

No la que ha de llegar, no la que viene,
sino viva presencia en el minuto
y en la esfera en que el tiempo se detiene...

Germen de luz, anticipado luto,
no sé si la contengo o me contiene,
pero aquí está, como en la flor el fruto.

¿Serafín Quiteño?

Este es el soneto, "sin padre ni madre", origen de la discordia a que nos referimos al hablar de "Lydia Nogales y tres poetas". Fue publicado en el diario *La Tribuna*, página "Patria de las Artes", del domingo 10 de agosto de 1947.

ASPIRACIÓN

Tu nombre surge envuelto de misterio
como el eco lejano del lamento
de un corazón que busca, en vano intento,
liberarse de todo cautiverio;

Tu voz resuena por el firmamento,
donde Dios forja el esplendor sidéreo
y, como fluido sensual y etéreo,
baja de nuevo del divino asiento,

Y entre tus labios fríos, soñadores,
queda flotando como una oración
que trasciende a recónditos amores,



mientras la fiebre de tu fantasía
va sembrando, por toda la extensión,
besos, suspiros, llantos, armonía.

Carlos da Silveira Martins Ramos
Ministro del Brasil en Guatemala.

Publicado en el diario *La Tribuna*, página “Patria de las Artes”, el domingo 10 de agosto de 1947.

A LYDIA NOGALES

Yo te saludo con la melodía
del nombre que forjaste al delicado
sér de tu ser, que se desprende alado
para colmar el orbe de armonía.

He seguido tus huellas noche y día,
bajo la luna y bajo el sol dorado
y al umbral de tus puertas he llegado
falta de aliento en la final porfía

¿Qué importa, dulce alondra, que el ocaso
matice las cadencias de tu paso
si de esplendores albos te ilumina?

¡Siempre serás la etérea inesperada
que en la cambiante luz de la alborada
entregó su alma en la canción divina!

Eugenia de Valcácer
(Seudónimo de la escritora salvadoreña
Eva Alcaine de Palomo).

Publicado en el diario *La Tribuna*, página “Patria de las Artes”, el domingo 22 de febrero de 1948.

CON LA VOZ DESCALZA

A Lydia Nogales.

I

Por el misterio azul que te eterniza,
Lydia Nogales, voz de la distancia,
por tu música de oro, que idealiza
la sed de sombra que tu vida escancia.

Ala de ritmo breve; tenue brisa
que navegó en el viento sin constancia.
Al tacto, levedad; flor de ceniza,
pero perfecto pomo de fragancia.

Más pura, pues ausente. Más deseada
Por intangible. Rosa liberada
de la raíz mortal, perecedera:

¡Como será la estatua que te espera
si te la hará la voz arrodillada
modelándote en pájaros de cera!

II

Desde que pabelló recién nacido
viene ondulando el canto de tu frente.
De qué costa de sal, desde qué gente,
de qué blanco y azul agradecidos.

Gota por gota caen tus latidos
a los zenzontles de agua, en el relente:
de estrella matinal, al día siguiente
reventarán tus pechos florecidos.

Mas tu cuerda vocal aún no se siente,
y sólo nos da el canto humedecido
en la linfa del cielo transparente.

Lydia Nogales, viene en el sonido
de las cosas que capta solamente
el que tiene un panal en el oído.

III

Lydia Nogales, veta inusitada
 aguadora de oscuro manantial.
 Luna de ensueño, uva madurada
 para un vino más claro que el cristal.

Lydia Nogales, lumbre flagelada,
 en el alba se escuda tu inicial:
 banderola celeste, desgarrada
 para ser nube y viento elemental.

La pupila preñada, pero liso
 el vientre inmaterial. Casi huidizo
 el contorno. Y el gesto sosegado.

¡Para qué conocerte si te he hallado
 en la voz de la espiga temblorosa,
 y en el signo del humo y de la rosa!

Olga Martínez Torres
 Quezaltenango (Guatemala), Octubre de 1947.

Publicado en el diario *La Tribuna*, página “Patria de las Artes”, el domingo 22 de febrero de 1948. En Guatemala se señaló a Olga Martínez Torres como autora de los versos de Lydia Nogales. Esto dio origen a la publicación del diario *La Tribuna*, del día miércoles 20 de agosto de 1947: “Lydia Nogales es salvadoreña y cuela su nombre por América y hacia España”.

DANZA DE LAS HORAS

A la enigmática poetisa Lydia Nogales

I

“Sembrando estrellas y tejiendo rosas”
 te hallará el que supones esperando,
 porque habrá de llegar, no importa cuándo,
 ni cómo, porque así son estas cosas.

Te dará “las señales milagrosas”
 y ha de llegar así como soñando
 y te habrá de encontrar así cantando
 asomada a un jardín de mariposas.

Bien dices que “la hora es oportuna”
tendida al sol, al viento y a la luna
te hallará entre neblinas vaporosas;

pero habrá de llegar con la encendida
lámpara del amor a darte vida,
¡cubriéndote de estrellas y de rosas!...

II

“Tejiendo rosas y sembrando estrellas”
te halla también el alba que despunta
y tiembla entre tus labios la pregunta
que se enreda en tus manos siempre bellas.

“¿Quién te da la canción?” sus hondas huellas
búscalas en tu yo, por donde apunta
el alba espiritual con que se junta
la angustia de tus íntimas querellas.

El canto es tuyo y tuya la ilusión:
son notas de tu propio corazón
que van al azul cual golondrinas...

No le temas al vuelo: sueña y canta;
¡que brote la canción de tu garganta
como una floración de aguas marinas!...

J. Luis Silva.

Publicado en el diario *La Tribuna*, página “Vida Social” del jueves 24 de julio de 1947.

ELOGIO DE LYDIA NOGALES

Si no es barro tu sér, si tu garganta
florece en los eriales del vacío,
y en la ceniza del silencio frío
como cáliz de fuego se levanta,

Si eres intacto aroma, y no quebranta
tu realidad de ensueño un atavío,
si no cruzas el ámbito sombrío,
si el ángel del Misterio en tu voz canta.

¿para que darté nombre y envoltura?
 ¿para qué limitar tu esencia pura
 y definir el don de tu fragancia

que el dulce enjambre de los trinos puebla?
 ¿por qué no amar tu ausencia y tu distancia,
 canción de brisa, pájaro de niebla?

Alberto Larrain M.
 (Hugo Lindo)

Publicado en el diario La Tribuna, página "Patria de las Artes", del domingo 3 d agosto de 1947.

ADMONICIÓN FRENTE A LYDIA NOGALES

No será a punta de sonetos, Lydia,
 como conseguirás tu noble intento
 de abrir ventanas a la luz y al viento,
 por disipar LOS miasmas y la envidia.

No vencerá el soneto a la perfidia
 con arrebol, esmalte y pulimento.
 Eso estará muy bien por un momento,
 mas ya vendrá la verdadera lidia.

Contra los "futurismos" del pasado
 sutil, iridiscente, afeminado,
 un arma tengo, y me la guardo IN PETTO.

Ni el "gitanismo", ni el "laurel de Apolo"
 sirven para tal fin. Siendo tan sólo,
 Lydia, habértelo dicho en un soneto.

A. Guerra Trigueros.

Publicado en el diario *La Tribuna*, página editorial, día sábado 16 de agosto de 1947.

SI EL AMOR ESTA EN TI

Para Lydia Nogales

Si el amor está en ti, no cabe ausencia:
 vive en tu corazón y te fascina
 con el reflejo de su luz prístina
 que ciega en claridad de omnipotencia.

Y es tu angustiosa sed, clara evidencia.
Apura en cáliz de emoción divina
el jugo rojo que filtró la espina
para darte licor de transparencia.

Eres tú quien lo buscas y lo intuyes
con anhelo fugaz, porque rehuyes
de la senda cambiante incierto abrigo,

que a su lámpara fiel el ojo esconde.
Si conoces su voz y te responde
es que algún día se quedó contigo.

María Loucel.

Publicado en el diario La Tribuna, página "Patria de las Artes", del domingo 10 de agosto de 1947.

RETRATO

Ya el sol de Chipre los viñedos dora.
Los diamantes de Pafo centellean,
y los altos cipreses cabecean
al céfiro sutil que trae la aurora.

Tres cinceles trabajan sin demora.
Mordiendo el mármol, la belleza crean,
y en clásicos perfiles se recrean,
ajenos al cansancio y a la hora.

Su paciente labor fue tan pulida
que moviendo los dioses inmortales,
la hicieron carne y le infundieron vida.

Cruzando de la nada los umbrales,
aquí tienen ustedes definida
La Galatea que es Lydia Nogales.

Nicanor San José.
(Español)

Publicado en el diario *La Tribuna*, sábado 9 de agosto de 1947.

AMPLITUD DE LYDIA NOGALES.

En *La Tribuna* del jueves 1º. de enero de 1948, página 3, bajo el gran título “CUADRO DE HONOR de las personas que contribuyeron desde 1947 a dar pujanza a la página editorial de *La Tribuna*, con el elevado propósito de servir noblemente a El Salvador”, aparece una fotografía de Lydia Nogales, la misma que acompaña al artículo de Juanita Soriano, en cuyo pie se lee:

“LYDIA NOGALES, la máxima revelación literaria de 1947 y una de las poetisas de estro más rico y fecundo en la historia espiritual del Nuevo Mundo”.

II

LYDIA NOGALES Y EL HUMORISMO

En torno a la persona y a la obra de Lydia Nogales se vertieron toda clase de conceptos, apasionados, serenos, bobalicones, romanticoides; Elisa Huevo Paredes hizo un retrato imaginario de la poetisa en su lecho de enferma. Los humoristas no se quedaron atrás. Presentamos esta breve muestra con el objeto de abarcar en toda su amplitud –aun en la menos trascendente– el caso “universalizado” de la “poetisa-duende”.

POEMA PARA LYDIA NOGALES

(Tal como lo hubiera escrito Gallegos Valdés)

Esta Lydia Nogales cuyo canto
a poetas vendó fácil la vista,
es infundio de luz... por cuyo canto
hasta Hugo pensó: que fue de un Santo
engendrado su don de sonetista.

Contreras, Valladares y Trigueros
–cuya estirpe cantora no se niega–
se durmieron leyendo los regueros
de poesía, vertida en los primeros
poemas “de la que jamás se entrega”.

Cuando Leyó “Penumbra” este Guerrita,
literato de fiel erudición,
elogió con palabra dinamita
el poder de esa bella palomita
cuyo nido sostiene la ilusión.

Y hasta quiso imponer el “Nogalismo”
 (aquí en El Salvador, ¡Ah necio, iluso!)
 que un su articulucho de lirismo
 que nadie lo entendió. Quizá ni él mismo
 supo jamás lo que su pluma puso.

Hasta el bardo Hugo Lindo, que creyendo
 de faldas la verdad que el verso plugo,
 por estar alabanzas escribiendo
 a Lydia, su gordura consumiendo
 estaba lentamente, el pobre Hugo.

¿Y Valladares? ¿Arce y Valladares!
 Tú pulsaste también tu bella lira
 al leer de la “barda” los cantares
 que te hicieron bogar sobre los mares
 de oleajes que son: pura mentira...

Mas yo que ya “ni en los sepulcros creo”,
 pues siempre soy ante lo falso huraño,
 me lleno de tristeza cuando veo
 partida la verdad por el bloqueo
 de los hombres que adoran el engaño.

Y si Lydia existe, ¿por qué se esconde
 y vive, sin vivir, siempre soñando?
 La llamo a gritos... pero no responde.
 Dicen que vive enferma, pero ¿dónde?
 y que vendrá algún día, pero ¿cuándo?

Sé que es bella –lo dice fiel la foto–
 que corre sangre azul entre sus venas...
 Me duele que no exista de ese loto
 ese claro mirar casi remoto...
 y esa boca de miel sonriendo a penas.

Y si es cierto que vive, si ella es una
 rosa en verdad de estirpe musical,
 bajo el dombo de irídeo de la luna:
 ¡qué no daría yo por esa tuna
 prohibida... que florece en su nopal!

Anónimo.

Tomado del Programa Oficial de las Fiestas Agostinas de la ciudad de San Salvador del año
 1948.

SOBRE EL "AFFAIRE" LYDIA NOGALES: LO QUE OPINA MI LAVANDERA

Por Cándido Leal

Concha Rita, mi lavandera, es mujer de buen seso, aunque no lo parezca. Lee los periódicos que le regalan los parroquianos generosos y los que ella pesca en la basura. (Diz que, en su juventud, fue aspirante a maestra de escuela).

Concha lava por cien y habla por mil.

Se ha percatado, a última hora, del "affaire" Nogales-Lindo-Contreras-Guerra-Valladares y Cía., descubierto por Luisito Gallegos (el enemigo No. 1 de la metáfora), y condenado por un furibundo señor de cuyo nombre Concha ni quiere acordarse. Y la buena mujer ha venido a largarme su opinión, sin que yo, naturalmente, se la haya pedido.

Para Concha Rita o Rita Concha, que de ambas maneras firma la interfecta su cédula de vecindad, la existencia de Lydia Nogales no admite duda. Pruebas al canto: escribe versos y los publica. Un ser inexistente, según mi lavandera, no puede escribir ni publicar nada. Pero, Lydia existe. Eso se cae de su peso. Cuando yo lavo un calzoncillo —es Concha quien habla—, yo, que lo lavo, existo; y el calzoncillo, que aguanta la lavada, existe también. Claro que el calzoncillo y yo, como todas las criaturas mortales, dejaremos de existir algún día. Es presumible que dentro de quinientos años, para no exagerar, habremos pasado a mejor vida, Lydia, el calzoncillo y yo. Y entonces aquellos que afirman que la Nogales es un infundio, tendrán que darme la razón, si se trata de personas cabales que pagan sus cuentas con retraso. O que no las pagan.

—¿Y tu opinión sobre los versos de Lydia? ¿Crees que sean mediocres y que en ellos hayan puesto sus pecadores manos los poetas Lindo y Contreras, como lo afirman don Luisito y don Juan Sintrabajo?

—Todo depende de la dependidura. Valiéndome del símil del calzoncillo, que está como que ni pintado —el símil, no el calzoncillo— respondo afirmativamente en lo que toca a la segunda parte de su pregunta; tocante a la primera, salvo mi voto. Han puesto su pecadora mano desde el momento que ellos llevaron a *La Tribuna* los versos de Lydia, y como se trata de personas decentes, entiendo que no los agarraron con los pies. ¿No pongo yo mi pecadora mano sobre la ropa sucia que lavo, en casa y fuera de casa?

—Pero Juan Sintrabajo dice....

—Que diga lo que quiera. No tiene ni pupila ni olfato. De listo que presume ser, ha pasado a listón. Fíjese usted que reparte a voleo, entre don Hugo y don Raúl, los versos de la niña Lydia como quien reparte palomitas de chancaca: ésta te la comes tú y ésta se la come aquél. Para don Alberto, las tusas. ¡Y él se queda con el real del mandado! Como está sin trabajo...

—Bien. ¿Y el señor de cuyo nombre no quieres acordarte, qué pito sopla en la orquesta? Creo que se llama Quijano o Quijote...

—Un pobre hombre que padece del estómago. ¡Si lo sabré yo, que lavo sus camisas! Toma las cosas por la tremenda, y obra con mala de. ¿De donde saca que la pobrecita Lydia y sus padrinos hayan querido chotear la personalidad indiscutible y gloriosa de Claudia Lars? ¿Por qué se mete con el benemérito General Quiroga? Con un buen purgante, me parece a mí que ese señor furibundo dulcificaría su bilis. Y si, por equivocación del boticario, se le diera cianuro en vez de aceite de castor, el señor Quintiliano, como usted dice, podría, al morir, la cara más fea del mundo. Es de los que no agonizarán con el rostro plácido, como los justos, sino echando espuma por la boca...

—¡Cállate Concha!

Todo inútil. Concha Rita, o Rita Concha, que el orden de los factores no altera el producto, sigue desbarrando hasta que la paciencia se me acaba y le envío noramala al Acelhuate, con sus camisas, sus cuellos y sus calzoncillos.
 ¿Qué me importa a mí la opinión de mi lavandera?

Publicado en el diario *La Tribuna*, página editorial, de fecha 22 de julio de 1947.

LYDIA NOGALES O EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Por Ángel Bocanegra

A mí me encanta la manera de escribir del señor Gallegos y Valdés. Es un hombre que no engaña a nadie. Ni siquiera a sí mismo. En su archisesudo artículo (1) sobre la vivencia o no vivencia de la poetisa Lydia Nogales, nuestro escritor pone los puntos sobre la íes. De un plumazo la manda a las regiones del no sér. Sin misericordia y sin quitarse el sombrero. Yo confieso, solapadamente, que he leído cincuenta veces ese artículo y que me propongo leerlo otras cincuenta veces más. Porque no tiene desperdicio.

(1) Cfr. El antinogalismo, “Lydia Nogales, un infundio literario”, por Luis Gallegos Valdés.

Y hasta diría, con perdón de mi modestia y de la del señor Gallegos y Valdés, que él ha heredado la lógica contundente de Sherlock Holmes. Lo diría, pero no lo digo por tres razones, a saber:

- 1) Porque, salvo error u omisión no está probado todavía que el señor Gallegos y Valdés sea pariente, próximo o lejano, del detective londinense.
- 2) Porque un profesional santaneco me afirma que Sherlock Holmes no ha existido nunca. O sea que, contra la opinión de los siete sabios de Grecia, el profesional de marras me ha demostrado una negación. Y
- 3) La tercera razón me la callo, porque al igual del alemán del cuento, yo soy enemigo de discusiones.

¿Está claro?

Ahora bien, yo digo y repito a voz en cuello que el señor Gallegos y Valdés ha tirado hábilmente de la manta, dejando al descubierto las piernas largas de Hugo Lindo, la prócer nariz de Arce y Valladares y las orejas de Raúl Contreras. Caído el telón, el infundio literario ha saltado a la vista. –Pasen, señores; pasen... Lydia Nogales no es hija de su padre sino de “tres poetas distintos y un solo soneto verdadero”. La legítima mujer-ensueño–, Y el papel de comadrón le ha correspondido al mínimo y grande Alberto Guerra Trigueros, por mal de sus pecados. En vano será que Hugo, como buen católico, jure y perjure que la poetisa vive en las faldas del volcán de Santa Ana. Será en vano que Arce y Valladares, dándose golpes en el pecho, proclame su inocencia y se empece en afirmar que si Lydia Nogales no existiera, sería preciso inventarla. Y

en vano también que Raúl Contreras se encoja de hombros y diga *sotto voce*, en la redacción de *La Tribuna*: “El autor de esa bella mentira soy yo. ¡a! Ahí me las den todas!” Nadie les creerá (Guerra Trigueros no habla, pero está escribiendo febrilmente una serie de artículos kilométricos sobre el NOGALISMO).

Yo pido, pues, la medalla del Buen Suceso para el señor Gallegos y Valdés, Medalla de oro con cadena de idem para que pueda portarla al cuello. Es justicia. Se trata de un hombre perfectamente serio y práctico, que gusta de llamar al pan, pan, y al vino, vino. Con él, no valen un comino las poetisas de nuevo cuño, o de viejo molde, amantes del símil y la metáfora. ¡a! Las cosas claras, señores poetas! ¿Qué significa eso de tener alas de plomo, cuando todo fiel cristiano sabe que las alas, para ser alas garantizadas, deben ser de pumas? Y no de plumas ajenas... De lo contrario, las tales alas se convertirían en alones o en aleros. ¿Cómo se atreve Lydia Nogales a emplear esa metáfora, que aplauden hasta rabiar cuatro poetas de ringorrango? ¡a! Anátama! Calándose las gafas —esto no quiere decir que el señor Gallegos y Valdés sea miope— él examina con desconfianza esas alas sospechosas. Las toca, las sopesa, las ensaya sobre sus hombros, y naturalmente, las encuentra pesadísimas. Entonces, como si estuviera viéndolo, se rasca la barbilla izquierda y medita un par de horas. Al fin da con el quid de la cuestión: imposible volar con esas alas plúmbeas. Vale más que Lydia Nogales se ponga unas alas de avión, pese a que éstas no sean de plumas, sino de tela embreada. Lo que importa es volar, sea como fuere. Como las palomas, como los búhos, como las chiltotas.

Estoy seguro de que el señor Gallegos y Valdés piensa, como yo, que no existen las alas de la fortuna, de la ilusión, del ensueño. El debe tener siempre en las mentes aquel adagio, lleno de sabiduría popular: por la pluma se conoce el pájaro.

Que *La Tribuna* se haya apuntado un exitazo con el descubrimiento y presentación de Lydia Nogales, que el nombre de la poetisa-sombra ande de boca en boca, llenándolas de miel de poesía pura, todo eso es música celestial. Lo que importa es que nosotros, los hombres prácticos, nos enfraquemos en la lectura de los discursos de Ramadier, que temblemos ante las amenazas de Molotov y que aguardemos el arreglo mundial de la ONU nos promete para la semana que no traiga viernes. Eso sí que es puro deleite; poesía en acción.

Porque a mí me saca de quicio que la señorita Nogales se empeñe en mostrarnos su garganta lírica. ¿Qué es eso de llamarle a la muerte, con arrobos deliciosos, la Hermana sin nombre, la Dama gris, la Inesperada? Zarandajas poéticas. ¿No es más propio, como se usa en buen castellano, designarla con los mote de: la Huesuda, la Pelona, la Cascanueces?

Nada. Versos mediocres. Sinfonía en sol mayor de cuatro poetas de ringorrango. Y me encocora también que algunos santanecos recalcitrantes, profesionales o no, se burlen de la incredulidad del articulista y aseguren conocer, desde su tierna infancia, a la alondra de Lamatepec, disponiéndose ya a tributarle un público homenaje de admiración, con asistencia del cura que la bautizó y de los padrinos literarios de la neófita. Ganas de perder el tiempo.

Yo, y conmigo el señor Gallegos y Valdés, no creo en la existencia de Stalin, porque no le he visto. En este punto soy como Santo Tomás. Necesito ver, oír, gustar, oler y tocar. No creeré tampoco en la existencia de Lydia Nogales mientras no la vea frente a mí, con la cédula en la mano. Vivita y coleando.

Como el señor don Luis Gallegos y Valdés, que Dios guarde.

Aparecido en el diario *La Tribuna*, página editorial de la edición del viernes 18 de julio de 1947.

SELECCIÓN POÉTICA DE RAÚL CONTRERAS

ATARDECER

Mujer, dame la sed de tu cariño.
Dame aquellas angustias perfumadas
como rosas del cielo deshojadas
sobre la seda azul de tu corpiño.

Refúgiame otra vez en el armiño
de tus manos piadosas y calladas.
Cuando vi reflejarse en tus miradas
la candorosa timidez de un niño.

Dame las horas que viví de prisa
asomado al balcón de tu sonrisa.
Más alejadas cuando más las sueño.

Estoy tan solo. El invierno es crudo...
Y errante va mi corazón desnudo
igual que un perro que perdió su dueño.

ROMANCE DEL MAL AMOR

Quiero y no quiero quererla.
 Quiero y no quiero olvidarla.
 Salí a buscar el camino
 con una sombra en el alma.
 Jamás volveré a la villa
 donde ninguno me aguarda.
 La pena de aquella noche
 quiero y no quiero contarla...
 Un salón, una ancha puerta
 y el brillo azul de las lámparas;
 en el dintel de los sueños
 moría el son de una flauta.
 Ella, vestida de corto,
 lucía una blusa clara;
 un leve cinto de cuero
 la cintura le apretaba;
 cabeza de ángel caído,
 figura de porcelana,
 en un presagio de ausencia
 me miraba y la miraba.
 Pero tenía en los ojos,
 la niña, una luz extraña.
 Su mano, alzando la copa,
 me parecía más blanca
 como un cuchillo de nieve
 que los ojos me rasgara.
 Bebía la niña buena.
 Bebía la niña mala...

Turbados los pensamientos
 dejé la fiesta profana;
 bajé al jardín donde apenas
 la media luna rondaba.
 Y otra niña, en la penumbra,
 me tendió su mano diáfana.
 ¿Quién eres? -le dije al verla-
 ¿Por qué esperándome estabas?
 -Te espero como el camino
 que los olivos señala;
 te espero para decirte
 que te apartes de mi hermana;
 el corazón que tú buscas
 palpita en ajena casa;
 los labios que te atormentan
 están cubiertos de escarcha;
 exprime en los labios míos
 todo el jugo de tus ansias,
 que ya no puede ser tuyo
 el corazón de mi hermana...

Yo recuerdo y no recuerdo
los augurios del fantasma;
su voz, rodando en mi fiebre,
mis arterias congelaba
y una sed de agua perdida
llovía el son de la flauta...
Cogí la copa repleta
de licor que me brindaba
y la puré hasta las heces
sin que una gota quedara;
bebí el veneno maldito
como quien bebe una brasa
y alcé la copa vacía
para volver a llenarla.
Igual que la niña buena.
Igual que la niña mala.
¿Y después? Ya no recuerdo...
La luna negra lloraba.

¿Dónde se oculta la niña
vestida de tela clara,
la del cuchillo de nieve
que los ojos me rasgaba,
cabeza de ángel caído,
figura de porcelana?
Con una nube en el rostro
dejó su puesto en la sala;
la vi salir por la puerta
sin mirarme y sin mirarla;
la vi marchar para siempre
desprendida de su hermana;
bajo la luna sin luna
era de luto su falda.
Y una sombra iba con ella...
Malhaya el licor, malhaya
el mal amor que me dijo:
“están cubiertos de escarcha
los labios que te atormentan;
toma mi rosa encarnada
que ya no puede ser tuyo
el corazón de mi hermana”.
Malhaya también la sombra
que con otra se juntaba;
malhaya las piedras grises
de la calleja. Malhaya.
mi corazón la seguía
entre las luces del alba.
No volvió la niña buena.

No volvió la niña mala.
Dicen que un lobo, que un lobo,
se la llevó a la montaña.

Sólo quedó la presencia
del mal amor que me aguarda...

CREPÚSCULO

I

Estoy cerca de ti, como el deseo
sumiso y fiel. En silenciosa ronda
los pájaros del mal entre la fronda
acechan. No hay trino ni un gorjeo.

Impenetrable en tu mudez te veo.
Suelta en el aire la invisible sonda,
en tu pupila misteriosa y honda
en vano busco lo que hallar no creo.

Busco tu ser inmaterial, la suave
claridad de tu espíritu. ¿Una clave
que está quizás muy alta o muy adentro?

Busco tu sed con la ansiedad del río
que ha secado su cauce en el vacío.
A ti te busco. Pero no te encuentro...

II

Así te hablé bajo la luz. Creía
que tu mudez era un cantar gozoso.
Mas tú mirabas el azul borroso
sin escucharme. Indiferente, fría.

Un asombro de nubes se diluía
sobre el mustio jardín. Y en el acoso,
tu cuerpo de cristal con el umbroso
ropaje de la tarde se envolvía.

Los pájaros del mal, porque te vieron
callar, del parque alucinado huyeron.
Y nadie supo lo que tú sentiste...

El viento flojo se aguzó en mi mano
como un puñal. Pero el azul lejano
vistió en tus ojos una sombra triste...

III

Tal vez no supe comprenderte. Acaso
fue, la agonía de la tarde, intensa
tu angustia de esperar cuando, suspensa,
mirabas la penumbra del ocaso.

Tal vez tu corazón, pequeño vaso
donde un rocío de alba se condensa,
con un temblor de cauce sin defensa
sintió la misma sed de mi fracaso.

Tal vez. Quién sabe... Irremediablemente
huyó el amor. Pero jamás ausente
podré vivir de tu caricia pura.

Y espero hallar, mientras tu imagen guarde,
tal vez mañana como aquella tarde,
mi sombra fiel en tu retina oscura.

PRIMERAS NIEVES

I

Ha nevado en la noche. Y se diría
que fue la misma nieve atormentada
puñal para la sombra que dormía
en los viejos portales refugiada.

Despierta la ciudad. En las aceras
donde forma la nieve húmedos marcos,
caminan los transeúntes en hileras
y van saltando congelados charcos.

Parece que la angustia de un deshielo
pesa sobre Madrid. Da el ritornelo
de la lluvia a los sueños un mentís.

Y bajo el frío y la humedad, se piensa
que la música de oro está suspensa
o que es como una sinfonía en gris...

II

Aquí, tras el cristal de mi ventana,
solitario, de pie, contemplativo,
veo el trajín de la colmena humana.
Y acaso sin quererlo, hallo motivo

para un delirio blanco... ¿Es el eterno
color que tiñe el alma de las cosas?
¿El ansia de soñar hasta en invierno
con la caricia ausente de las rosas?

No sé. Pero en la calle un El y una Ella
van repitiendo mi canción. Su huella
mis ojos siguen indolentemente...

El cielo opaco sin cesar diluvia.
Y, para resguardarse de la lluvia,
los miro entrar en el portal de enfrente.

III

Son jóvenes los dos. Mientras deslíc
su llanto la ciudad, en el dintel
del portalón acogedor, sonrío
el alba de ella con el alba de él...

Y es dulce meditar: Para ellos nada
importa el tiempo nebuloso y crudo.
Nunca siente el rigor de la nevada
el corazón, cuando no está desnudo.

Buena la oscuridad y alegre el ruego

mientras la fiebre de tu fantasía
va sembrando, por toda la extensión,
besos, suspiros, llantos, armonía.

Carlos da Silveira Martins Ramos
Ministro del Brasil en Guatemala.

Publicado en el diario *La Tribuna*, página "Patria de las Artes", el domingo 10 de agosto de 1947.

A LYDIA NOGALES

Yo te saludo con la melodía
del nombre que forjaste al delicado
sér de tu ser, que se desprende alado
para colmar el orbe de armonía.

He seguido tus huellas noche y día,
bajo la luna y bajo el sol dorado
y al umbral de tus puertas he llegado
falta de aliento en la final porfía

¿Qué importa, dulce alondra, que el ocaso
matice las cadencias de tu paso
si de esplendores albos te ilumina?

¡Siempre serás la etérea inesperada
que en la cambiante luz de la alborada
entregó su alma en la canción divina!

Eugenia de Valcácer
(Seudónimo de la escritora salvadoreña
Eva Alcaine de Palomo).

Publicado en el diario *La Tribuna*, página "Patria de las Artes", el domingo 22 de febrero de 1948.

CON LA VOZ DESCALZA

A Lydia Nogales.

I

Por el misterio azul que te eterniza,
Lydia Nogales, voz de la distancia,
por tu música de oro, que idealiza
la sed de sombra que tu vida escancia.

Ala de ritmo breve; tenue brisa
que navegó en el viento sin constancia.
Al tacto, levedad; flor de ceniza,
pero perfecto pomo de fragancia.

Más pura, pues ausente. Más deseada
Por intangible. Rosa liberada
de la raíz mortal, perecedera:

¡Como será la estatua que te espera
si te la hará la voz arrodillada
modelándote en pájaros de cera!

Bien dices que “la hora es oportuna”
tendida al sol, al viento y a la luna
te hallará entre neblinas vaporosas;

pero habrá de llegar con la encendida
lámpara del amor a darte vida,
¡cubriéndote de estrellas y de rosas!...

II

“Tejiendo rosas y sembrando estrellas”
te halla también el alba que despunta
y tiembla entre tus labios la pregunta
que se enreda en tus manos siempre bellas.

“¿Quién te da la canción?” sus hondas huellas
búscalas en tu yo, por donde apunta
el alba espiritual con que se junta
la angustia de tus íntimas querellas.

El canto es tuyo y tuya la ilusión:
son notas de tu propio corazón
que van al azul cual golondrinas...

No le temas al vuelo: sueña y canta;
¡que brote la canción de tu garganta
como una floración de aguas marinas!...

J. Luis Silva.

Publicado en el diario *La Tribuna*, página “Vida Social” del jueves 24 de julio de 1947.

ELOGIO DE LYDIA NOGALES

Si no es barro tu sér, si tu garganta
florece en los eriales del vacío,
y en la ceniza del silencio frío
como cáliz de fuego se levanta,

Si eres intacto aroma, y no quebranta
tu realidad de ensueño un atavío,
si no cruzas el ámbito sombrío,
si el ángel del Misterio en tu voz canta.

Lydia Nogales, la tempestad en la provincia

Luis Alvarenga

En un trabajo publicado en el periódico virtual *El Faro*, Rafael Lara Martínez planteaba la necesidad de revalorar críticamente a uno de los más importantes poetas de la primera mitad del siglo XX, Raúl Contreras. Lara Martínez analiza la vida de Lydia Nogales, heterónimo del poeta, como un ejemplo de “travestismo poético” en un medio inveteradamente machista. Quiero dedicar estas páginas al análisis del “fenómeno Lydia Nogales”, visto desde la controversia que planteó.

Temor y temblor: El nacimiento de Lydia Nogales

Hay dos años significativas en torno a Lydia Nogales: 1947 y 1956. En 1947, Contreras publica los primeros poemas calzados con el nombre de su heterónimo. Nueve años después, en 1956, el escritor español radicado en El Salvador, Juan Antonio Ayala publica en el Departamento Editorial del Ministerio de Educación, un volumen en el que se traza una retrospectiva de la lucha provocada por el heterónimo de Contreras: *Lydia Nogales, un suceso en la historia literaria de El Salvador*.

La batalla por Lydia Nogales dura poco tiempo, pero dice mucho sobre el clima intelectual salvadoreño. En 1947, Albert Camus publicaba *La peste* y André Gide ganaba el Nobel de literatura, mientras que moría Aleister Crowley, a quien Hemingway retrata como una emanación del Mal en *París era una fiesta*. Entretanto, un joven estudiante universitario publicaba su primera novela, titulada *La tercera resignación*. Su nombre: Gabriel García Márquez.

El nacimiento del heterónimo de Contreras no es pacífico. No transcurre mucho tiempo sin que los primeros poemas de Lydia Nogales pongan a muchos, como ocurrió con el crítico Luis Gallegos Valdés, a tratar de “desenmascarar” el “infundio”. Gallegos Valdés señala a Hugo Lindo y a Alberto Guerra Trigueros –a la sazón, director de *Patria*, el periódico en que se publican los poemas– como los hombres tras el rostro de beldad enfermiza de Lydia Nogales. Guerra Trigueros, que certifica la autenticidad de la existencia de la poetisa, dirá que la literatura salvadoreña se ha partido en dos bandos irreconciliables y que cabe hablar de “nogalismo” y “antinogalismo”.

Con temor y temblor se reciben estas últimas palabras, pues muchos críticos de la época ven en esto una nueva moda literaria, como el “lorquismo” y el “nerudismo”. Es decir, ven con temor el apareamiento de la vanguardia en la literatura nacional. Mientras tanto, Hugo Lindo abona a la nueva leyenda: Lydia Nogales existe, y para ello escribe un texto titulado “Persiguiendo una sombra, vimos una luz”, publicado en *La Tribuna*, para variar. En el texto, Lindo narra cómo conoció a Nogales, en un incidente en el que jugó un papel interesante una errata: el poema “Holocausto” de Nogales, se publica como “Olocausto”. Lindo, temible ángel exterminador de erratas, rescata el hecho para hablar de Nogales. El texto puede incluirse entre sus mejores cuentos: un plan deliberado por suplantar la realidad por la ficción.

Proliferación de la ficción

El debate de “nogalistas” y “antinogalistas” toma, en el caso de los primeros, un cariz un tanto escolástico. Me explico mejor. Juan Antonio Ayala, en el año que mencionamos, escribe lo siguiente:

*Para nosotros, Lydia Nogales existe, porque ella está presente, viva, palpitante y honda en sus composiciones. Es una realidad poética que ninguno, hasta los más escépticos, se atrevería a negar.*¹

En este texto de época, que Ayala recoge casi una década después, cuando ya se sabe que Lydia Nogales y Raúl Contreras son una misma persona, se abunda en argumentos que hacen pensar en la escolástica medieval, cuando se concatenan argumentos lógicos para demostrar la existencia de Dios. En una verdadera *Suma contra gentiles*, o, mejor, *Suma contra antinogalistas*, Ayala blande, como comprobación de la existencia de la poetisa –de la que dice la leyenda que los curiosos armaban excursiones para ir a visitarla en el volcán donde vivía– la coherencia de “pensamiento, emociones y recursos estilísticos que no pueden encontrarse en una obra de colaboración por perfecta que ésta sea”.²

Es significativo que, en esta *Suma*, sin tratar de proponer una teoría estética, Ayala exponga algunos elementos propios de la poética de Nogales:

—Una estética *purista*: “Los elementos poéticos esenciales no pueden servir de instrumentos para fines extraliterarios”.³ La estética debe considerarse un fin en sí mismo. No puede, por tanto, tener valor de verdad, ni tampoco un valor ético. Esto trae a la mente la delimitación kantiana entre la estética y el pensamiento filosófico. El mero hecho de nombrar una disciplina como «abestética» y circunscribirla, primero, al campo de lo sensible, y segundo, al campo de la experiencia sensible del arte, le resta, siguiendo a Gadamer, la capacidad veritativa que únicamente se le adjudica al *logos* de la ciencia y al de la filosofía.

—Como consecuencia de lo anterior, una estética deslindada de la experiencia humana y de la corporeidad. Tratando de salir al paso de quienes decían que tras Nogales estaban Lindo, Contreras y Guerra Trigueros, Ayala argumenta: “¿No sabemos todos que el artista no tiene sexo en el sentido de creador? Hombre o mujer cuentan lo mismo para el arte, porque a éste no le interesa el cuerpo, saber de dónde vino ni quién lo modeló. El arte sólo pide sinceridad y emoción estética”.⁴ El arte, pues, resulta *desinteresado*: No le interesa el yo físico del artista. Es una actividad angélica: asexual y sincera.

¹ Juan Antonio Ayala: *Lydia Nogales: un suceso en la historia literaria de El Salvador*, p. 18.

² *Ibidem*.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*.

Puede decirse, con esto, que el “nogalismo” sí resulta ser un “ismo”, pero no de signo vanguardista. Es una reacción a las vanguardias. Es la recuperación de una estética “clásica” frente a la raíz “romántica” de, por ejemplo, el surrealismo. Sin embargo, el “nogalismo” distó de convertirse en una energía transformadora del panorama estético salvadoreño. Quienes atizaron la llama, fueron los primeros en apagarla. Guerra Trigueros, en su artículo “Nogalismo, no escuela, sino impulso”, aclara: “No quise en verdad denominar ‘escuela literaria’ al Nogalismo, en el sentido estricto y limitado del término; no fue eso lo que debí estampar, a riesgo de colgar al cuello de la infeliz Lydia Nogales el peligroso sambenito de líder, de cabeza o de maestra... de escuela”.⁵

Guerra Trigueros, que en un ensayo como el brillante “Poesía versus arte” habla de una poesía que se contamina de humanidad, frente a un arte superficial e indiferente a los dramas humanos, adelantándose en esto a la estética venidera, no hace más que ratificar su conformidad con el clima literario de su tiempo con estas palabras:

*Por el momento, bástenos el nombre de Lydia Nogales como bandera y como estímulo de una poesía pura, desinteresada, limpia de preconcepciones y teorías; pero Poesía, eso sí, auténtica, sencilla y palpable para todos, comprensible, fecunda y deliciosa para todos. Y bástenos también, por el momento, el noble y claro ejemplo de su obra –de su escasa obra hasta ahora conocida– sencillamente para eso: para establecer un Ejemplo. Nada más que un Ejemplo y un Estímulo.*⁶

Evidentemente, Guerra Trigueros no hacía más que extremar el juego iniciado por Raúl Contreras, pero resulta interesante ver cómo el juego se convierte en polémica. Pronto se añaden nuevos personajes ficticios: “Cándido Leal”, “Ángel Bocanegra”, e incluso se publica un poema burlón, dedicado a Lydia Nogales “en el estilo de Luis Gallegos Valdés”⁷, en el programa de las fiestas agostinas de San Salvador, de 1948. Esta última fecha resulta importante: es el año de la llamada “revolución del 48”, protagonizada por militares, Óscar Osorio entre ellos, en la que se lleva a cabo una importante reforma institucional. En esta reforma se crean instituciones culturales, como Bellas Artes. Es el esfuerzo de crear algo inexistente hasta entonces: una *cultura oficial*, entendida más como un aparato institucional y un conjunto de discursos que le dan legitimidad

⁵ *Ibidem*, p. 255.

⁶ *Ibidem*.

⁷ Tiene mucho mérito la visión de Gallegos Valdés sobre el “infundio Nogales”, ya con la distancia crítica que otorga el tiempo. El crítico recoge la virulencia del debate entre nogalistas y antinogalistas, en el cual tomó parte activa, poniendo en duda la existencia del heterónimo de Contreras. “Bastante agua ha corrido desde entonces bajo los puentes del Acelhuate”, escribe. “Despojada la historia de la gentil poetisa de la anécdota circunstancial, que no he podido menos de evocar, desvanecida mi incredulidad que, un poco irreverente, quiso, en un momento dado, poner alas de plomo a aquel vuelo –pecados de la insensibilidad con que a veces demostramos a contrapelo, que el lirismo es decantación suprema del buen gusto y del hondo sentir–, el tiempo, y sobre todo una lectura más atenta para captar los valores contenidos en los poemas de *Niebla*, me hizo apreciarlos con otra óptica, más segura y más amplia”. Cfr. el capítulo XXIII de su *Panorama de la literatura salvadoreña*.

al poder dominante como proveedor de un sentido de cohesión social. Es decir, el aparato institucional y discursivo de una cultura hegemónica.

La resurrección de Lydia Nogales

Una vez sepultado el *affaire* Nogales, parecería que la tempestad en la provincia se calmaría. Nueve años después, Ayala resucita la tempestad, con la publicación de su mencionado libro. 1956 es el año en que se funda el Círculo Literario Universitario, uno de los núcleos fundamentales de la Generación Comprometida. Aunque haya algunos elementos precursores —ciertos poemas de Guerra Trigueros, como la "Canción de amor a la ramera"; "Buscando tu saliva", de Antonio Gamero; "Invierno", de Vicente Rosales y Rosales y la novela *Trenes*, de Miguel Ángel Espino— no puede hablarse de vanguardias en El Salvador. La entrada de la vanguardia es tardía en El Salvador, incluso, si se la compara con el caso de Nicaragua, con los autores de la Generación del 25 —Cardenal, Martínez Rivas, Mejía Sánchez—.

La Generación Comprometida, que inicia propiamente a principios de los cincuenta, con autores como Waldo Chávez Velasco, Ítalo López Vallecillos y Álvaro Menéndez Leal, tiene en el Círculo Literario Universitario, su expresión de ruptura más abierta. Si Guerra Trigueros aboga por una concepción de "poesía sin preconcepciones", es decir, sin formulaciones teóricas de base, el Círculo Literario Universitario será fecundo en la búsqueda de una fundamentación estética y extraestética de su trabajo. Son conocidos, por ejemplo, los trabajos de Dalton publicados en *La Prensa Gráfica* y en *Sábados de Diario Latino*, en los que la frase de Asturias, "el poeta es una conducta moral" hace fortuna. No menos importantes son los textos del historiador Jorge Arias Gómez en el que se esboza una teorización de lo que el Círculo Literario Universitario entiende por estética. No es una formulación elaborada, pero vale la pena rescatarla, para oponerla al "nogalismo". En su presentación a "Cuatro poetas jóvenes: Ricardo Bogrand, Otto René Castillo, Roque Dalton y Lilliam Jiménez", Arias Gómez juzga severamente a los escritores de la generación anterior, es decir, a los que llegaron a su madurez en la década anterior, es decir, a gente como Raúl Contreras, Hugo Lindo y Alberto Guerra Trigueros. Afirma que "en el pasado varios grupos que asistieron a sus funerales al momento de nacer, no se entendían sobre este punto"⁸, es decir, sobre una valoración crítica del "valor de lo clásico", en una actitud que califica de nihilista. Arias Gómez critica el humanismo de raigambre idealista que subyacería a la estética de la generación anterior y propugna por un humanismo que tome en cuenta las transformaciones sociales. En otras palabras, un humanismo que parta del análisis de la realidad que propone el marxismo: un humanismo situado, un humanismo contextualizado en El Salvador.

Más adelante, reafirma el compromiso de su generación con las luchas populares: "Entendemos que nuestro puesto está ahí, porque queremos unificar la teoría con la lucha diaria. Esto fue lo que una época de confusión ideológica impidió que comprendiera la última generación

⁸ "Cuatro poetas jóvenes", publicado en *Diario Latino*, 1º de diciembre de 1956 e incluido en la tesis *La Generación Comprometida*, p. 163.

intelectual”. Frente a la estética “nogalista”, Arias Gómez propone una estética en la cual la obra de arte va más allá de los límites impuestos por el racionalismo ilustrado. La obra de arte es más que simple experiencia subjetiva: Es una manera de conocer la realidad. Tiene, por lo tanto, un carácter veritativo, el cual va mucho más allá de la mera intuición poética. Para Arias Gómez, recuperando el clasicismo estético desde el historicismo marxista, el conocimiento de las obras clásicas es más allá “que leer y recrearse en el aspecto formal de las mismas (...). Se necesita interpretar y adentrarse en la época que vivieron los grandes *autores*, porque también fueron *actores*”¹⁰. La obra de arte desvela la verdad de su época, pero para llegar a conocerla, es necesario algo más que la actitud canónicamente estética (la estética como actividad desinteresada). Hay que participar en la obra, como lo hace el espectador que logra *vivir* a través de la obra de teatro. De alguna forma, nos dice Arias Gómez, hay que ser *actores*, intérpretes de la historia. Se trata, por tanto, de una dimensión hermenéutica, apenas intuida y no lo suficientemente desarrollada, pero que adelanta los medios para superar críticamente las insuficiencias de una estética idealista.

El texto del biógrafo de Farabundo Martí señala que la generación anterior arrastra esas deficiencias de fondo. Por ello, “quedaron trancos, de ahí que se encerraran en el subjetivismo más espantoso, del cual ‘Lydia Nogales’ es su máxima expresión. Ejemplar postura de esa desorientación fue el grito lleno de angustia de uno de sus pontífices, Guerra Trigueros, pidiendo desde las columnas del diario *Patria* a un brillante General Badoglio que viniera a conquistarnos, a civilizarnos con su opresión, al igual que hicieron los fascistas italianos en Etiopía”¹¹. Más adelante, empero, Arias Gómez adaptaría una modalidad nogalista para atacar al nogalismo: Bajo el seudónimo *Cantaclaro*, que recuerda a una novela de Rómulo Gallegos, afirma que “Hay que enterrar a Lydia Nogales”.¹²

Más allá de las disputas entre una estética idealista y otra historicista, el “infundio Nogales” fue una tormenta en la provincia a la cual no habían llegado las tentativas vanguardistas. Un pequeño escándalo, que revela, a lo mejor, ciertas maneras de ser de los salvadoreños, y que a pesar de un nogalismo y antinogalismo que no trascendieron a más, mostraba que la cultura salvadoreña de fines de los cuarenta tendría ciertas señales de agotamiento, aunque esta afirmación es bastante relativa y habría que contextualizarla mejor. Había necesidad de provocar algo en la provincia y Contreras lo hizo, aunque ello no trajo consigo una renovación de paradigmas estéticos. Ello explica la corriente crítica e impugnadora de la generación siguiente. Muchos de sus miembros cuestionaron acremente a los escritores mayores. Pero cuando ya las cosas tendían a buscar otros rumbos, uno de esos jóvenes escritores resucitó nuevamente a Lydia Nogales, pero no del modo que lo hicieron Juan Antonio Ayala y Jorge Arias Gómez, sino con la actitud del que contempla lo que queda después de las grandes polémicas: la poesía. Este joven tomó el título de uno de los poemas de Lydia Nogales y bautizó con él a uno de sus

⁹ *Ibidem*, p. 165.

¹⁰ *Ibidem*, p. 163

¹¹ *Ibidem*, p. 165

¹² *El Diario de Hoy*, 15 de diciembre de 1956, citado por Luis Gallegos Valdés, en *Panorama de la literatura salvadoreña*, p. 224.

cuentos de ciencia-ficción. El joven era Álvaro Menéndez Leal y el cuento se titula “El viaje inútil”. Excelente colofón en una historia que demuestra que en el campo de la estética se juega algo más que la contemplación desinteresada del mundo.

Bibliografía

—Ayala, Juan Antonio. *Lydia Nogales, un suceso en la historia literaria de El Salvador*. Departamento Editorial del Ministerio de Educación, San Salvador, 1956.

—Gallegos Valdés, Luis. *Panorama de la literatura salvadoreña*. UCA Editores, San Salvador, 1996.

—Nogales, Lydia. *Niebla*. Dirección de Publicaciones, San Salvador, 1977.

Tesis:

—Méndez Tejada, Ana Cecilia *et al.* *La Generación Comprometida*. Tesis de grado para optar a la Licenciatura en Letras. UCA, San Salvador, 1993.

habrá que comprar otro
y otro y otro)

Los cigarros se alargan se acotan
terminados

interminables.

3

Otra vez somos buenos
y sensatos
y amorosos

El hechizo se ha roto
empieza el movimiento.

Para quien pretenda conocer a un poeta

Es difícil conocer el corazón de un poeta.
A primera vista resulta fácil doblegarlo por la vanidad,
ensalzarle y hasta aprenderse de memoria unas cuantas
líneas suyas.

Caminar a su lado y sostener el mar con la mirada,
hablar de ciudades irreales,
adivinar su amor y sus costumbres,
su vida cotidiana, sus odios y rencores,
penetrar el secreto de su técnica,
llegar a sus orígenes.

Pero ¿quién, bajo la lluvia, es capaz, sabe realmente
cómo es por dentro ese cuerpo tembloroso, amoroso,
maldito, blasfemo o perseguido de un poeta?

Unas palabras para el extranjero

Escucha extranjero, yo voy a mostrarte la lejanía.
En esta ciudad no navega hoy más barco que el de la soledad.
Las sábanas son frías en los hoteles. Hay crímenes y miedo
a media noche.

Podemos, si quieres, cantar sin corbata y navegarnos tomados
de las manos
aun a riesgo de ser acusados ante los tribunales del sentido
común.

Frente a las ruinas de nuestro antiguo esplendor podemos,
todavía,
afirmar que estamos intactos y soñar y perseguirnos por el agua.
Nuestro único delito es tratar de violar la soledad, invadirla.

Te prevengo, extranjero:
también de caracolas y olor de mar está construida la noche.

Neblilúnea

I

¿Sabías que una muchacha desnuda canta como una botella
que se arroja al mar?

¿Lo sabía?

Escúchame cantar como un árbol lacustre en el centro de
Neblilúnea.

A la orilla de tu sangre, en tu terrestre compañía.

Neblilúnea, la ciudad descubierta por nosotros, conoce
tu pasado y el mío.

Buscada como a la casa de la infancia, aguardándonos en
nuestras palabras agazapadas.

Neblilúnea forma el nudo de la alianza y despierta a los
diocesillos y a los demonios de las aguas
y los vemos danzar y extender sus alas en juegos irrepetibles.

II

Soy sólo lo que tu corazón desea, lo que busca en silencio.
Repito tu nombre en la ciudad donde tu voz tu rostro
permanecen.

Transparente ciudad de los patos salvajes, criatura festiva
de Occidente.

Todos los caminos conducían a ti.

Conocemos ahora la bondad de las aguas, la humedad
de la tierra

y la hojarasca vaticinadora de los sitios que aún no
recorremos juntos.

Estamos siempre en ti, vigilantes
cuando el amor y sus actos, palabras y silencios
son simples, como en todo comienzo.

Irrealidad

Nada es real
 el amor está detrás de cualquier puerta
(¿pero cuál?)
 desconocido al que estuve a punto de hallar tantas veces
 sin conseguirlo.
 La mitad de mi vida lo he intentado.

Nada es real
 mundo que se construye como una garra del sueño
 higo inmaduro
 soledad sola dicha
dicha repetida
(¿de qué color tienes los ojos esta mañana?)

Nada es real
 el amor está detrás de cualquier puerta
(¿pero cuál?)
 Extiendo los brazos y te apreso
después desapareces.
 Me has enseñado a sonreír
lejano
 como si anduvieras en otro país, en otro sitios
donde no estoy.

Nada es real
 la sombra de nuestros deseos nos hace vivir, arder.

El amor es sucesión de despedida
trenes
aeropuertos.
 Te pierdo y te encuentro en todas las ciudades
en las plazas
 siempre caminando a la orilla del mar.

Te pierdo en las palabras que no has dicho
 amor nunca mío arrebatado
prestado

(¿hasta cuándo?)

Tal vez. Quién sabe... Irremediablemente
huyó el amor. Pero jamás ausente
podré vivir de tu caricia pura.

Y espero hallar, mientras tu imagen guarde,
tal vez mañana como aquella tarde,
mi sombra fiel en tu retina oscura.

POESÍA DE JORGE GALÁN

Gracia

Viniste como el rayo
un instante de Dios entre dos noches,
por eso no te has ido, por eso no te marchas a pesar de esta hora
de columnas hostiles que rodean mi cuerpo destrozado entre fangos.

Es viento, viento muerto lo que tiembla en los árboles,
son voces, voces muertas, las que hablan en la sombra,
son dedos, dedos largos los que limpian los labios
de ese rastro brioso de amapolas oscuras.

Pero tu permaneces intacta en tu hermosura,
en tu belleza intrínseca que te recoge el pelo con pañuelos de humo.
Viuda de los claveles, gaviota de la noche, luz más alta del día,
vas volando por mares que existirán mañana,
iluminas los puertos que nadie ha construido,
das un brillo dorado a las crines del viento
y recoges el cuerpo donde me hallo tendido
y repites mi nombre...

Yo escucho algo muy lejos
un susurro venido de un cielo más distante,
una oración levísima de palabras enormes
pronunciadas con una dulzura interminable,
con un amor terrible que casi me da miedo.

Nuestros días oscuros nos llevan de la mano,
nos abrigan con sábanas que desuellan el pecho más llano de la nieve,
pero no te has marchado, permaneces haciéndote más grande
iluminando el día
desde mi oscuridad.

Una mañana más sombría

La golondrina quiso volar a Egipto,
 pero no supo ir más allá que un corazón.
 Sus alas no venían del invierno, antes eran la noche tanto como sus ojos.
 Eso fue lo primero.
 Lo segundo fue un gato que hablaba en un idioma
 impropio de los gatos, y sabía mentir.
 Lo tercero fue un niño de madera lustrosa
 que me hacía estar triste.
 Luego fue una damita que parecía hecha sobre un lienzo de azúcar,
 y no tenía nombre
 pero tenía un rostro donde cabía toda la belleza posible,
 al menos para entonces.
 Después fue el tiempo indócil del indócil guerrero que cabalgó terrible
 con su vestido blanco,
 con su vestido negro, con su peto de oro,
 con su cinto de cuero, con su espada de bronce;
 a bronce ensimismado le olía su cabello debajo de la lluvia,
 de bronce eran sus gestos cuando por los collados y los bosques corría
 directo a la batalla,
 su estandarte era el viento y su reinado el mundo y sus ojos mis ojos
 y su piel era el mar cuando la tarde crece como una magia extraña
 que entristece las almas.
 Lo último fue un paisaje lleno de oscuras torres que poseían ojos que miraban la noche.
 Todos hacia la noche y hacia un valle extensísimo donde un inmenso ejercito
 sonaba sus trompetas,
 las banderas le daban forma de águila al viento,
 relucían espadas y escudos y pupilas,
 una tormenta en ciernes habitaba los pechos,
 cantos donde pendían los nombres de los muertos dejaban las gargantas
 con un aliento oscuro,
 y adelante el guerrero, el capitán del alba, el hijo de la aurora,
 el metal hecho un hombre,
 y todos lo seguían y la vida era hermosa como una bienvenida
 y la muerte pesaba
 lo que pesa un rocío.

La vida es una sombra,

una sombra que cae sobre un patio en penumbra
sumergido en hierbajos.

Un patio abandonado, roído por el viento, saturado de noche,
con meses más ancianos que el siglo en que transcurren,
con lámparas que esparcen su antigua luz oblicua como restos de orines
debajo de la tierra,
con un árbol en llamas ardiendo para siempre,
con sobrantes de escudos, de banderas, de torres,
de tormentas, de cantos.

Ahí el espanto flota como una niebla espesa, por espesa purísima, lentísima, sinuosa.
La luna sobre el mundo no se atreve a mirar esa penumbra,
las estrellas no existen,
ahí el amanecer es otro rostro del olvido
y el olvido es un peso más grande que la muerte.

Si pudiese escuchar el grito de batalla sometiendo este viento,
si volviesen las tardes a parecer un sueño,
si los árboles fueran otra vez centinelas,
si volvieran las noches donde no era posible rendirse o tener miedo,
si cayera en mis hombros la luminosa capa,
si piafara el caballo y el dragón escupiera sus abismos de fuego,
si otra vez sucedieran todos esos prodigios
alguien avanzaría separando la niebla,
tras él, llenando el piso con su imagen oscura,
quedaría una huella con la forma de un cuerpo.

Palabras hermosas

De nada valen las palabras hermosas
estas o cualquier otras
de qué vale que tus ojos sean pájaros
que se roben el alba de los faros
esa que es una espada que en las aguas se hunde
como en un corazón
y de qué vale la gaviota, inusitada siempre, que en tu mano
descansa de ese vuelo de una estación a otra estación a otra estación
porque de nada vale que seas la música que musita el pino más anciano
el más sabio de todos, el más bello, ese que observó a Dios
besar una bellota y más tarde dormir y más tarde soñar
de qué vale la vuelta del viento con su vestido blanco
con su capa lustrosa que te cubre la espalda y no produce frío,
y ese campo amarillo
¿sirve para algo más que contemplarlo hasta volverlo una tristeza?
De nada vale que te deje en la frente todo el sabor del mar
que te deje en el pecho, en medio de los senos, un fuego que no cese
la llama que por años, para siempre incontables, permanezca en el árbol
como fruta dulcísima de inusitada forma.

De nada vale el cielo que en torno a ti elabora su estelar geografía
ni la gota de ámbar que baja hasta tus ojos y divide la noche.
De nada valen las palabras hermosas, cualquier otras o estas,
tu silencio implacable las oscurece a todas.

Niñez

La más triste de todas fue la muerte del pájaro.
Nadie lo vio morir, excepto la tristeza.
Cuando la luz del día quiso encontrar su música
no traspasó su breve sombra petrificada.
Yo era a penas un niño cuando lo vi nacer.
Un niño bello fino desnudo y todo blanco.
Cuando lo oí cantar me había vuelto un hombre:
tenía cicatrices oscuras en los labios.
La más triste de todas fue la muerte del pájaro,
tenía el pico blanco de cantar en invierno
y el plumaje amarillo como el oro del alba.
Sus ojos eran breves rubíes incrustados
y su cresta era un flujo de rojas pinceladas.
Murió cuando la noche le besaba los ojos
y un universo mudo gorjeaba en su garganta.

La más triste de todas fue la muerte del pájaro.
Ayer lo lancé al cielo, todavía en su jaula.

Monólogo dulcísimo del abuelo en penumbra

Mil novecientos veinte, yo bailaba con Carmen.
Entonces no era Carmen, se llamaba Jacinta.
Envuelto en fuego oscuro se hallaba su cabello,
se vestía de seda, charol y terciopelo.
Jacinta era elegante con la misma elegancia
de un jazmín en el centro de un parque abandonado.
Dos meses duró el baile, ambos meses nocturnos,
debió de ser septiembre prolongado hasta octubre.

Luego vino noviembre y otra luz más extensa
trajo otra vez a Carmen: se llamaba Fernanda.
Con Fernanda bailamos las tardes de domingo,
íbamos a los parques como bellos fantasmas
que traspasaban todo. Éramos las ventanas
donde un mar escondía su horizonte de islas.
Su cuerpo agonizaba con el cielo al crepúsculo,
se volvía una ola, yo era un grito de arena.
Allá en el treinta y dos se fue de nuestra casa,
quiso andar con los muertos que venían del polvo,
se marchó en un instante, no pude darme cuenta,
entonces era enero y creí que era el viento,
que el viento era esas voces que llenaban el día
con extraños lamentos, nunca oídos más tristes.
Si escucho en los follajes todavía la escucho.
La vida es una niña ultrajada por sombras.

El treinta y cinco vino con solo una paloma.
De mi mano más cínica comía esta paloma.
Eva le di por nombre esta Carmen sin alma.
Yo era un Adán extraño furioso por el alba:
la luz de entonces quiso parecer lo mezuquino.

el vino transparente que sumergía al día
en su inútil tristeza. La noche era mi fuego.
Y la noche era Eva que vertía maderas
en mi hoguera que humeaba columnas oscurísimas.
Eva era el cielo nimio donde el humo ascendía:
la paloma de nieve se convirtió en ceniza.

Allá en el y treinta y siete, la paloma cansada
se volvió una cometa que se ha engullido el viento.
La arrastró por sus calles de frío y de infinito.
Nunca estiré una mano ni musité una sílaba.
No era el amor su cuerpo ni su falda de lana
ni su diadema de oro, ni sus sedosos guantes,
ni su chal en los hombros tirado como un campo
de amapolas lustrosas, ni su reloj de plata,
ni ese ademán hermoso para invitarme a ella,
ni el mármol violentado que desde sus caderas
adquiría la forma de una cúspide blanca.
No presentía entonces que la fiebre implacable
que en los párpados deja su sombra presuntuosa,
escondería a Eva en dos lágrimas rubias.
De los ojos al cielo, un año y otro año.

No fue hasta el treinta y nueve que otra luz durmió a Carmen
sobre ese pecho dulce que revela de pronto.

Esta vez era ella, la novia de la brisa,
la brisa que pronuncian unos labios que intentan
emitir un sonido que sea un astro puro,
una oración efímera que capture una estrella
y la convierta en llaga de luz sobre unos labios.
Carmen tenía un velo de novia en la cabeza,
bajaba en torno a ella como un otoño blanco.

Una sombra inquietante le lamía sus muslos.
Carmen vino del soplo que voló desde un alma
que he presentido a veces bajar desde los pinos
de un bosque abandonado en su propia belleza
y en su propio misterio. Ella si fue un enigma.
Una oscura pregunta con su exacta respuesta.
Desde entonces la brisa posee un territorio
y en almenas de lumbre flamean sus banderas.,
y Carmen es un faro y es una costa de oro
y es una luz distinta, con otra transparencia.

Bebe un café y la observo: sus labios no se mojan.
Se ha reducido a un trino detrás de una montaña,
a un retrato del sol emergiendo de abismos,
a un sorbo delicado y una migaja dulce
que el paladar asume como alguna memoria,
ella que era un banquete sobre la media noche,
un oleaje en la hierba saturada de brillo,
una estación llegando a las terrazas ávidas
como un verano súbito, pues fue todos los cuerpos.

Ayer hemos bailado melodías lentísimas.
Nuestros pies eran siglos descendiendo, avanzando.
De la niebla salían gorriones de otro tiempo,
obstinados pedían, sin caer, de su música.
Fuera había carruajes, porque así lo quisimos,
y parques con faroles y kioscos con orquestas
y damas de gamuza y hombres de frac negro
y una avenida larga y unos pinos esbeltos,

mástiles de algún barco más lento que la noche.
Lentísimo navío que nos llevó tan lejos.

Y ayer hemos bailado, Carmen era Jacinta,
a ochenta años de nieblas es que olía su pelo.
Mil novecientos veinte, dijo un violín de humo.
Carmen tenía entonces los labios menos bellos,
pero ya era la brisa que bendice las velas,
mi muchacha de siempre, un instante del cielo.

Miniatura asombrosa

Alguien puso unas semillas en mi mano:
treinta árboles mañana,
un bosque cincuenta años más tarde;
aves encontrarán el sur en esos árboles
y lobos encontrarán cobijo
y las hormigas crecerán como un cuerpo
entre las raíces ciegas y soñolientas
y alguna vez una casa y otra casa
construirán esas maderas
y el invierno bajará en sedimentos
y el otoño con su total hastío
pondrá sus pies pesados
sobre los troncos gruesos y no los vencerá.
Nada hará que se quiebren.
Y dentro de cien años cien hombres
serán hombres felices amando a sus mujeres
bajo esos techos amplios,
un perfume de bosque flotara todavía
en los hijos que lleguen,
el mundo será el mundo y la noche la noche
las lechuzas de entonces tendrán ojos más grandes
y comerán gorriones lo mismo que alacranes
y el ratón será mínimo como un insecto extraño,
su pálida pelambre lo volverá invisible
de noviembre a febrero, y no tendrá enemigo:
ni el águila ni el hombre, si acaso, la serpiente.
Treinta árboles mañana,
flores malvas y rojas creciendo en ese bosque...
Ayer, unas semillas que alguien puso en mi mano
y que yo lancé al cielo.

Los hermanos

De mis hermanos me queda uno solo:
rollizo como un sol adolescente.
Tiene los brazos largos como una bienvenida.
Y todavía sueña.
Ayer lo abracé tanto que me abracé a mí mismo.
Fue uno de esos abrazos que más que llenar queman.

Los demás se me han ido,
permanecen en mí como siluetas.
Si pronuncio sus nombres nadie viene,
no pueden escuchar cuando los llamo
y no sé si vendrían si me oyeran.
Y hay algo más terrible:
esos rostros hermosos de hace tiempo
son como cuencos necios
acumulando niebla.
Si una tarde sombría los encuentro
me miraré en sus ojos y ya no veré al niño:
veré a un hombre que no sabré quién sea.

De mis hermanos me queda uno solo
los demás se me han vuelto
fotografías sepias.
Y hay algo más terrible todavía:
que he sabido que ya no los extraño
y que ya no me importa si regresan.

El muro

Lo quitaron tan tarde, que todos habían olvidado que estaba allí
y nadie recordaba quiénes eran los otros
los del otro lado
por eso no hubo abrazos de bienvenida ni llantos ni vociferaciones
salvo de asombro
días más tarde, quizá meses más tarde,
cuando, serpenteando en los follajes genealógicos
descubrieron que eran parientes, y de ahí esos ojos marrones,
coincidentes, de esas abuelas melancólicas.

Tarde de martes

En este trecho se han secado los árboles:
los naranjos, antes raquíticos, han enflaquecido hasta romperse.
Un perfume más ácido mana desde la tierra de pronto oscurecida
por redondos cadáveres.

Me he mojado los pies.

Es más lenta esta lluvia que en inviernos pasados,
casi parece milagrosa
pero no hay un milagro que pueda ser posible
en este extraño trecho sometido por nieblas.

Un poco más allá y llego hasta un cerro:
ya lo verde se ha vuelto menos verde y lo blanco más blanco,
el río ha mudado de piel a una más roja y reptante
entre las breves aves que bajan a beber:
las seduce las muerde las engulle.

A todos estos árboles ha bajado el otoño con su llanto terrible.
La desolación es total como el cielo dentro de unos ojos
cerrados para siempre.
El viento es un himno cantado con temor por ángeles tristísimos.
Las hojas que quedan están débiles:
no podrían sostener un rocío.

Desde aquí veo la noche entrando a la ciudad:
los faroles no abren aún sus ojos rubios
y presiento que no los abrirán.

En el cielo hay palomas que huyen pero no quedan astros,
ni siquiera una mínima luciérnaga
ni una vela sobre una mesa tibia atestada de in-

ni unos ojos que brillen en esa oscuridad.

¿La mañana es un sitio o un abrazo lentísimo?

¿Dónde se haya esa casa que era también un pecho
y también un perfume
que enternece al bosque que en mí se emancipaba?

En este trecho se han secado los árboles.

A este lado del mundo, las palomas no vuelven.

Colaboran en este número

La filósofa española **María Zambrano**, autora de *España, sueño y verdad*, *Persona y democracia*, *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Delirio y destino*, nació en Málaga en 1904 y falleció en Madrid en 1991. En 1988 le fue otorgado el Premio Cervantes.

Rafael Sánchez Ferlosio, novelista español nacido en Roma en 1927, ha publicado, entre otros libros, *El Jarama* e *Industrias y andanzas de Alfanhuí*.

El diplomático y juriconsulto salvadoreño **Alfredo Martínez Moreno** ha publicado, entre otros libros, *Sin toga y sin birrete*, amén de obras jurídicas como *Fortaleciendo el asilo diplomático*, *Principios básicos de derecho internacional* y *El derecho como medio unificador del mundo hispánico*. Se desempeñó como director de la Academia Salvadoreña de la Lengua por varios años.

Jorge Hevia Sierra, diplomático de carrera y embajador de España en El Salvador, dictó la conferencia incluida en esta edición, durante el lanzamiento de la edición conmemorativa de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, auspiciada por la editorial Santillana y las Academias de la Lengua Española.

Roberto Lafnéz, poeta salvadoreño, nacido en 1957, ha dirigido talleres de creación literaria. Ha publicado *Here(tici)dades* (plquette, poesía). En 2005 obtuvo mención honorífica en el Premio Mesoamericano de poesía Luis Cardoza y Aragón.

Álvaro Darío Lara, poeta y periodista cultural, nació en San Salvador, en 1965. Es el autor de los poemarios *Vitrales* y *Minotauro*.

La poeta, narradora y ensayista **Matilde Elena López** (1919), fue parte de la generación literaria de 1944. Algunas de sus obras son *Cartas a Groza*, *Los sollozos oscuros* y *El verbo amar*. Parte de su obra ensayística se encuentra reunida en el volumen *Ensayos literarios*, incluido en la Biblioteca Básica de Literatura Salvadoreña. Premio Nacional de Cultura 2005.

Mario Noel Rodríguez nació en 1957 y perteneció al grupo literario El Papo, en los años setenta. Su obra incluye, entre otros títulos, *Epitalamio*, *Estado Vallejo* (Premio de los Juegos Florales Hispanoamericanos de Quezaltenango), *Breve, breve, que la vida es breve*. Es uno de los impulsores del Festival Internacional de Poesía de San Salvador.

La Semana Nacional de la Lectura de este año se ha dedicado al poeta **Raúl Contreras**, conocido también por su heterónimo Lydia Nogales. El poeta salvadoreño David Escobar Galindo reunió su obra en el volumen titulado *Obra poética*, publicado por la Dirección de Publicaciones e Impresos de CONCULTURA.

Los testimonios sobre Raúl Contreras y Lydia Nogales pertenecen al volumen *Lydia Nogales, un suceso en la historia literaria de El Salvador*, escrito por el maestro español **Juan Antonio Ayala** y publicado en 1956.

Luis Alvarenga, poeta salvadoreño, nacido en 1969, publicó los poemarios *Otras guerras* y *Libro del sábado*, así como la biografía de Roque Dalton, *El ciervo perseguido* publicado por la Dirección de Publicaciones e Impresos de CONCULTURA.

Thelma Nava, poeta mexicana, nació en México, D.F. en 1932. Dirigió las revistas *Pájaro Cascabel* y *La Brújula en el Bolsillo*. Algunos de sus poemarios son: *La orfandad del sueño* (1964), *Colibrí 50* (1966), *El primer animal* (1986), *El libro de los territorios* (1992), *Los pasos circulares. Antología personal*. (2003).

Jorge Galán, nació en San Salvador en 1973. Ganó los Juegos Florales de Quezaltenango en 2004. Gran Maestro en Poesía. En 2003, ganó los Juegos Florales de San Salvador en novela corta. Ha publicado el libro de poesía *El día interminable*.

Esta edición consta de 1,000 ejemplares.
Se terminó de imprimir el día 28
de abril de 2006.



CONCULTURA

